

Nuestro Tiempo

CeD

1

Carátula del
dibujante Girardin

Franqueo a pagar. Correos del
Uruguay. Cuenta N°

NUESTRO TIEMPO

AÑO I

MONTEVIDEO, DICIEMBRE DE 1954

Nº 1

(Seis números anuales)

☆

Director Responsable: **Carlos M. Rama**

Administrador: **Mario Jaunarena**

Correspondencia a: Francisco Vidal 683, ap. 9 - Montevideo

☆

Precio del ejemplar: \$ 1 80 - En el exterior: 0.75 dólar

Suscripción a seis números: \$ 10 - En el exterior: 4 dólares

Suscripción de sostén \$ 30.00 anuales

☆

Distribución, suscripciones y publicidad:

Of. Rep. Edit. Av. 12 de Julio 1333

Distribuidores en el exterior:

Lib. Alfa - Ciudadela 1397 - Montevideo

☆

Se autoriza la reproducción parcial o total de los trabajos publicados en "NUESTRO TIEMPO", haciéndose la mención correspondiente.

☆

Las opiniones vertidas en los artículos firmados no son compartidas necesariamente por los Editores.

☆

Se acusará recibo de todas las publicaciones que se remitan. Solicitamos canje con las publicaciones similares.

☆

SE INVITA ESPECIALMENTE A LOS SUSCRIPTORES A CONCURRIR A LA PRIMERA REUNION CONSTITUTIVA DEL COMITE DE AMIGOS DE "NUESTRO TIEMPO", QUE TENDRA LUGAR EL DIA JUEVES 30 DE DICIEMBRE A LAS 18 HORAS EN EL LOCAL DE LA PLAZA LIBERTAD 1356.

REVISTA

"NUESTRO TIEMPO"

AÑO I - VOL. I

★

MONTEVIDEO
1954

Este Primer número se preparó en los meses de setiembre - octubre 1954, no habiéndose podido dar a conocer anteriormente por la huelga gráfica.

CeD

Printed in Uruguay
C.I.S.A. - Isla de Flores 1580 bis - Teléf. 40 10 89

La carátula fué preparada por el dibujante Gilardoni, utilizando material gráfico de Studio Testoni, Soriano 1268 - Montevideo.

NUESTRO TIEMPO

Nuestro tiempo exige, más que ninguna otra época, una militancia sobre sus problemas fundamentales. Las graves circunstancias de la vida política, social, económica y cultural obligan, ineludiblemente, nuestra intervención. Pero la complejidad contemporánea, la variedad de su problemática y los vastos intereses e ideales puestos en juego hacen que la necesaria acción deba ser precedida de la reflexión más profunda de que seamos capaces.

Nace esta revista al margen de todo trajinar político inmediato, pero no sin sentido político, pues pretende constituir una tribuna independiente de las nuevas generaciones y de las corrientes progresistas.

Al trazar los lineamientos de la misma, hemos tenido en cuenta especialmente el espectáculo de un mundo donde el progreso técnico y científico marcha acompañado del atraso político y social, donde dos tercios de sus habitantes padecen hambre y viven al margen de la vida cultural, donde existe todavía inseguridad económica, injusticia social, falta de libertades públicas.

Una crisis profunda sacude a nuestra civilización. No es sólo crisis económica, es también crisis de modos de pensar, de sentir y de vivir, de valores y de principios. Es todo un mundo el que agoniza a nuestros ojos mientras surge, a través de la tragedia contemporánea, uno nuevo, de perfiles aún imprecisos y a veces contradictorios.

No se trata en estos años de reemplazar una forma social por otra, sino de poner punto final al sistema capitalista para sustituirlo por nuevas formas constructivas que libren la convivencia humana de la explotación y dominación de unos hombres por otros hombres, de unas clases por otras clases, de unos pueblos por otros pueblos.

Nadie puede considerarse neutral en la lucha que viene desarrollándose desde mucho tiempo atrás y que entró en su período agudo a partir de la primera guerra mundial. La revolución rusa, los amplios movimientos revolucionarios europeos en la anterior post-guerra, la reacción nazi-fascista, la guerra española, y, recientemente, las conmociones de los países coloniales de Asia, Africa, y también de América, evidencian la hondura y gravedad de esa lucha.

Estamos inmersos en ella, por nuestra voluntad o a pesar de ella. Nuestra actitud no podrá ser nunca indiferente, ni resultará estéril. La situación de los países coloniales o semicoloniales, entre los que nos contamos, es especialmente grave. Sobre ellos repercuten con mayor vigor las crisis endémicas, por su atraso técnico y político y por la situación derivada de la tensión internacional entre dos bloques de potencias antagónicas. La actitud que estos países asuman adquiere extraordinaria trascendencia, pues es gracias a su intensa explotación, por parte de los grandes monopolios internacionales, que el capitalismo ha logrado en buena parte, soslayar las consecuencias de sus contradicciones internas.

Los americanos de raíz ibérica no debemos eludir nuestras responsabilidades. Nuestro destino, como el de los demás pueblos del mundo, debe ser independiente de la voluntad de poder de la burocracia soviética o del espíritu de lucro de los grandes consorcios capitalistas. Debemos liberar a nuestros pueblos americanos del fardo de toda sumisión imperialista que imposibilita la elevación del nivel vital de las masas, contribuir a erigir a estos jóvenes países en auténticos pueblos independientes, ayudando de este modo a acelerar el advenimiento, en escala mundial, de una nueva época de justicia, libertad y solidaridad. De esta forma, la causa de nuestros pueblos se liga a la lucha mundial de todos los oprimidos.

Uruguay, a pesar de afirmaciones optimistas, ofrece, en su estructura fundamental un panorama semejante al de los demás países dependientes. Las posibilidades de una efectiva democracia se ven comprometidas por el sistema de los partidos tradicionales y su virtual monopolio del amplio campo de la vida pública, acentuado por la reforma constitucional de 1952. Estas corporaciones están íntimamente ligadas a las clases poseedoras de las grandes fuentes de la riqueza nacional, y muy especialmente de la tierra. Las últimas estadísticas denuncian que un tercio de la superficie laborable del país pertenece a menos de mil personas, y esos escasos cientos de familias son también los propietarios de buena parte de la industria y del gran comercio, orientando la acción de los partidos de acuerdo a sus muy particulares intereses. Los nuevos tiempos a los que marchamos, no advendrán mecánicamente. El hombre sólo puede trabajar con los materiales que le entrega la historia. Su acción está condicionada y limitada sus posibilidades. Pero es al mismo tiempo, libre. En eso reside su tragedia y su grandeza. Si no sabe valerse de los materiales que le entrega el pasado, y valorar inteligentemente las circunstancias en que le toca actuar, será esclavo del pasado y dócil juguete de las circunstancias.

La responsabilidad de los trabajadores en la etapa que vivimos, es inmensa. De su acción depende, en forma preponderante, el futuro colectivo.

NUESTRO TIEMPO surge con el propósito de trabajar por la construcción de una América Latina y de un Uruguay prósperos y libres, en una humanidad en marcha hacia la auténtica democracia y el socialismo. Reclama la atención y el apoyo de todos los que no quieren cerrar los ojos a la angustiosa y esperanzada realidad del siglo.

LOS EDITORES

Guatemala, ejemplo para América

Por Enrique G. Broquen

Hace pocas semanas, la prensa mundial dedicaba buena parte de sus columnas a discutir, no siempre con imparcialidad, la cuestión de Guatemala. Salvo algunas excepciones, el silencio se ha hecho ahora total en torno a esa cuestión y a la suerte del infortunado pueblo hermano. Establecida la desembozada dictadura de Castillo Armas, los demócratas de buena fé que creyeron en las propagandas de los modernos cazadores de brujas, ocultan su desconcierto en el silencio; los conscientes aliados del privilegio prefieren que se borre rápidamente de la memoria de los pueblos, el recuerdo del vergonzoso asalto; los accionistas de la United Fruit descansan ya tranquilos, en la seguridad de que sus intereses no serán por largo tiempo perturbados, y dormitan en los cómodos salones del Departamento de Estado.

¿Puede hacerse esta conspiración de silencio, en torno de este atropello; el más cínico de los que hemos presenciado en los últimos decenios, entre todos los perpetrados por el imperialismo conducido por Wall-Street?

Es posible que la profunda conmoción emocional que trajo la intervención extranjera en Guatemala se deje desleír lentamente, sin tratar de hacerla conciencia lúcida, sin tratar de decantar, para las masas de nuestra América, las enseñanzas fundamentales del dramático episodio? Evidentemente no.

Todos conocemos, en detalle, lo que ha ocurrido en los últimos meses en Guatemala. Las anécdotas que fundamentan plenamente la intervención extranjera están en todas las memorias y sólo pueden prescindir de ellas, quienes a sabiendas, para servir intereses extraños, o de buena fé, pero cegados por el suicidio "temor al comunismo" cierran los ojos a todas las evidencias. Lo que no está claro, para muchos, a pesar de algunos esfuerzos de divulgación importantes, es lo que se propuso y que comenzó a construir la revolución guatemalteca. Y muy pocos se han dado a examinar las razones del fracaso de este promisor experimento de transformación social. Trataremos, en alguna modesta medida, de llenar estos claros.

El movimiento que acaba de ser ahogado por la fuerza de las armas, con la complicidad de los más reaccionarios sectores del capitalismo americano, comenzó a gestarse en las postrimerías del régimen de Ubico, servidor de las oligarquías nativas y de los monopolios internacionales que, al término de la segunda guerra mundial, fue barrido por la creciente ola de descontento que aglutinó por un instante el malestar endémico de las masas populares guatemaltecas, las inquietudes renovadoras de sus estudiantes e intelectuales, las preocupaciones de la naciente burguesía nacional, que quería un régimen más orgánico y menos corrompido, para poder desarrollar con seguridad su tarea. Por otra parte, la derrota nazi, creó en el continente condiciones tales que hacían imposible la permanencia en el poder de un hombre que, aunque había alineado a su país con los Estados Unidos al día siguiente de Pearl Harbour, aún conservaba con vanidad de cacique, las condecoraciones que, por sus buenos servicios, le había prodigado Adolfo Hitler.

El primero de Julio de 1944, ante la presión desarmada del pueblo, el dictador Ubico abandonó el poder, abriendo así las compuertas que su cruel dictadura había mantenido firmemente cerradas, a las inquietudes y reclamaciones populares.

El movimiento nació sin programa definido y sin ideas claras. Solo libertad política y decencia administrativa se reclamaron en el primer momento. Era

ya un programa, sin embargo, para un pueblo que no había conocido nunca la libertad política y si todas las formas del servilismo, de la corrupción y del nepotismo.

Pensaron entonces, muchos de los que habían contribuido al derrocamiento de Ubico, hastiados de dictadura, pero buscando sólo un cambio de elementos gubernativos y una mayor estabilidad institucional que dejara intacta toda la estructura semifeudal de la sociedad guatemalteca, que les sería fácil retener el poder en sus manos y, librados de los elementos más reaccionarios, de definitiva orientación nazi, mantener las más íntimas relaciones con el capital imperialista, que sostenía el esplendor de sus casas con magníficas dádivas, a cambio de la entrega integral de las riquezas y el esfuerzo del pueblo trabajador.

Sólo pequeños partidos se levantaban, incoherentes y vacilantes, contra la coacción de los grandes intereses capitalistas y de la clase terrateniente nacional. Pero animaba en las masas un profundo malestar, una esperanza acuñada en largos años de servidumbre. Y bastó el régimen de libertad que la caída de Ubico y el reflejo de la victoria de las democracias había traído, para que esas fuerzas dormidas despertaran y se aglutinaron en torno a la figura de Juan José Arévalo, en un movimiento de hondo sentido social. Cuando la Junta Militar que había sucedido a Ubico quiso contener la ola popular, pueblo y oficiales jóvenes, en las jornadas de Octubre derribaron a tiros los últimos restos de la dictadura y el pueblo consiguió su más amplio triunfo en los comicios de diciembre de 1944. La revolución guatemalteca, la Revolución de Octubre, como se la llamó oficialmente, comenzaba su labor renovadora.

El panorama que la revolución encontró ante sí, no podía ser más desolador. La acción combinada del capital monopolista y la oligarquía latifundista, habían trabado sistemáticamente el desarrollo del país. Guatemala vivía casi exclusivamente de la exportación de bananas, café y chicle. La United Fruit Co, señora del Caribe, no solo monopolizaba la explotación y exportación del banano; mantenía inertes y sin explotar muchas decenas de miles de hectáreas férricas, para lograr así, por la limitación arbitraria de la producción, altos precios para sus productos. En un país de poco más de cien mil kilómetros cuadrados, donde la densidad media de la población llega a 28 habitantes por kilómetro, que tiene más de una tercera parte de su territorio cubierto por bosques vírgenes, la sustracción de casi cien mil hectáreas, por la sola voluntad de la United Fruit Co a la explotación agraria, tenía forzosamente que reflejarse en el atraso general del país, en la pobreza pública y en la miseria de sus habitantes. Los salarios medios de los trabajadores más capacitados de Guatemala no alcanzaban a los \$ 30 en moneda uruguayana, por mes.

La inmensa mayoría de la población agraria había sido despojada, para una hábil política de enredos y trampas de sus tierras heredadas; las viejas comunidades indias, destruidas o relegadas a las montañas estériles; la mayor parte de la laboriosa población campesina obligada a trabajar, como arrendataria, en condiciones leoninas en el mejor de los casos, y generalmente como trabajadores asalariados, en las grandes plantaciones, a los que más de una vez se les pagaba solo con la comida y alguna desgastada prenda de ropa.

En las ciudades y en sus orillas, buena parte de la población sólo trabajaba esporádicamente o vivía desocupada, en actividades marginales o engrosando la clientela de los grandes. Cuadro por otra parte repetido en todo lo largo de nuestra América, donde la presencia imperialista no solo explota despiadadamente las actividades que domina, sino que trata, por todos los medios a su alcance, de impedir el desarrollo industrial de los pueblos, para tenerlos siempre como mercados receptores de artículos manufacturados y como reserva de materias primas, trabajando en toda forma la aparición de jóvenes competidores en el mercado mundial.

En Guatemala, como en todo el Caribe, por la acumulación de una serie de factores geográficos e históricos que aquí no podemos analizar, estas caracte-

terísticas se dieron con más violencia que en otras zonas de nuestra América Ibérica. Hacia 1944, Guatemala era un conglomerado de 3 millones y medio de habitantes, donde el 75 % de la población no sabía leer, y la mayor parte de ella carecía de ocupación estable, sobre todo en las ciudades, donde la miseria fisiológica provocaba una rápida decadencia de las razas indígenas, que forman el 60 % de la población; donde no se conocían ni las más elementales prácticas democráticas, ni otro gobierno que el de las dictaduras apoyadas en el capital extranjero, en los grandes latifundios y en un ejército educado a la prusiana que despreciaba orgulosamente al "pueblo oscuro", que integraba sin embargo sus propias filas, y que sostenía sistemáticamente la "razón" de los privilegiados. Necesario es recordar que el régimen del General Ubico, había prohibido por decreto el uso de la palabra "obrero" de todos los documentos oficiales y publicaciones periodísticas, por considerarlo término "subversivo".

Sin partidos firmemente constituidos y orientados, sin tradiciones democráticas en el pueblo, sin organización sindical de ninguna especie, el puñado de hombres que quiso interpretar las profundas esperanzas populares, debía luchar así contra enemigos internos y exteriores, y darse a la tarea rodeada de peligros, de intentar la transformación progresista del país.

Solo oscuros resentimientos y vagas esperanzas animaban al pueblo. Esos resentimientos y esas esperanzas se abroquelaron en torno al gobierno surgido de la revolución de Octubre. Era necesario forjar con ellos una constructiva y clara conciencia política. La tarea debió parecer a los conductores del movimiento casi imposible. Sin embargo se pusieron a ella con un tesón que fue acompañado por las mejores voluntades guatemaltecas y pronto halló detrás de sí a la voluntad cada vez más consciente de las masas. Los campos de concentración con que hoy Castillo Armas, está poblando el inhóspito Peten, dicen de la rebeldía encendida de ese pueblo y de su voluntad de lucha que solo en la selva virgen del trópico puede ser provisionalmente embotada por los sicarios de los hambreadores del Caribe.

No podemos reseñar en estas pocas páginas, todo el esfuerzo cumplido por los dos gobiernos que se sucedieron desde Marzo de 1945, hasta la caída del régimen, por el embate de los mercenarios reclutados a la sombra de los dictadores de Nicaragua y de Honduras.

Reformada la Constitución entre Diciembre de 1944 y Marzo de 1945, se dio Guatemala una Carta donde se ratifican todas las libertades esenciales; se ponen trabas firmes a todo avance de poder por parte del Ejecutivo, cuya fuerza ha sido siempre dócil instrumento de los peores intereses en la oscura historia política del continente; se suprime la facultad de suspender integralmente las libertades públicas, aún en caso de emergencia; se somete el ejército a la voluntad del congreso, se proclaman los objetivos generales de la Revolución Guatemalteca, que queda definida, en la Constitución misma, como una revolución democrático-burguesa, dirigida a destruir las formas feudales de explotación de la tierra, a liberar el país de la dominación imperialista, a levantar el nivel de vida material y cultural del pueblo, a incorporar a Guatemala, en una palabra, al consorcio de las naciones progresistas, despertándola de su largo marasmo y colocándola en pleno siglo XX.

Había que contar con las masas, pero las masas estaban desorganizadas y desconocían el alfabeto mismo. Había que poder disponer libremente de la riqueza nacional y de los destinos del país, pero estos estaban en manos extrañas. Debía dirigirse, pues, la acción revolucionaria a educar al pueblo y estructurarlo orgánicamente, a levantar a toda costa su precario nivel de vida, a liquidar las viejas cadenas puestas a la economía guatemalteca por el capitalismo monopolista.

La Presidencia Arévalo, como inspirada por el profesor de pedagogía que era el presidente, centró su esfuerzo fundamental en la instrucción y educación cívica del pueblo.

Pocos pueblos pueden ofrecer en su historia un esfuerzo cultural tan inten-

so como el cumplimiento en los escasos años de esa Presidencia. Y ninguno que venciera las dificultades enormes que le oponía la existencia de vastas poblaciones indias que no solo hablaban lenguas distintas —en una superficie de 30.000 kilómetros se han contado 22 de ellas— sino que nunca han tenido lenguaje escrito. Desde la adaptación del alfabeto a las lenguas aborígenes y la formación de maestros especializados en el conocimiento de las lenguas, costumbres y psicologías indias, reclutados entre los indios más cultos y vivaces, hasta la construcción de las escuelas llamadas "Federación", donde indios y blancos aprenden a fraternizar, a adquirir hábitos civilizados, a manejar instrumental moderno, a trabajar en laboratorios y a practicar la hasta entonces desconocida higiene personal, el esfuerzo cultural que en medio del pueblo ha cumplido la revolución ha sido inmenso y no podrá ser fácilmente borrado por la reacción transitoriamente triunfante.

También es extraordinaria la labor de la Revolución, en este primer período presidencial, en el terreno de las actividades políticas, de la educación cívica del pueblo. Había dicho Arévalo que: "Una nación no puede ser libre mientras no sean libres, uno por uno, cada uno de sus habitantes". Y a acostumbrar al pueblo al ejercicio de la libertad, dedicó sus mejores esfuerzos. La libertad de prensa se difundió en el país; pudieron así los grandes intereses comenzar, desde los grandes diarios su campaña de difamación contra el régimen naciente. Se respetó sin embargo al adversario encarnizado. Los partidos opositores, por primera vez en la Historia Guatemalteca disfrutaron de amplia libertad de acción y llegaron a utilizar las mismas gradas del Palacio Nacional para difamar a los representantes del pueblo. Las libertades públicas no fueron desconocidas, ni suspendidas siquiera parcialmente las garantías constitucionales, aún en los días de 1949, cuando los cañones reaccionarios bombardearon la sede misma del Gobierno. Y si en esas luctuosas jornadas se perdieron vidas humanas y se quebró la vida del Coronel Arana, revolucionario de la primera hora, sumado luego, por una fina labor de sacerdotista, a los sectores antipopulares, es necesario recordar que esa sangre se derramó en medio de una insurrección que pretendía desconocer la voluntad popular y esa vida, por servicios anteriores meritoria y digna de respeto, se perdió cuando, por su orden, la Guardia de Honor del Presidente, avanzaba sobre la sede de su gobierno, para intentar deponerlo y apresarlos.

Era necesario crear una organización sindical que fuera custodia de los derechos obreros y defensora de sus aspiraciones. Sin tradición gremial y sin cuadros aptos, la tarea debía ser imperfecta y difícil. Hubo que impulsar la organización desde arriba. Hubo que improvisar dirigentes, que fueron luego instrumento de otros más avezados, pero se logró crear una fuerte Central Obrera, donde los gremios textil, ferroviario, de la construcción y fundamentalmente los obreros de la United Fruit hacían vanguardia, y una Federación Nacional de Campesinos, más vasta que aquella, pero menos estructurada y ligada por un pacto de alianza con las organizaciones tipicamente obreras.

Apostándose en esas organizaciones pudo el régimen dar sus primeros pasos hacia una reforma social de fondo. El Código del Trabajo, puesto en vigencia simbólicamente el 19 de Mayo de 1947, después de largas discusiones y luchas en la calle, en la prensa y en el Parlamento, intenta recoger, no siempre felizmente, las mejores conquistas del Derecho del Trabajo en el mundo. Su sanción y su vigorosa aplicación a nacionales y a extranjeros, marcó también el inicio de la acción contra-revolucionaria que se coronó en Julio de 1954.

Si ese cuerpo legal no ha podido por sí elevar considerablemente las condiciones de vida de todo el pueblo guatemalteco, lo que solo hubiera sido posible si se hubiera permitido a ese país desarrollar pacíficamente la explotación de todas sus riquezas, trajo mensurable alivio a vastos sectores populares, cortó de raíz métodos de bárbara explotación en las plantaciones de banana y café y en los bosques del Petén y, sobre todo dió a los trabajadores la certeza de su igualdad jurídica con sus explotadores, exaltando su sentido de humana

dignidad. Pretender aplicar ese Código en los feudos de la United Fruit provocó, conviene recordarlo, la primera y airada protesta de los Estados Unidos, cuando aún no había reforma agraria ni penetración comunista, protesta tan desmedida e insolente que provocó la entrega de sus pasaportes al Ministro Patterson.

Paralelamente, con la reforma monetaria, bancaria y financiera y la fundación del Instituto de Fomento de la Producción, se crearon los instrumentos para llevar adelante la reestructuración económica de Guatemala. Se crearon así las condiciones mínimas necesarias para intentar ese objetivo fundamental de la revolución y que la enfrentaría a las grandes fuerzas capitalistas internacionales, ya que implicaba con la reforma agraria, un ataque a los "sagrados" intereses de la United Fruit y el rescate de los grandes servicios públicos, también en manos de esta empresa colosal o de otras subsidiarias.

Hemos escuchado, acerca de la reforma toda clase de infundios, el mayor de los cuales quiere atribuirle a esa reforma inspiración comunista. Olvidan premeditadamente los autores del infundio e ingenuamente sus divulgadores, que la ley de reforma agraria fué combatida en la calle, en la prensa y en el parlamento por el Partido del Trabajo, máscara del Partido Comunista y que esta fuerza política la hizo suya y apoyó solo cuando comprendió que el Capital norteamericano y el Departamento de Estado estaban dispuestos a hacerla fracasar.

Y no podía ser de otra manera. Nada más alejado de los proyectos de reforma agraria agitados por el Partido Comunista que el decreto N° 900, de reforma, sancionado el 17 de Junio de 1952 y que se propone, por propia definición: "liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que la originan, para desarrollar la forma de producción capitalista en la agricultura y preparar el camino para la industrialización de Guatemala".

Es necesario recordar acá siquiera brevemente, que han sido los dueños de los grandes latifundios, heredados algunos de la colonia, construidos otros por la especulación o el despojo de las comunidades indígenas, en épocas críticas de la vida guatemalteca, los que han sustentado el poder hasta octubre de 1944. Y ha sido esa vieja oligarquía la que, actuando sobre una economía que venía deformada desde la colonia, ha tratado de frenar permanentemente el ascenso democrático del pueblo, manteniendo el atraso de las poblaciones, especialmente indígenas y, solo atenta a obtener buenas rentas en el mercado exterior. Es ella la que ha contenido la diversificación de la producción, trabado todos los intentos de lograr una mejor distribución de la tierra y, a partir de fines del siglo XIX, la que facilitó la entrada al capital internacional, que acabaría por deformar totalmente la economía del país.

Si la revolución de Octubre se proponía seriamente transformar la vida social en profundidad, estimulando su evolución hacia formas capitalistas de producción y procurando al mismo tiempo dar a esta evolución signo socialista y humano, debía encarar con vigor el doble problema y plantear una acción capaz de destruir las bases económicas de esa oligarquía y de expulsar del país las organizaciones monopolistas que lo ahogaban; lucha sobre dos frentes, contra la oligarquía feudal y contra el capital extranjero; por la reforma agraria y por la liberación nacional.

Se comprendió que mientras el país no desarrollara poderosamente su economía agraria, no solo para poder atender las necesidades primarias del mercado interno, sino para dotar de materias primas a la naciente industria y de variados productos para atender el necesario intercambio internacional; mientras el campo guatemalteco se dedicara exclusivamente a la producción de dos o tres rubros de fácil colocación en los mercados internacionales controlados por el gran capital y el país encontraría sólo en esa comercialización la fuente única para proveerse de divisas, mal podía liberarse de la acción deformante, del capital monopolista, que le compra esos productos, le facilita los únicos recursos para atender a su consumo y le provee de las materias primas necesarias para mantener la escasa industria local en funcionamiento.

La reforma agraria se planteó así como etapa racionalmente previa en la lucha por la liberación de Guatemala. Este modo de encarar el problema, tiene validez continental. Por ello es absurdo hablar de revoluciones anti-imperialistas en América, si no van acompañadas de profundas y radicales tentativas de reforma del sistema de la tierra.

Pero en Guatemala, la relación entre la oligarquía terrateniente y el imperialismo es más honda que en el resto del continente, pues allí, como en las demás infortunadas hermanas del Caribe, el capital monopolista no se ha conformado con asegurarse el control de las finanzas, de los transportes y del comercio exterior, sino que ha acumulado la mejor parte de las tierras laberables en sus manos, se ha convertido él mismo en latifundista y ha ligado su suerte definitivamente, a la de los terratenientes nacionales. Ello explica la virulenta reacción norteamericana contra la reforma agraria guatemalteca, menos radical ésta, que la que en Bolivia se viene desarrollando, sin provocar ni parecidas reacciones.

Nos resulta imposible analizar acá la reforma agraria practicada en Guatemala. Ella tendrá que ser objeto de un estudio especial. Solo queremos señalar que, dentro del enunciado general ya transcrito ella se propuso expropiar sólo aquellos latifundios no explotados actualmente; entregar la tierra en explotación individual o cooperativa, a los actuales ocupantes y luego a todos los campesinos que quisieran poblarla; acabar con las tierras muertas o en erial y aún favorecer la instalación de grandes empresas capitalistas que se propusieran la introducción de nuevos cultivos, o explotaciones técnicas económicas. La indemnización, por medio de bonos negociables, al precio declarado por los mismos propietarios ante el Fisco, a la víspera de la reforma, está impuesta en la ley. Y ningún latifundido, aún los inmensos en manos de la United Fruit Co, serían expropiados, mientras se mantuvieran activamente explotados por sus dueños.

Habiéndose propuesto la revolución una transformación económica destinada no sólo a aumentar la producción sino a lograr un mejor reparto de la riqueza nacional, hay en la ley prescripciones tendientes a impedir que las tierras, por su distribución sean objeto de especulación o destinadas a fines antisociales. Por ello se establecieron reglas destinadas a impedir que las tierras distribuidas fueran mantenidas sin trabajar o destinadas a explotaciones anti-económicas.

Porque revela el estado de atraso social en que halla Guatemala, creo útil transcribir un artículo de la ley que expresamente estableció: "Quedan prohibidas todas las formas de servidumbre y esclavitud y por consiguiente, prohibidas las prestaciones gratuitas de los campesinos, mozos colonos y trabajadores agrícolas, el pago en trabajo del arrendamiento de la tierra y los repartimientos de indígenas, cualquiera sea la forma en que subsistan". Y se completa esta disposición, evidentemente destinada a terminar con formas de explotación que hace tiempo han sido superadas en otras partes, con algunas disposiciones que parece realmente imposible que haya sido necesario incluir en una ley americana dictada pasada la mitad del siglo XX, como la que prohíbe a los empresarios terratenientes, cerrar los caseríos rurales al mundo exterior, y la que ordena permitir el acceso a dichos caseríos de los representantes del Estado, para "garantizar a los campesinos los derechos establecidos por la constitución". Evidentemente, pretensiones peligrosamente "comunistas".

Por fin, como clara expresión de la voluntad revolucionaria, de que la reforma agraria fuera algo más que una reforma "en el papel", como tantas que han ilusionado primero y defraudado después al campesinado de varios países hermanos, se pone en manos de los mismos campesinos, todo el mecanismo necesario para poner en vigencia la reforma.

Impulsada así por los mismos campesinos, la reforma hizo sentir sus efectos rápidamente. En poco más de un año se habían ya distribuido quinientas mil hectáreas, radicado varios millares de explotaciones libres, y el país había

visto el principio de la diversificación de su producción, comenzando a exportar, por primera vez en su historia, maíz y otros productos agrarios, a México y el Salvador. Comenzaba a romperse la cadena que lo ligaba al monopolio bananero. Era necesario dar el último golpe a dicha cadena, expropiando las tierras incultas de la United Fruit y atacando el monopolio que, por empresas subsidiarias, mantenía sobre la industria eléctrica y los transportes guatemaltecos. Ese golpe se dio. Pero la brutal reacción de los trusts, actualmente dueños del Departamento de Estado, la incomprensión de muchos, ganados por las fobias de los modernos cazadores de brujas y la complacencia servil de las oligarquías de todo el continente, dieron por tierra con el hermoso experimento.

Ya había comenzado Guatemala a procurar crear su propio sistema de transportes. Sin posibilidad económica para expropiar con indemnización el ferrocarril que une a la gran meseta central con los dos únicos puertos importantes hasta ahora habilitados (San José en el Pacífico y Puerto Barrios en el Atlántico) ambos también en manos extranjeras, el Gobierno encará la construcción de la carretera atlántica, llamada la carretera de la liberación nacional y de un nuevo puerto, al lado de Barrios, en la cabecera de esa carretera. El propósito era claro. Hacer desde la carretera la competencia al ferrocarril único abaratar la salida de los productos agrarios que no interesaban a la United Fruit, al Atlántico y que tenían que soportar hasta entonces las tarifas prohibitivas que le imponía el ferrocarril norteamericano. Y, arrancarle así a este su posibilidad de regular a su antojo las exportaciones guatemaltecas. Roto el monopolio del comercio exterior y de los transportes, el ferrocarril extranjero habría perdido importancia económica y aún política y su expropiación habría venido oportunamente, sin exigir abrumadoras erogaciones. Ese plan estaba, al estallar la revolución, a punto de ser integralmente cumplido. Las preocupaciones del gobierno guatemalteco, comenzaban a orientarse ahora a la destrucción del monopolio de la producción de energía eléctrica, también en manos subsidiarias de la United Fruit.

Queda indicado ya, a través de la breve reseña realizada, cual ha sido el resultado que los alcances de la revolución guatemalteca cuantó su proceso, expropiado por algunos factores internos que señaláremos, se vio bruscamente cortado por la intervención extranjera. Para citar una opinión que evidentemente no podrá ser señalada como parcial ni mucho menos como "comunista", nos remitimos al estudio practicado por John H. Adler, Eugene R. Schlesinger y Ernest C. Olson técnicos designados, a pedido del Banco de Guatemala, por la Junta de Gobernantes del Sistema de la Reserva Federal de los Estados Unidos y del Banco de la Reserva Federal, publicado en castellano por el Fondo de Cultura Económica con el título "Finanzas Públicas y el Desarrollo económico de Guatemala". Las apreciaciones de conjunto que sintetizan el exhaustivo estudio, comienzan con estas observaciones: "Durante los últimos cinco años el gobierno guatemalteco ha echado los fundamentos constitucionales de su anunciada política de apoyar el desarrollo de las industrias nuevas, promoviendo mejoramientos de los métodos de producción agrícola y dotando al país de capital social suficiente para estimular y asegurar su continuo crecimiento económico. Ha reorganizado así mismo el sistema monetario estableciendo un nuevo banco central; ha fundado el Instituto de Fomento de la Producción como entidad oficial autónoma para planificar y dirigir una mejor utilización de los recursos del país; ha echado las bases institucionales de la estructura del más amplio sistema de seguridad social destinado a proveer de protección contra los riesgos de enfermedad, accidente, vejez y desocupación".

Y por lo que tiene de esclarecedor con respecto a la forma en que el Gobierno revolucionario ha orientado su gestión de estímulo a la actividad agrícola e industrial, rehuyendo cuidadosamente la hipertrofia burocrática y la intransigencia de la pequeña política en la gestión económica, no podemos resistir al deseo de transcribir, de los mismos autores, la siguiente observación:

El alcance limitado de la Iniciativa privada, remisa a arriesgarse fuera de

los canales acostumbrados de inversión, constituyó una de las razones principales para la fundación del Instituto de Fomento de la Producción. Es de notar que esta entidad autónoma, aunque no ha entrado en funciones sino desde comienzos de 1949, es ya considerada por el mundo de los negocios y las finanzas como un organismo de suma utilidad y provecho para el desarrollo de la política de fomento económico. Acogida tan favorable debe ser adjudicada en parte a la ausencia de intervención directa del Gobierno, en las actividades del instituto, que parece haber logrado desenvolverse en el sentido de convertir en realidad EL CONCEPTO LEGAL DE AUTONOMIA ADMINISTRATIVA. El hecho de que el INFOP haya centrado sus actividades crediticias y de fomento en el terreno de la producción agrícola, ha contribuido igualmente a crearle buen ambiente entre los hombres de negocios; y los observadores estiman que el Instituto hizo bien en no aventurarse en empresas industriales espectaculares por su magnitud y políticamente atractivas, y en evitar las inversiones de capital susceptibles de comprometer en exceso sus limitados recursos."

Esta política social, económica y educacional, ligeramente sintetizada y avalada por testimonios irrecusables, firmemente reformista, pero de claro sentido, inconfundible con los ensayos comunistas y aun con otros que, sin serlo pueden ser calificados de mucho más avanzados y que sin embargo son torcidos, ha sido ahora quebrado violentamente por un golpe de estado, perpetrado por una larga campaña de difamación y aislamiento, que irradiada desde la Casa Blanca, tuvo como principales ejecutores los gobiernos despóticos de Nicaragua y Honduras, principalmente.

Claro está que todo no fué fácil, dentro de Guatemala.

Necesario es recordar lo ya dicho sobre el estado general en que la Revolución encontró a Guatemala. Las masas se debatían en la ignorancia, el analfabetismo y la superstición. Males endémicos acumulados en cuatro siglos de sistemático y querido embrutecimiento de los indígenas en particular, no podían ser eliminados en escasos años de labor progresista. La ingenuidad e impaciencias populares crearon desde el principio dificultades al régimen, que no pudo satisfacer con rapidez todas las esperanzas puestas en la revolución guatemalteca. Ello debía tener un doble y pernicioso resultado: Por una parte enfriar el entusiasmo inicial de esas masas, enfriamiento que, sobre todo en los sectores más ignorantes del pueblo, parecería haber ganado camino, explicando la relativa tranquilidad con que ha sido recibido el golpe de estado. Relativa porque la multiplicación de las medidas represivas y la proliferación de los campos de concentración, de origen típicamente totalitarios, evidenciaban la existencia de fuertes sectores que resisten a la dictadura implantada por Castillo Armas. Por otra parte, esa ingenuidad y esas urgencias de las masas, han sido campo propicio para la difusión de la acción demagógica del Partido Comunista.

Esta acción no ha alcanzado la pretendida gravedad que se le señala. Y no logró influir en la orientación fundamental del Gobierno. Lo demuestra hasta la evidencia la síntesis precedente de la labor, cumplida, y el juicio transcripto de los técnicos norteamericanos. Sin embargo ella ha sido grande, sobre todo, en el terreno sindical. Se explica. Carecía el país de toda tradición gremial digna de ser tenida en cuenta. Al ritmo de las necesidades crecientes del proceso revolucionario, el Gobierno y los partidos que lo apoyaban fundamentalmente el Partido de la Revolución Guatemalteca y el Partido Acción Revolucionaria, debieron impulsar y fomentar la formación de organizaciones obreras y campesinas. Sin cuadros de dirección ni siquiera medios, en esas organizaciones los aliados comunistas firmemente educados en política y con puestos claves, no porque las masas agremiadas compartieran sus puntos de vista, sino porque los veían los más activos y eficientes en la acción. Sin elementos de juicio imparciales y suficientes, podemos sin embargo aceptar que aún desde el gobierno se echó manos a veces a ellos, en la convicción, nacida de la inex-

periencia, de que podrían utilizarlos, sin mayor riesgo. Así la Central Guatemalteca unificó sus tácticas con las del Partido y se afilió al organismo mundial de orientación pro-comunista.

Facilitó la penetración comunista la ausencia de un gran partido socialista. Es lamentable que la Internacional Socialista no esté organizada en forma de poder prestar, a los pueblos que buscan su liberación, la misma ayuda que les presta, desde su ángulo, el movimiento comunista. No existía en Guatemala partido socialista alguno, hacia 1944. No se creó tampoco en los años transcurridos, algo digno de ese nombre. El llamado "socialismo humanista" del Presidente Arévalo, que inspiró todo el proceso, carecía del rigor científico y de la eficiencia práctica necesarias para aglutinar un gran movimiento socialista democrático de los trabajadores. Absorbidos Arévalo y sus más inmediatos colaboradores en la tarea de gobernar, descuidaron tal vez la construcción de la fuerza capaz de conducir hasta el final el movimiento revolucionario. Por otra parte, elementos objetivos, dados en la realidad guatemalteca, dificultaba tal construcción. No son las masas analfabetas desarrolladas fuera de las formas de producción industrial capitalista, las más aptas para servir la civilizada política democrático-socialista. Son si campo propicio para la demagogia de todos los colores. Solo a medida que se desarrollara el proceso de educación y de industrialización que propiciaba la revolución, habría surgiendo en las masas una conciencia lo suficientemente lúcida como para estructurar la fuerza capaz de llevar ese proceso hacia sus últimas consecuencias. Ese proceso comenzaba a cumplirse. Hubiera exigido, por parte del Gobierno una actitud menos tolerante hacia la demagogia staliniana —no por lo que esta por sí misma, hubiera conseguido perturbar, sino por los pretextos que daba a la reacción internacional. Pero sobre todo hubiera exigido, una política de mayor comprensión de la burguesía nacional-factor que sabemos imposible de computar—una actitud de los Estados Unidos concorde con sus tantas veces proclamadas convicciones democráticas y de respeto a la libre determinación de los pueblos y una mayor comprensión y apoyo por parte del movimiento socialista y sindical.

Hán faltado todos esos elementos.

Los sectores que habían apoyado silenciosamente a Ubico durante largos años de tiranía y corrupción fueron los primeros en lanzar, utilizando la prensa grande, que permaneció, durante todo el proceso en sus manos, una campaña de difamación que no respetó ni la vida privada de los gobernantes. Quienes hablaban de dictadura, refiriéndose a las presidencias de Arévalo y de Arbenz pueden ver en cualquier biblioteca las colecciones de la Prensa de ese país. Sólo un gobierno que cuenta con amplio apoyo popular y que no teme la crítica puede permitir a la oposición utilizar la prensa en la forma en que se permitió durante los diez años de gobierno democrático revolucionario en Guatemala. Es necesario recalcar que toda la prensa llamada grande, por nosotros llamada comercial, estuvo siempre en manos de los enemigos del Gobierno y que este tuvo que defenderse, frente a diarios del tiraje y del volumen del "Imparcial", por ejemplo, o de "Impacto", con las escasas páginas de "Nuestro Diario" y algunas hojas sindicales. Las radios, hasta que el pronunciamiento de Castillo Armas obligó al Gobierno a restringir de acuerdo a sus facultades constitucionales algunas libertades públicas, fueron también controladas salvo las radios oficiales, desde luego, por los partidos opositores. Y estos lograron nutrida representación en el Congreso y disfrutaron de amplia libertad de reunión y agitación. Son hechos documentados por toda la prensa del mismo país, que no pueden ser negados sino por los que repiten mecánicamente consignas o sirven conscientemente intereses monopolistas.

Cuando Arévalo sancionó el Código del Trabajo, que imponía a los viejos latifundistas, acostumbrados a manejar sus tierras como feudos medioevales, y a los nuevos industriales no menos arbitrarios con sus empleados, una serie de obligaciones sociales elementales, la oposición subió de tono. Encon-

tró amplio apoyo en el Ministro de los Estados Unidos, que no vaciló en exigir del Presidente Avelar que ese Código no fuera aplicado en las tierras de la United Fruit y provocó un incidente diplomático ya relatado. Y, tomando como pretexto la actividad comunista, nutrió su ideología en la pretendida defensa de la democracia liberal y se reunió en el Partido de Unión Anticomunista (PUA), que condujo con vigor y dólares la lucha interna contra la revolución.

El Departamento de Estado, desgraciadamente, no supo separar su política de la de la United Fruit. El tantas veces recordado incidente con el Ministro Patterson ocurrió antes de la victoria republicana. Pero también antes de que se iniciara siquiera la preparación de la reforma agraria y de que se hubiera hecho notable la presencia comunista en los sindicatos.

Si el Departamento de Estado hubiera querido realmente impedir la influencia comunista, cuando esta fuerza se opuso a la reforma agraria de tipo capitalista propiciada por el Gobierno y expresada luego en el decreto 900, debió haber tomado una actitud diferente. Y si hubiera puesto la capacidad de sus técnicos, por aplicación por ejemplo del famoso punto 4º, o mejor aún a través de las organizaciones especializadas de la UN, que han ignorado el experimento guatemalteco, no sólo hubieran favorecido el desarrollo progresista de Guatemala, facilitado su consolidación democrática y trabado la influencia staliniana, sino que habrían encontrado campo propicio para nuevas inversiones, ya que éstas, como informan los técnicos norte-americanos ya citados y lo establece expresamente la Constitución Nacional que autoriza concesiones al capital extranjero, en determinadas condiciones, hasta por cincuenta años, habían sido buscadas y deseadas por el propio régimen revolucionario. De nada vale decir ahora que tal ayula no hubiera sido aceptada, pues la oferta nunca se hizo y en cambio se desarrolló una acción encaminada a hacer imposible toda colaboración interamericana.

Es que el capitalismo monopolista, si bien está dispuesto a hacer algunas concesiones a los países que explota, permitiendo una menos arbitraria distribución de las rentas que obtiene de su explotación, en cambio no tolera, pues en ello le va la vida, transformaciones que le hagan perder su poder de disposición sobre los pueblos sometidos, y abran para estos perspectivas de progreso que, a la larga representarán para el imperialismo, pérdidas de mercados y aparición de nuevos competidores.

Puede, por ejemplo, llegar a acuerdos con Costa Rica o con Panamá, para aceptar una revaluación de sus propiedades a los efectos fiscales y consentir así el pago de contribuciones muy superiores a las que, hasta ahora había venido pagando a esos estados y aún devolver a esos gobiernos estas contribuciones públicas que indebidamente controlaba. Pero son estas concesiones circunstanciales, dirigidas sugestivamente inmediatamente después de la contrarrevolución guatemalteca a calmar los reclamos populares; ellas dejan intactas toda la estructura económica de esos países y en las manos de la United Fruit Co todos los resortes necesarios para seguir manejando las actividades, en ambos lugares, de acuerdo a las necesidades e intereses monopolistas.

Pero nunca aceptará reclamaciones como las que planteaba Guatemala, ni contribuirá en manera alguna a facilitar procesos que, como el que acaba de ser violentamente interrumpido, no solo representarían una disminución de los ingresos de las grandes empresas, sino una verdadera transformación económica, política y social, que haría perder al capital imperialista toda posibilidad de incidir sobre la vida nacional, de dirigir su economía; convirtiendo a la United Fruit Co y a las demás empresas subsidiarias de esta, de conductoras de la economía en simples empresas privadas, al par de las demás de origen nacional o extranjero, existentes o a crearse en ese país, sometidas a sus leyes, obedientes a los dictados de la política económica que el pueblo quiera libremente darse, e imposibilitadas, para siempre, de poder seguir trabando y deformando el desarrollo progresista de la nación.

El imperialismo norteamericano sintió el impacto. Comprendió que la

victoria de la revolución de octubre, implicaba la liquidación de su dominación en Guatemala. Y que quedaría rota, en uno de sus principales eslabones, la cadena con que tiene sujetos a todos los estados del Caribe; el principio de la dislocación de su imperio colonial, precisamente en la zona donde era más fuerte y que le rendía mayores tributos.

Ello explica la campaña realizada por el Departamento de Estado, por toda la prensa amarilla, por los acuciosos, conscientes o inconscientes de todo el continente, por muchos ingenios democráticos sin excluir dirigentes sindicales conocidos, que, empujados por el miedo al comunismo, se cierran ya a todo progreso social, se entregan en los brazos de los Estados Unidos, y preparan a los pueblos, a los que niegan otras perspectivas de progreso, para ser fácilmente ganados por la demagogia comunista, de la que se les pretende salvar.

Sería redundante señalar los hechos concretos que llevaron al golpe de estado que derribó la Revolución. Ya hemos recordado que la ofensiva comenzó en los días de la sanción del Código del Trabajo. Durante un largo período, se actuó a través de personas. Pocos regímenes han soportado una campaña de difamación mayor que la que sufrió el régimen guatemalteco. Sería iluso sostener que los millones de dólares que costó esa campaña puedan haber salido de las cajas de la naciente burguesía de Guatemala. Como sería absurdo, y lo es sobre todo para quienes saben lo que cuesta a cualquier oposición proveerse de elementos para la acción directa, sostener que la decena larga de levantamientos que el gobierno revolucionario ha tenido que afrontar, han sido equipados dentro de Guatemala y sin el conocimiento del Departamento de Estado. Es curioso que este, que ha podido confiscar cargamentos de armas legalmente consignadas al gobierno constitucional de Guatemala, miembro de la Organización de Estados Americanos, no haya visto pasar, por ninguna parte las armas utilizadas en los levantamientos anteriores, y que haya ignorado la procedencia de los tanques, aviones, cañones y camiones que utilizó Castillo Armas para su mercenaria invasión de Guatemala.

Después de la sanción de la reforma agraria, la hostilidad creció. Y se hizo aguda, desde que, al comenzar 1953, se supo ya en Washington que el pueblo guatemalteco estaba dispuesto a poner a su servicio las decenas de miles de hectáreas que mantenía en erial la United Fruit Co.

Intilmente se buscó sacar del terreno nacional un problema interno como el de la indemnización que se debía pagar a la United para llevarlo a La Haya o a la Conferencia Panamericana de Caracas. La enormidad jurídica era demasiado visible y no podía ser aceptada ni siquiera por los representantes de los gobiernos títeres que hacen mayoría en esa asamblea de dictadores.

Hubo que inventar el mito del comunismo, entonces, y él fué, lamentablemente aceptado por muchos hombres y movimientos que parecen haber olvidado ya que la única forma de oponerse a la victoria de la dictadura soviética, es la de levantar el nivel material y moral de los pueblos, por la vía del socialismo democrático.

Lanzada la idea de la "cruzada santa", se pusieron a la cabeza de la acción en defensa de la "democracia", Tacho Somoza y Galvez, presidente de Honduras y abogado de la United Fruit. Las armas que se negaron al país guatemalteco fueron acumuladas sobre sus fronteras. Y la "no intervención" amparó la preparación pública de un ejército de invasión en el territorio de Honduras. Mientras tanto personas vinculadas a altos funcionarios de la United Fruit, taponaban en la UN y en la OEA, todos los esfuerzos del Presidente Arbenz dirigidos a evitar el infame asalto.

El crimen se ha consumado. La intervención de Estados Unidos ya no se disimula. En el avión conduciendo por el agregado militar a su embale en Guatemala fueron los que firmarian, delante del embajador de Wall-Street y bendecidos por el Nuncio Apostólico, el pacto que puso fin al hermoso experimento. Los primeros actos de Castillo Armas han de llenar de orgullo a todos los que apoyan el asalto, preocupados solo por el "enorme peligro" que representa la

presencia en Guatemala de un partido comunista con cinco mil votos y cuatro diputados. Ya pueden estar de parables los "no intervencionistas" que han permitido que se consuma, contra Guatemala un crimen sólo parecido al que en 1936 también el miedo al comunismo y al compromiso viril, permitió que se perpetrara contra la República Española.

En vano quieren disimular el crimen con el relato de algunas violencias que se habrían cometido, por el pueblo defraudado, en los días finales de la lucha. El Gobierno "libertador" del democrata Castillo Armas, saludado sin rubor como tal, por voceros oficiales del Departamento de Estado y por toda la prensa "grande" del continente, no ha desmentido el fusilamiento, anunciado en México, del Secretario General del Sindicato de Obreros y Empleados de la United Fruit Co, de jueces que actuaron en cumplimiento de la ley vigente, de otros dirigentes políticos y sindicales. Mientras registra los alcances del derecho de asilo, manda a los campos de concentración de ese infierno verde que es el Petén, a exilados que abandonaron la embajada argentina porque se les prometió la libertad, para que vayan a hacer compañía a los miles de militantes obreros y políticos que ya los pueblan. En nombre de la "libertad" sin duda, clausura todos los diarios y radios adversos al gobierno. Y, desde luego que en defensa de la "democracia", disuelve no sólo al tremendo partido comunista, sino a todos los partidos que sostuvieron el ensayo revolucionario, a todos los organizadores gremiales y hasta la Gran Logia Masónica.

Se suspende la aplicación de la reforma agraria, sin duda alguna mientras se prepara otra "mejor" Y se dispone un nuevo "estudio" del Código del Trabajo dejando mientras tanto a obreros y campesinos a la merced de sus empleadores. Evidentemente, la democracia de tipo americano fielmente servida por Trujillo, Somoza, Pérez Giménez, Odría y Perón, entre otros, está de parables. Ya hay en Guatemala un coronel gobernando sin parlamento, sin partidos, sin prensa libre y sin oposición.

Para que no quede duda sobre la orientación gubernamental, él acaba de designar, sugestivamente, Ministro de Agricultura, a Lázaro Chacón, notorio latifundista, Ministro de Economía a Jorge Arenales, consejero de la Empresa Eléctrica de Guatemala, filial de la United Fruit y Ministro de la Gobernación, entricha cargo por lo tanto de la orientación política y de la policía del país, a Ricardo Quirón, ex-secretario privado del sangriento dictador, Jorge Ubbio.

Ya tiene el imperialismo un nuevo gerente general, si no hábil por lo menos fuerte y desprejuiciado, que defienda los intereses de la United Fruit y mantenga el orden "democrático" en esa zona del Caribe.

Pero la victoria no será larga. La voluntad de emancipación de los pueblos dependientes se afirma dentro y fuera de nuestro continente, a través del mundo. No podrá ser indefinidamente contenida. Y si no es canalizada por la mucha vía de las transformaciones sociales democráticas, será utilizada para su provecho, por los servidores de la política de expansión que se conduce desde Moscú.

La experiencia guatemalteca no debe ser echada en el olvido. De ella podemos destilar algunas enseñanzas para la labor futura. Sabemos ya que si el movimiento de Guatemala hubiera sido vigorosamente apoyado por una fuerte corriente de opinión continental, el asalto no hubiera podido consumarse. Y que no podría tampoco haberse llevado adelante la agresión si en Honduras y en Nicaragua, por lo menos, hubiera podido hacerse oír la voz de los pueblos. Es evidente que la lucha contra el imperialismo es indisoluble de la lucha por la democracia. Y que todo lo que se haga por acabar con las dictaduras que dominan a la mayoría de nuestros países y que son o acaban siendo siempre leales servidoras de Wall-Street, prepara el terreno para la acción contra el capital monopolista y por la liberación de los pueblos. Como es también evidente que, mientras subsistan en América las retardatarias estructuras semicoloniales que traban su progreso social, las dictaduras proliferarán y re-

vivirán pese a las declamaciones y a las acciones a veces victoriosas de los movimientos democráticos.

Sabemos también que el imperialismo, en esta segunda mitad del siglo XX, ha abandonado definitivamente la política del buen vecino y vuelve por su vieja política del garrote. Conviene que esto se haya visto —por los que tienen ojos para ver— definitivamente, y que se hayan avertido muchas adormecedoras ilusiones, que andaron inclusive en las cabezas de algunos de los conductores de la Revolución de Guatemala, que no creyeron nunca que el Departamento de Estado osaría recurrir a la fuerza. A esa desmorbada política de violencia, represión e intervención, se la quiere tapar con el fantasma del comunismo. La primera exigencia de la lucha, es pues la de desenmascarar definitivamente esa política y reaccionar contra el miedo al "peligro rojo", haciendo comprender a todos que solo por la libertad y la justicia social puede acabarse con ese peligro, que tanto se magnifica, además. Es necesario, luego, trabajar por un vasto entendimiento de todas las conciencias democráticas del continente. Sólo una honda acción de conjunto, de pueblos, que desborde las muchas veces artificiales fronteras nacionales, dibujadas caprichosamente por manos extrañas sobre el mapa desgarrado de la América Central y Meridional, tendrá la fuerza necesaria para frenar las reacciones de la metrópoli del capitalismo, dispuesta a mantener su imperio a cualquier precio. Por fin, debemos entender de una buena vez por todas, que no puede haber lucha contra el imperialismo, que no sea al mismo tiempo lucha contra el régimen capitalista. Aunque haya que condicionar esa lucha a las especiales condiciones que son propias de nuestros países. La acción que se necesita, de alcance continental, exige el apoyo de todos los sectores no ligados al capital monopolista. Pero sólo podrá ser eficazmente conducida si se estructura en torno a las organizaciones de la clase obrera, clase que si es incipiente en algunas regiones de nuestro continente, alcanza gran importancia en otras. Estructurar un movimiento sindical democrático y fuerte, con conciencia de clase y voluntad anti-imperialista y partidos de clara orientación socialista, es tarea imprescindible de quienes quieran en realidad de verdad, convertir a las países dependientes de América, en naciones auténticas, libres y progresistas.

En torno a Guatemala, hemos visto aglutinarse la espúrea alianza de los trusts internacionales y de las oligarquías criollas. No hemos sabido oponerle, con suficiente energía, la alianza de los pueblos. Trabajemos por esa alianza, estructurémosla en torno a la fuerte columna obrera y socialista. Y sólo entonces veremos multiplicarse, victoriosas, en todo el continente, experiencias fecundas, que ya no podrán ser ahogadas en sangre, como lo ha sido en parte por nuestra falta de capacidad, de comprensión y de acción, la revolución de Guatemala.

Enrique G. Broquen.

La Paz, la Guerra y Nosotros

Por Carlos M. Rama

"La guerra ha demostrado ser la causa inmediata del derrumbamiento de todas las civilizaciones de cuya caída se tenga conocimiento."

"Nuestra generación ha aprendido dos verdades esenciales. La primera de ellas es que la institución de la guerra se mantiene todavía con pleno vigor en nuestra sociedad occidental. La segunda, que bajo las condiciones técnicas y sociales existentes en el mundo occidental no puede haber guerra que no sea instintiva". (1)

Arnold J. Toynbee

I

Si la enunciación de los efectos de la guerra muestra su tremendo rostro, el estudio de sus causas nos adentra en el mecanismo de la sociedad contemporánea.

Se ha pretendido explicar, al tiempo que justificar, la guerra como un producto ineludible de la naturaleza humana o de la sociedad de los hombres.

Un brillante grupo de sociólogos contemporáneos, —Gordon W. Allport, Gilberto Freyre, Georges Gurwitsch, Max Horkheimer, Arne Naess, John Richman, Harry Stack Sullivan y Alexander Szalai—, convocados por la Unesco en 1948 han hecho una declaración conjunta demoliendo esa tesis que debe citarse en extenso.

"A nuestro modo de ver, no hay evidencia alguna que indique que las guerras son la consecuencia necesaria e inevitable de la "condición humana". Aunque los hombres son muy diferentes en cuanto a sus capacidades y temperamentos, creemos que existen necesidades vitales, comunes a todos ellos que deben satisfacerse con el fin de crear y mantener la paz; donde quiera que se encuentre, el hombre desea verse libre del hambre y de las enfermedades, de la inseguridad y del temor; el hombre, en todas partes, desea la amistad y el respeto del prójimo; aspira también al crecimiento y al desarrollo de su personalidad.

"El problema de la paz consiste en contener los estados de tirantéz y los instintos agresivos nacionalistas o de grupos, en términos en que sea posible ponerlos coto y dirigirlos hacia fines que sean a la vez personal y socialmente constructivos de modo que el hombre no trate de explotar a sus semejantes. Este objetivo no puede lograrse por medio de reformas superficiales o con esfuerzos aislados. Es esencial que se produzcan cambios fundamentales tanto en la organización social como en nuestra manera de pensar.

"Si tenemos que evitar aquellas agresiones que conducen a los conflictos armados, entre otras cosas, tenemos que planificar y organizar el uso de la fuerza productiva y de los recursos modernos, de manera que exista la máxima justicia social. Las desigualdades económicas, la inseguridad y los fracasos crean conflictos entre grupos y entre naciones. Todo esto constituye una importante fuente de estados de tirantéz que con frecuencia y erróneamente, ha llevado a un grupo a ver en su vecino algo así como una amenaza aceptando falsas imágenes y soluciones simplistas y haciendo que el pueblo sea sensible a los llamamientos demagógicos.

"Las guerras modernas entre naciones o grupos de naciones se alimentan de muchos de esos mitos, tradiciones y símbolos de orgullo nacional, que fueron

(1) Del libro "Guerra y civilización", Buenos Aires, Emecé, 1952, donde se seleccionan las páginas sobre este tema incluidas en "A study of history".

transmitidos de generación en generación... La educación en todas sus formas debe oponerse al engrandecimiento nacional luchando por poner en obra un reconocimiento crítico y autodisciplinado de las formas propias y extrañas de la vida social" (2).

El dictamen de los sociólogos profesionales se refiere evidentemente no sólo a las guerras internacionales, sino a otras formas del fenómeno bélico, como son las guerras civiles, la guerra de clases, etc.

Creemos que se puede tomar como una opinión insospechable en su imparcialidad, y en su mérito científico, que resume el estado de nuestros conocimientos en el asunto.

Descartado que la guerra no es una consecuencia inevitable de la naturaleza humana, y admitido que el interés común de la humanidad es la paz examinemos las causas, no de todas las guerras, sino aquellas de las grandes guerras más recientes.

Desde fines del siglo XVIII la mayoría de las guerras internacionales se caracterizan por ser choques nacionalistas. De ahí su potencia, su hondura, y por tanto resultados destructivos más acentuados. Mientas en las antiguas guerras dinásticas luchaban habitualmente los ejércitos de condottiers, o la clase militar, y en las guerras de religión de los siglos XVI y XVII los sectores religiosos fanáticos, en estas guerras contemporáneas es movilizada la nación entera. "La guerra será en adelante para el Estado una actividad total, para la que se puede movilizar constantemente el conjunto de la población, de sus recursos, de sus energías... Es la nación en armas, es la resurrección de Roma donde la Ciudad coincide con el Ejército, donde cada ciudadano es un soldado, donde las instituciones políticas duplican y siguen la organización militar" (3).

Pero la guerra es también nacional por sus motivaciones, por sus causas. El nacionalismo nutrido por los Estados a través de "los mitos, tradiciones y símbolos de orgullo nacional" y exacerbado por una educación deliberadamente chauvinista, es el motor de la mayoría de las luchas de los últimos ciento cincuenta años.

Como destacan los sociólogos citados, desgraciadamente "las naciones no pueden verse a sí mismas, tal como los otros pueblos las ven" y considerando todas sus características, virtudes —Incluso los defectos— aceptan luchar contra otros pueblos cuya desgracia consiste en tener distintos usos, lengua, religión, costumbres, etc.

Es también el nacionalismo el que ha justificado ante la conciencia popular la dominación de las minorías de otra nacionalidad, o la explotación de los pueblos coloniales ultramarinos. El racismo y el imperialismo se han presentado entonces como las formas últimas del mismo fenómeno nacionalista.

Como todos los impulsos colectivos irracionales el nacionalismo ha caído al servicio de los más bajos intereses, (el de las pequeñas camarillas de las clases económicamente más poderosas, por ejemplo), y ha renegado prontamente del liberalismo (con el que estuviera unido originariamente), para propiciar las más abyectas dictaduras policiales.

El recuerdo del "nacional-socialismo" de Hitler nos exige de abundar en ejemplos.

Más aún. Las guerras prolongadas y el recurso general a los resortes del nacionalismo han favorecido una lamentable evolución apreciable en algunos de los mismos países democráticos. Un autor la resume diciendo que "La evolución contemporánea tiende a hacer de la nación un aspecto temporal y transitoria del ejército... No es que el ejército se apodere de la nación y la pliegue a sus costumbres. Es, por el contrario, la nación la que parece

(2) Publicado en "El Correo de la Unesco", Nº 6, París, julio 1948.

(3) Roger Caillois "Guerra y democracia", revista "La Torre", Puerto Rico, Nº 3, 1933, p. 102

guardar tan profunda huella de las guerras sufridas que procura ordenarse espontánea e integralmente según la fórmula probada y prestigiosa que el ejército propone". (4)

Reduciendo aún todavía más la óptica, veamos ahora el panorama de nuestros tiempos, para apresar junto con la prolongación del nacionalismo, los nuevos factores que explican las guerras.

La historia auténtica, verídica, de los últimos veinte años difiere mucho de la versión que proporcionan las "memorias" de los capitanes de la guerra, o las teorías que administran a sus lectores los diarios al servicio de intereses particulares. Especialmente se ha escamoteado la explicación del mecanicismo que determina las grandes decisiones, la razón que moviliza las líneas generales de la política económica de los países.

El sistema capitalista de propiedad, producción y consumo, que determina la economía de los grandes países contemporáneos, experimentó en octubre de 1929 un verdadero conato de derumbe. Se produjo en la Bolsa de Wall Street de Nueva York un "krach" que ocasionó la quiebra de no menos de 11.000 bancos, empresas industriales y comerciales de los EE. UU. y que por la unidad que mundialmente ha logrado la economía en el siglo XIX y principios del XX, arrastró en su caída a las economías particulares de las demás naciones del planeta.

Esos sucesos significaban la ruina de los propietarios, que vieron desaparecer sus beneficios y, por lo tanto, su misma posibilidad de existir como parásitos de la producción.

Hoy, puede decirse con el escritor francés Henri Claude, que "la historia del mundo desde 1929 es la historia de los medios puestos en acción por el capitalismo para volver a hallar su beneficio privado". (6)

El Estado —que, por cierto, nunca es neutral en materia social— acudió en socorro de los dueños de las empresas, tratando de dirigir la economía. Su acción se ejerció entre los años 1929 y 1931: reabsorbiendo las deudas privadas, elevando las subvenciones, impidiendo la entrada de productos extranjeros, destruyendo los stocks de mercaderías (café en el Brasil, trigo en la Argentina y EE. UU., etc.), favoreciendo los trusts y facilitando la oferta de diversas maneras.

Como esas medidas eran insuficientes, la política económica (y por ende la política general) de los dos años siguientes tendió a buscar ampliar los beneficios de las empresas privadas por la realización de grandes obras públicas nacionales. En EE. UU. el programa Roosevelt revitaliza la economía al tiempo que da ocupación a 4.000.000 de obreros desocupados, en Inglaterra se logra ocupar a 1.110.000 y en Alemania a 1.700.000, promoviendo así los negocios y aumentando la demanda de productos por la elevación del standard de vida de los nuevos empleados.

Ante la incapacidad de las obras públicas nacionales, entre 1935 y 1939 se recurre a un acelerado armamentismo, que obedece a las mismas razones que las medidas anteriores.

Un programa bélico de rearme implica pedidos a toda clase de fábricas, (aparte de la conversión de aquellas que son inadecuadas), así como nuevos negocios para las industrias extractivas, producción agrícola y empresas de transportes.

El armamentismo —pagado con impuestos que gravaban a la masa del pueblo y justificado por la propaganda belicista de la prensa— en definitiva aseguraba negocios a los grupos minoritarios de grandes capitalistas.

Así en Alemania, la progresión de los beneficios es la siguiente:

(4) Caillois, ob. cit. p. 105.

(5) Henri Claude. "De la crisis económica a la guerra mundial" Buenos Aires, Americalee, 1946.

1933	6.6 millones de marcos.
1934	7.9 " " "
1935	9.2 " " "
1936	12.2 " " "
1937	14.2 " " "
1938	15.0 " " "

Estudiando las cifras de los negocios de los cinco bancos berlineses más importantes entre 1938 y 1943 se observa que pasan del equivalente de 303 mil millones a 470 mil millones de francos.

En tanto, Goering decía a los alemanes —incluso a los nazistas de la troa— que Alemania sacrificaba su manteca para tener cañones, omitiendo que stos significaban grandes negocios para la camarilla gobernante y la gran burguesía.

Este proceso deriva del sistema económico común a todos los países occidentales y es así que en los EE.UU. el beneficio neto de las empresas industriales, deducidos los cuantiosos impuestos, es en miles de millones de dólares el siguiente:

1939	4.088
1940	4.847
1941	7.277
1942	7.336
1943	8.200

H. Claude, de quien tomamos estos datos, destaca que la guerra no sólo permite negocios cuantiosos, sino que además ha permitido a los grandes "trusts" y la alta banca crear reservas para hacer vivir la empresa capitalista en la postguerra. Así las sociedades por acciones de los EE. UU., que obtuvieron de 1938 a 1943 la suma de 29 mil millones de beneficios, han reservado 12.3 mil millones para "adaptación de la industria americana a la economía de paz", sin perjuicio, agregamos, de lograr posteriormente amplios créditos del gobierno con el mismo fin.

Otra ventaja que deparaba era permitirle a los gobiernos resolver por fin el problema de la desocupación y las mismas publicaciones de la Sociedad de las Naciones decían crudamente: "en un momento en que los desocupados son numerosos puede ser menos costoso mantener reclutas en los campos de instrucción que dar auxilios a los desocupados". Es así que Alemania —ya dirigido por Hitler, surgido de la crisis mundial citada anteriormente— restablece, el servicio militar en marzo de 1935, Francia aumenta la duración del servicio, e Inglaterra y más tarde EE. UU. implantan por primera vez el sistema en sus países.

Es interesante observar el paralelismo entre gastos bélicos y porcentaje de beneficios de las empresas privadas de armamentos. Tales gastos pasaron de 5.800 millones de dólares en 1936 a 9.490 en 1938; y simultáneamente los beneficios en Alemania progresan un 120% y en EE. UU. un 65%, (para citar solamente a dos países muy industrializados).

Convertido el armamentismo en un sostén imprescindible del capitalismo, la continuación de la paz resultaba incompatible con el sistema. En efecto, la fabricación de armas y aún la de stocks para la guerra, llega un momento en que no puede proseguir a menos que se declare la misma guerra (destruyendo mercaderías, inutilizando armas, reponiendo el utillaje, etc.).

"Cada país capitalista —dice Claude— es llevado, pues, natural y automáticamente, a la guerra, por el crecimiento continuo de los armamentos. Los Estados que fueron los primeros en armarse de modo vasto y que por consiguiente fueron los primeros en conocer la saturación de su mercado nacional y el abarrotamiento de su mercado de reemplazo, (Japón y Alemania), serán también los primeros en buscar en la expansión territorial y en la guerra un remedio a las dificultades internas. En cambio, los EE. UU. que fueron los últimos que

conocieron la economía armamentista, serán arrastrados los últimos al conflicto".

La guerra dió seis años de respiro al capitalismo en crisis, y le permitió aumentar la industrialización, no sólo de los países más importantes, sino además de los países agrícolas o productores de materias primas. Pero esa industrialización ha agravado el desequilibrio entre la potencia de producción y la capacidad de absorción del mercado y potencia de la demanda, que se encuentra en la raíz de las crisis periódicas que sufre el sistema capitalista. La producción ha crecido en tal proporción, que ni siquiera durante la guerra se ha podido absorber la oferta de productos como acero, aluminio, cobre, vanadio, azufre, mercurio, magnesio, etc.

La post-guerra replantea entonces el problema de la supervivencia del capitalismo en términos todavía más angustiosos, pues los grandes países industriales viven gracias a la exportación. Así EE. UU. necesitaría vender anualmente entre 12 y 18 millones de dólares en mercancías. ¿Pero cómo venderlas, si Europa está también exportando, América Latina tiene una vida económica menguada, o ya no necesita ciertos productos, y Asia posee un standard de vida bajísimo que no propicia los cambios?

Para mantener la corriente de los cambios, los estadounidenses han comenzando por hacer préstamos a sus presuntos compradores... para que éstos les adquieran mercancías. En 1944 de los 12.713 millones de dólares a que se elevó la exportación, 11.297 millones se traficaron por concepto de "préstamo y arriendo". Posteriormente se ha recurrido al plan Marshall y a los créditos del Banco de Exportación e Importación.

Una vez más —y ahora sobre la base de la tensión internacional entre EE. UU. y Rusia— se procura vitalizar la economía mundial por medio de: a) un nuevo programa de rearme; b) la destrucción de los stocks reunidos en la guerra (cementos, aviones, ventas de material sobrante a América Latina); c) planes para la elevación del nivel de vida en Asia y América del Sur; d) formación de nuevos stocks estratégicos.

Naturalmente debe distinguirse la situación de aquellos países que viven todavía a casi diez años de la guerra una "conjuntura de reparación".

Son ellos los que han sentido directamente la guerra en su territorio (Alemania, Inglaterra, etc.) y su economía se encuentra artificialmente vivificada por una demanda sostenida a los efectos de recuperar el nivel de 1939.

En 1954 EE. UU. ya alcanza —sin previa catástrofe bursátil como en 1929— la cantidad de cuatro millones de desocupados, y la producción de artículos tan fundamentales para apreciar la salud de su economía, como los automóviles, viene decayendo sin pausa. Observamos así mismo que mientras tradicionalmente los gastos de inversión eran los únicos que se atendían con empréstitos, ahora normalmente se atienden de esa manera los gastos de armamento, pues este rubro toma la mitad aproximadamente del total del Presupuesto General.

Si lo anterior corresponde especialmente a los grandes países de Occidente, no es extraño por cierto a los países coloniales y semicoloniales. El repetido quebranto del tráfico comercial internacional, la demanda de ciertos productos con relación a la guerra, y el aumento creciente de las inversiones capitalistas, también contribuyen a dibujar en ellos la crisis del sistema.

La paz que no han sabido dar a sus pueblos los grandes consorcios capitalistas, también se la han negado a los países atrasados. El abismo entre la prosperidad de los países metropolitanos y la miseria de los países económicamente explotados se ahonda, provocando nuevos conflictos parciales, y empujando a los pueblos a insurrecciones violentas.

A la vez, en el interior de cada uno de estos países, entran en pugna las minorías vinculadas al capital imperialista con la masa indígena, y el recurso permanente a la dictadura ahoga las posibilidades de progreso pacífico.

La guerra, entonces, aparece implícita en el mismo sistema del capitalismo privado. Este, incapaz de resolver sus contradicciones y tensiones, busca obstinadamente la salida bélica, repitiendo un ciclo permanente de crisis y guerras.

Por otra parte, el repetido recurso de la guerra, y la existencia de la lucha de clases interior, ha promovido en los últimos cincuenta años en algunos de estos países un descenso de las libertades públicas, y de los beneficios del sistema democrático. Aunque estos valores han sido instintivamente sostenidos y a menudo defendidos por las masas, el mismo proceso belicista, tiende a desgastarlos y anularlos. Así, para dar un ejemplo, la libertad de pensamiento exterior ejerció se suspendía en ocasión de librarse una guerra o una conmoción interior equivalente, ahora también se prohíbe en plena paz, so pretexto de "guerra fría", etc.

.....

Mundialmente, consignemos la tendencia que supera objetivos inmediatos, pues podría considerarse como una política de largo alcance. Esta consiste en afianzar el capitalismo de Estado —como reducto de resistencia del sistema— y prolongar indefinidamente la guerra, o por lo menos su amenaza para anular la intervención popular en el control de la sociedad.

Los teóricos del socialismo en el siglo pasado razonaron ciertamente ante el espectáculo auténtico, pero restringido de una sola faceta del capitalismo: el capitalismo privado, el que tenía por protagonista a la burguesía favorecida por la Revolución Industrial.

Restringir el análisis en esa faceta no sólo sería limitado sino, además, equivocado. El siglo XX, especialmente después de la Primera Guerra Mundial ha conocido la nueva fórmula del capitalismo de Estado, que reedita los males suscitados por el capitalismo de la burguesía agravados por el dominio del aparato estatal por una minoría. Las experiencias de Italia, Alemania y Rusia prueban este aserto.

En estos países un mayor o menor capitalismo de Estado se ha ensayado conjuntamente con la tiranía política.

Fodría caber la duda de si la política exterior del capitalismo de Estado es necesariamente diferente de la ya conocida del capitalismo privado. Incluso podría sostenerse que la agresiva política belicista de Alemania e Italia en la década de los treinta se debía a su mismo carácter híbrido pues se mantenía la empresa económica privada.

Sin embargo, ya en 1913 el propio Lenin había previsto la cuestión diciéndonos que "en la época del capital financiero, los monopolios de Estado y los privados se entretrejan formando un todo y tanto los unos como los otros, no son, en realidad, más que distintos eslabones de la lucha imperialista entre los más grandes monopolistas por el reparto del mundo". (6)

El imperialismo es fundamentalmente una tendencia a las anexiones. Y éstas por cierto no le faltan a la historia de la política exterior de los países de capitalismo de Estado, incluyendo a la URSS.

Como resultado directo de la Segunda Guerra Mundial, Moscú había anexado en 1946, trece países y regiones con un total de 275.369 millas cuadradas, poblados por 24.361.500 habitantes, sin contar el protectorado sobre Polonia, Rumania, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia y Albania.

Mientras las anexiones europeas de los países liberales del siglo pasado se hicieron sobre la base de plebiscitos populares, aquí sólo contó la fuerza militar y la expansión incontrolable de un país industrialmente más desarrollado.

Y Kautsky decía: "El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de cada nación industrial capitalista a someter y anexionarse regiones agrarias, cada vez mayores, sean cuales sean las naciones que las pueblan".

(6) Lenin "El imperialismo, fase superior del capitalismo", Moscú, 1948, p. 104.

Los presupuestos bélicos son fenómenos comunes a ambas formas de capitalismo. Las cifras de los departamentos de Hacienda de la USA y de la URSS hasta coinciden, en cuanto a porcentaje y, por lo tanto, también en Rusia operan las relaciones entre sistema de producción y presupuestos militares frente al proceso económico general.

El sistema político ruso de nuestros días ilustra la expresión de David Rousset: "La transformación de las relaciones de producción no bastan para crear el socialismo. Si esa transformación no se opera, no se practica en el cuadro de una amplia democracia de las masas trabajadoras, asistimos a un nuevo fenómeno de explotación".

Bertrand Russell estudiando el fenómeno político del poder, decía que: "Si la concentración del poder en una única organización —el Estado— no ha de producir los males del despotismo en una forma extrema, es necesario que el poder dentro de esa organización sea ampliamente distribuido y que los grupos subordinados tengan una autonomía amplia. Sin democracia, transferencia e inmunidad contra los castigos extralegales, la unión de los poderes económico y político no es sino un nuevo y terrible instrumento de tiranía". (7)

Una política interior de despotismo, tiranía e incluso cesarismo se acompaña necesariamente en el exterior con una actitud belicista. La guerra, o por lo menos la amenaza de la guerra, es fundamental al sistema para justificar interiormente la falta de libertades políticas y las restricciones al standard de vida.

El fabuloso reforzamiento del Estado que ha permitido la recreación de las clases sociales jurídicas, políticas y hasta económicas (si no en la propiedad por lo menos en el usufructo de los bienes) debe llevar también a la expansión internacional. La misma voluntad de dominio que ha convertido en dueño de un inmenso país a un puñado de jerarcas proletarios, puede llevar a su nueva generación a intentar una guerra mundial para imponer el sistema universalmente.

El superestado soviético no puede rehuir la afirmación de Hegel, "La guerra es el momento en que el Estado alcanza a su más alto grado de conciencia y de realización", y una estructura totalitaria supone inequívocamente el más totalitario de los fenómenos: la guerra.

Esto no es contradictorio con el hecho de que la URSS económicamente vive todavía en 1954 una coyuntura económica de reparación, lo mismo que Alemania, para poner un ejemplo distinto. También de que el establecimiento de la China popular ha abierto a su expansión imperial un inmenso campo, el cual si bien le obliga a un esfuerzo defensivo más formidable, le hace innecesario durante cierto período llevar adelante una política agresiva con el Occidente. Por último, las medidas de la nueva administración Malenkov, tendientes a elevar el standard de vida a un nivel comparable a los países capitalistas occidentales más atrasados, podrían alterar este cuadro.

Pero examinado en su conjunto, el mundo soviético por necesidad de las reglas que le rigen, y para ventaja de sus jerarcas, supone la guerra con la misma inevitabilidad que el gran capitalismo monopolista de los financieros de Wall Street.

- II -

Si intentamos resumir los antecedentes reunidos, podremos decir sintéticamente que la lucha contra la guerra es inseparable de la que se emprenda contra sus causas fundamentales.

El mundo seguirá padeciendo en nuestro tiempo terribles guerras desvastadoras en tanto no se desarraigue para siempre:

1º) El nacionalismo agresivo;

(7) Bertrand Russell "El poder en los hombres y en los pueblos", Losada, Buenos Aires, 1946, p. 256.

2º) El sistema económico capitalista; y

3º) Las dictaduras políticas.

Cualquier otra solución a lo sumo supone una tregua, un instante de respiro, para recomenzar otra vez con mayores bríos la destrucción y la muerte. Por ello también cada esfuerzo en la empresa de librar al mundo de esos flagelos, es un paso firme y auténtico en el camino de la paz.

Esta no es una empresa meramente negativa, pues la negación de la triple alianza del desastre, supone positivas y progresistas afirmaciones.

Así el reverso del nacionalismo, es la fraternidad universal de los pueblos; la negación del capitalismo es el socialismo y la libertad, la luz que puede salvarnos de la dictadura política.

Por eso la lucha contra la guerra se confunde con las luchas progresistas de los pueblos en procura de su seguridad económica y la democracia. La misma complejidad de la vida moderna, y los tenaces esfuerzos de una propaganda sistemática de los sectores interesados hacen difícil comprender y difundir estos hechos. Por encima de sus aparentes o reales discrepancias las grandes fuerzas políticas de nuestro tiempo están de acuerdo en borrar los verdaderos perfiles de los hechos y enmascarar sus acciones.

Sucede incluso que aún entre aquellos que aceptan la verdad de este planteo, surge la duda sobre las posibilidades efectivas, prácticas o inmediatas de llevarlo adelante como programa.

De ahí la idea de intervenir en la preparación de la guerra, prefiriendo entre los gérmenes del conflicto aquel que se estime menos virulento, o el que por razones de vecindad geográfica nos imponen las circunstancias. Esta absurda idea explica la historia de los diez últimos años.

La gran alianza de los pueblos contra el fascismo agresor, (en que se resumían multiplicados los gérmenes fundamentales de la guerra), quedó rota por 1948. A partir de esa fecha se inició una vasta alineación de fuerzas en escala mundial, orientadas en dos colosales bloques de Estados. Pero si la llamada "guerra fría" ha obligado la intervención de diversos países, es evidente que su jefatura ha correspondido a los grupos nacionales rectores de los EE.UU. y de la U.R.S.S., a saber, los "big business" y la alta comisariocracia soviética. Ya queda dicho porque creemos que ninguno de estos grupos puede representar la causa de la paz, y como al contrario en ellos debiese encontrar la causa primera de los distintos conflictos parciales que desde entonces se han cumplido, así como del rearme general del mundo.

Una posición espiritual distinta, la única actitud posible de un pacifista es la de independencia de ese falso dilema. Se ha dado en llamar a esto "tercera posición", denominación cuestionable, usada a veces por muchos a quienes no les corresponde, pero que ha terminado por ser de general recibo.

La Tercera Posición es la única actitud en que los pueblos pueden mostrar consecuencia con su larga historia de sacrificios por su elevación material y política. Es la única que sirve al verdadero pacifismo, por ser la que defiende el mejor acervo de la Humanidad: la Paz, la Libertad, la Seguridad Económica.

Una idea no es más o menos cierta por los apoyos políticos y prácticos con que cuenta, pero es evidente que su falta hace peligrar su posibilidad histórica. No es este el caso sin embargo de la "tercera posición".

La misma obstinada tendencia a dividir inflexiblemente el mundo en dos campos absolutamente enemigos e inconciliables, no admitiendo otras actitudes ni veleidades de independencia, no puede decirse que ha triunfado en forma definitiva. En su intento están de acuerdo los dos bloques, y su común espolimento del "telón de hierro" y la conversión en un glacis militar del este de Europa por los soviéticos, ha correspondido al bloqueo de China y la reducción del comercio mundial por el actual gobierno norteamericano.

Paradójicamente el primer efecto de estas medidas ha sido popularizar EE.UU. en los países de Europa, (como lo prueban las evasiones de millares y millares de individuos del este), mientras los movimientos populares de Latinoamérica, se han acercado al comunismo.

Además históricamente abundan los ejemplos de que en los casos de tensiones mundiales prolongadas que presentan la disyuntiva de dos únicas posibilidades, los pueblos procuran una nueva salida. Así cuando Europa se agotaba en las terribles guerras de religión de los siglos XVI y XVII el triunfo no correspondió a ninguno de los dos bandos. Otras potencias y otros factores históricos, (el interés por el tema político nacional, por ejemplo) desplazaron a católicos y protestantes que pasaron a segundo plano para siempre.

Esa tercera posibilidad histórica incluso puede ser de la misma naturaleza de las que se disputan en primer término. Mientras que en el ejemplo anterior se trata del desplazamiento de un interés religioso por una motivación política, en otras ocasiones la marcha de las ideas supone la combinación de los dos factores originariamente en juego. Pero también en ese caso se desplaza históricamente a los fanáticos que insisten en la existencia de dos únicas posibilidades.

Arnold J. Toynbee en 1952 ha hecho un estudio sobre "El conflicto entre Rusia y el Occidente" en que sostiene, justamente, la posibilidad actual de la tercera posición en nuestros días. En ese trabajo sugiere la conveniencia de estudiar, por ejemplo, el conflicto entre el mundo greco-romano y el Oriente entre el siglo IV a. c. y el siglo II de nuestra era. Entonces, frente a la ofensiva militar-política-económica del Occidente, se libró una contraofensiva religiosa del Oriente. Sucedió que "Después que los griegos y romanos hubieron conquistado al mundo por la fuerza de las armas, el mundo hizo cautivos a sus conquistadores, convirtiéndolos a nuevas religiones que dirigían su mensaje a todas las almas humanas", nos dice Toynbee.

Las religiones orientales sin embargo no consiguieron triunfar hasta que "se disfrazaron con trajes griegos". Diversos intentos fracasaron hasta que el cristianismo "dió el paso para presentarse intelectualmente en términos de filosofía griega". (8)

En una palabra, se alcanzó una solución general, universal, por una creencia que, aunque surgida del Oriente, sólo triunfó cuando aceptó el legado del Occidente.

Hoy en el siglo XX es indiscutible que hay elementos positivos, que no son inconciliables, en los programas y los estilos de vida del Occidente y del Oriente. ¿Porqué creer, por ejemplo, inconciliables el socialismo y la libertad política? ¿No es mucho más absurdo que las democracias políticas estén unidas a sistemas capitalistas, mientras que al socialismo igualmente lo desvirtúa su alianza con la dictadura?

Ello no ha escapado al sentido histórico de los pueblos, y los últimos años muestran justamente que estas ideas se abren victoriosamente camino. Penémoslos reiteradamente a participar en la política guerristera de los grandes bloques. O en los países más adelantados de Europa, Suecia y Suiza, que nadie puede sospechar prosoviéticos, pero no integran el cuadro de las alianzas americanas.

Incluso los más íntimos aliados de EE. UU., —Francia e Inglaterra— en los últimos dos años han dado señales claras de reclamar su autonomía. El mismo W. Churchill, —que proclamaba la "guerra fría" en Fulton en 1948— en 1952 al señalar el saneamiento de la economía inglesa hizo notar que esto significaría una mayor independencia política. El gobierno conservador inglés mantiene desde entonces puntos de vista independientes del criterio de Washington, muy especialmente sobre los asuntos asiáticos. Por su parte Francia, superan-

do presiones internacionales casi insalvables, en 1954 con el gabinete Mendes-France tiene el primer gobierno nacional estable desde 1946, y sus primeras medidas son de carácter pacífico e independientes de EE. UU. No es difícil predecir que estas actitudes favorecerán el frente de la paz mundialmente.

Pero la "tercera posición" es también la posición auténtica de los mismos pueblos americano y ruso. En febrero de 1954 se produjo en EE.UU. un suceso de un gran interés, que naturalmente no ha sido comentado por la prensa al servicio de los trusts internacionales. Todos los grupos juveniles socialistas de aquel gran país en un congreso nacional acordaron federarse en un bloque ("Young Socialist League"), y en su declaración de principios, la nueva entidad, declaró suya como actitud en materia de política internacional, la tercera posición. (9)

Seguramente si tuvieran la suficiente educación política, no otra sería la actitud de todos los trabajadores estadounidenses no interesados en la política de dominio estratégico del mundo, en beneficio de los "grandes negocios".

Hay quienes, reconociendo la razón que asiste a la causa de la paz, aducen que estas discusiones sólo pueden fructificar en el Occidente por las condiciones de libertad política y constituyen indirectamente un aporte a la agresión soviética. En primer término recordemos que la esencia de la democracia es la discusión. Ya Pericles decía hablando de la democracia ateniense que:

"Cuando imaginamos algo bueno, tenemos por cierto que consultarlo y razonar sobre ello no impediría realizarlo bien, sino que conviene discutir como se debe hacer la obra, antes de ponerla en ejecución".

Es decir entonces que a quién critican, y de quién se reniega, es de la democracia.

Aceptemos por un momento que sea cierto que la causa de la paz que defienden los terceristas, sólo fructifica entre nosotros los occidentales. Aún sería conveniente, y supondría una gran política de futuro. Si la tercera posición aspira a ser una posición universal, empecemos por hacer del Occidente un mundo de paz, terminando con la amenaza de las crisis capitalistas de hambre y desocupación y con dictaduras como la de Franco.

Los terceristas, en cuanto aspiran a orientar el mundo occidental, tienen un típico ejemplo en los laboristas ingleses que acompañan a Bevan.

[Pero, además, puede alguien dudar que los pueblos sometidos a Moscú no aman igualmente la paz? La defección de Yugoslavia, la más importante de las "democracias populares", las huelgas de junio de 1953 en Berlín-Este, y las continuas "purgas" en el resto del protectorado soviético son bien elocuentes campo de batalla de una futura contienda ni proporcionar la carne de cañón al Ejército Rojo. En la misma URSS los distintos pueblos sometidos, desde los bálticos y los ucranianos a los habitantes de las estepas de Asia Central, devada con espíritu exterminador contra los rusos, Hitler pudo sin embargo reclutar entre los descontentos varias divisiones de aliados al mando del Gral Vlasov.

Terminada la guerra se han contado por centenas de millares los ex-prisioneros rusos que han preferido resignarse a la condición de apátridas por no volver a su tierra. Por último, ¿es que alguien puede dudar sobre la opinión que del régimen tienen los millones de desgraciados que pueblan los campos de trabajo?

¿Se comprenderá, ahora, porqué Toynbee dice que la guerra internacional se dobla en una guerra instintiva en cada país, en cada región, en cada ciudad?

"Organización de mítines de imperialistas del gobierno norteamericano. Acciones simultáneas de protesta contra las actividades imperialistas del gobierno norteamericano. Acciones simultáneas de protesta contra las actividades imperialistas del gobierno norteamericano. Utilización de todos los medios a nuestra disposición para ampliar los círculos revolucionarios en torno a las ideas de tercer frente y contra la guerra presentadas en nuestras resoluciones"

(8) Arnold J. Toynbee "El conflicto entre Rusia y el Occidente", revista "La Torre", No 2, 1953, p. 30.

III

La guerra debe ser repudiada incluso en nombre del futuro de la humanidad y de la civilización contemporánea.

El hecho auténtico de que la guerra —lo mismo que la miseria económica, endémica, las revoluciones etc.— sea en el siglo XX un síntoma de la ruina del mundo capitalista, no permite extraer consecuencias deterministas y confiar simplemente, los pueblos y las conciencias más esclarecidas, en un fin feliz e inevitable.

La guerra mundial es un fenómeno de tal entidad que su misma reiteración tiende a alterar por sí sola el decoro histórico, o por lo menos permitir la supervivencia del mismo mundo capitalista que la engendra.

En efecto, aunque la guerra resulta en última instancia nociva para el tradicional sistema del beneficio privado, momentáneamente resuelve sus crisis internas (políticas y económicas) y permite la prosecución de sus negocios. La guerra internacional por el agrupamiento más o menos voluntario que opera alrededor de los gobiernos respectivos anula las luchas internas —y en especial las luchas de clases— y a la vez coloca en manos de las minorías gobernantes la suma del poder político. La "defensa nacional" en efecto pone en manos de los gobernantes, que aún en los países democráticos coinciden en buena parte con las clases adineradas, los resortes de la política y de la economía, anulando las libertades individuales y la crítica.

Tanto en el pasado como en nuestros días, una de las causas más constantes de la guerra es justamente el deseo de dominio, la voluntad de mando y de gloria de minorías gobernantes. No es una casualidad que los países agresores sea casi siempre aquéllos donde las libertades individuales están suprimidas y donde los problemas internos presentan un cariz imposterable, salvo que se altere de una manera sustancial y en beneficio del pueblo esa situación.

"La vida social —dice Rudolf Rocker— es el resultado de la voluntad y de la acción del hombre". Esto es parcialmente exacto, y en lo que corresponde al tema es de significativa enseñanza. Si la trayectoria del mundo es obra del esfuerzo de los hombres conscientes, frente a la guerra debe elevarse una sostenida militancia para detener su enloquecida reiteración, su repetición macabra y trágica.

Triunfarán los pueblos y acelerarán el proceso hacia su felicidad material, así consiguen detener la guerra, aunque no se cumplan todas y cada una de las premisas de los teóricos del socialismo.

Pero la misma reiteración de la guerra mundial, (en la escala que presentó el siglo XX entre los años 1914-18 y 1939-45), ejerce seguramente sobre los grupos contrarios a la misma un efecto pernicioso. Tradicionalmente los conflictos armados bajo la dirección de Estados fuertes, tiene un efecto deletéreo sobre la conciencia popular, actuando como un freno del progreso de nuevas ideas, y por lo contrario robusteciendo los anhelos más primitivos y bajos de las comunidades. Pero no sólo en los pueblos, sino incluso en sus grupos de avanzada ideológica, en sus partidos populares, en sus hombres de pensamiento generoso.

Hay algunos casos históricos que lo comprueban y sobre los cuales cabe reflexionar. Uno de los movimientos revolucionarios más formidables de la historia fue sin duda el cristianismo primitivo dentro del Imperio Romano de los dos primeros siglos de nuestra era. Junto a ideas religiosas —que en este caso no interesan— los cristianos recitados entre las clases más miserables del imperio sostuvieron entidades de socorro mutuo y lucharon con desesperación por imponer su concepción del mundo.

Entre estas —y en un plano destacado— se encontraba su antimilitarismo. Rechazaban —como todos los grupos populares revolucionarios— la guerra como sistema y frente a ella, lo mismo que frente al estado romano, practicaban

una "resistencia pasiva". El cristiano tenía la fé necesaria para hacerse matar en el Coliseo por sus ideales sin ofrecer resistencia, pero además se negaba a integrar los ejércitos. Ya en el siglo II, por boca de Tertuliano, se había afirmado que para el cristiano "no es lícito ser hombre de espada, pues el Señor ha declarado que el que hiere con espada, a espada perecerá"; que "el Señor al desarmar al apóstol Pedro, manifestó claramente su voluntad de que cada soldado depusiera sus armas", por lo que al militar cristiano no le quedaba otro camino que "abandonar inmediatamente el ejército y resolverse a sufrir por el Cristo igual suerte que todos los demás cristianos".

Pero en el siglo III el mundo grecorromano, entró en una crisis mortal. Esto —como sucede en nuestros días— se manifestó por guerras tremendas que duraron casi el siglo, arrasaron regiones enteras y acompañaron y facilitaron la crisis económica y monetaria. El mundo pagano pereció, pero en sus crisis infectó a la minoría cristiana, que llevada por los acontecimientos renunció a las claras premisas antiguerreras del siglo anterior y fue también belicista y adoradora de las instituciones imperiales. De ahí a nuestros obispos que bendicen tanques, hubo sólo un paso.

El movimiento socialista internacional, en todos sus matices, que en este momento es la esperanza de renovación del mundo, debe mantener una estricta vigilancia, para eludir el riesgo de ser arrastrado por análogo proceso. Después de haber exacerado de la guerra y analizado sus orígenes tan unidos con el privilegio, la necesidad de actuar dentro de los marcos de cada nación, aún ocasionalmente de compartir las responsabilidades del poder con otros sectores políticos podría atenuar su riguroso internacionalismo inicial, y hacerse cada vez más nacionalista "chauvinista" y aún guerrista.

Solo la muy estrecha vinculación de los socialistas de todo el mundo y la constante reflexión sobre el origen del nacionalismo y las causas de la guerra, pueden evitar que los socialistas, confundan la debida solidaridad con sus pueblos, con el conjunto de ideas e intereses que alimenta el nacionalismo capitalista siempre belicista.

Uno de los caminos de la contrarrevolución pasa por el belicismo.

¿Qué se puede hacer? Hoy por hoy la lucha se libra en todos los frentes y en todos los rincones del mundo. En los grandes países que intervienen en primera fila, la acción es útil si tiende a impedir la política internacional providora y belicista; pero todavía más denunciando los apetitos de las minorías beneficiadas por la matanza.

La acción es especialmente útil cuando se dirige a la superación política de los respectivos países, pues allí donde triunfan las oligarquías o la demagogia, la salida de los problemas internos será siempre intentada a través del armamentismo y la guerra internacional.

En América especialmente puede hacerse mucho, pues estos países —con excepción de las breves luchas desatadas por la intervención del imperialismo foráneo— no tienen ni necesitan de la tradición guerrera, de ser fieles a las ideas liberales que animaron su nacimiento en 1810.

Es este de la guerra, uno de los defectos que hemos evitado copiar a Europa; en parte porque la composición de nuestras comunidades refleja a todos los pueblos del Viejo Mundo, y mantener la paz puede asegurar el destino de América. Al sur del Río Bravo, el continente vive todavía económica y culturalmente el complejo de características que individualizan históricamente al siglo XIX. Por eso desde el punto de vista de su futuro, el ideal sería el paso al siglo XX —es decir a la categoría de países adelantados de tipo europeo que actúan sustantivamente en proceso mundial— sin experimentar el colapso por el que pasa Europa. Vivir las ventajas de un orden culturalmente evolucionado, sin los males que ha acarreado al mundo el supercapitalismo, el nacionalismo y la dictadura.

Convertir este continente en un refugio de la paz, sería entonces salvar para la Humanidad y la historia, todo el tesoro acumulado de la Civilización

Occidental y posibilitar la existencia en un futuro cercano de una nueva sociedad basada en la cooperación y la libertad.

Desmintiendo a los filósofos reaccionarios como Ortega y Gasset que afirmaban que se había terminado "el tiempo de las revoluciones", en los últimos 10 años una honda conmoción revolucionaria ha ganado el mundo.

Alrededor de la mitad de los habitantes del planeta en esta década han actuado como actores en amplios movimientos nacionales que han cambiado la geografía y la sociedad de continentes enteros. Han surgido estados nuevos como India, Pakistán, Birmania, Ceylán, Filipinas, Corea e Indochina (divididas por imperio de la guerra fría), Israel, Siria, Líbano, Transjordania, Libia e Indonesia. Han obtenido su autonomía Laos, Camboya, Sudán, Nigeria y Costa de Oro y están a punto de obtenerla Túnez y Marruecos. Países milenarios como China, Persia, Egipto, se han puesto en marcha a través de medidas que procuran reestructurar su economía y su sociedad aparentemente anquilosada.

Los imperios coloniales de Inglaterra, Holanda, Francia y Portugal en el Oriente en pocos años desaparecen pulverizados y sólo restan algunas bases estratégicas, mientras en África la rebelión de los Mau-Mau de Kenia, las revoluciones de Madagascar, y la dictadura racista del Dr. Malan en Sudafrica anuncian que también allí se inicia una nueva época.

Los especialistas en sociología, que citábamos al principio, cerraban su dictamen diciendo:

"Los sociólogos pueden ayudar a demostrar a los pueblos de todas las naciones que la libertad y el bienestar de cada una de ellas están en definitiva ligados a la libertad y el bienestar de todos los demás, que el mundo no necesita seguir siendo un lugar en que los esfuerzos realizados en beneficio de la colectividad propia, pueden hacerse incompatibles con los esfuerzos generales en beneficio de la humanidad".

América Latina tiene un cometido histórico que no puede desatender pues constituye su aporte a la causa de la paz mundial.

En primer lugar debe acompañar los movimientos antimperialistas de Asia y África que realizan los pueblos coloniales atrasados. El ejemplo de la Guayana bajo los ingleses y Guatemala bajo los estadounidenses, nos recuerda hasta qué punto los gobiernos de aquellos países actúan al servicio de las grandes empresas monopolistas, y cuán grande es nuestra sujeción y explotación económica.

Mientras en los países inversores el standard de vida ha alcanzado en estos años el nivel máximo, en América Latina dos tercios de la población sufre hambre, y un ochenta por ciento no sabe leer y escribir.

En cuanto a las condiciones políticas la mayoría de estos países siguen sometidos a inicuas y sangrientas dictaduras militares.

Ya el buen Rodó, hace un cuarto de siglo, decía: "Si se me preguntara cual es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más promotor de gloria y de bien, contestaría: propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única".

Terminamos de ver en Centroamérica, con la complicidad de buena parte de los demás estados iberoamericanos, cómo se entiende este de "la patria única". Los pequeños nacionalismos y las ambiciones de los tiranos están al servicio de las grandes empresas capitalistas, en fomentar la guerra y la opresión.

¿Hasta cuándo nuestra América, en un mundo estremecido de ansias renovadoras, seguirá dando tan desgraciado espectáculo?

CARLOS M. RAMA

Los Socialistas y el Rearme Alemán

Por: Aneurin Bevan
Barbara Castle
Richard Crossman
Tom Driberg
Ian Mikardo
Harold Wilson

INTRODUCCION

La paciencia de Alemania está casi exhausta. Debe concederse plena soberanía a Alemania sin dilación. Alemania debe ser rearmada.

Este es el conocido mensaje que nos viene hoy de Bonn, capital de la República Occidental Alemana, como una vez nos vino de Berlín, capital del Reich de Hitler. Una vez más el pedido —casi un ultimatum— es presentado por un Canciller alemán, el Dr. Konrad Adenauer. Todos los meses el acento se hace más cortante, la insistencia más enfática.

Pero no es solamente en Bonn que se oye ese grito. Churchill y el Presidente Eisenhower, Eden y Foster Dulles, aprueban el programa del Dr. Adenauer hasta la última coma. Cuando se encontraron en Washington hace pocas semanas, el rearme de Alemania fué elevado al primer lugar de su orden del día. Adenauer envió a Churchill un telegrama agradeciéndole sus esfuerzos, y Sir Winston contestó expresando satisfacción porque la política británica "se había ganado la aprobación del Gobierno Federal".

Alemania debe ser rearmada; no es posible otro camino. — Ese ha sido el tema urgente en los meses pasados de la mayor parte de la prensa, el Gobierno Conservador y los diri-

gentes laboristas oficiales. Cuando Adenauer hizo público su pedido parecía contar con un amplio apoyo. En lugar de ser desaprobado por su rudeza, recibió un poderoso estímulo. Se decía que su propósito era coincidir con el propósito esencial de la democracia occidental y mismo del socialismo democrático. Y se pidió al Laborismo inglés que manifestara su aprobación, irrevocablemente, de una vez por todas.

Pero ahora aún aquellos que han ejercido una presión más fuerte, se ven obligados a admitir una postergación a su esperanza. Todavía argumentan que el Gobierno Francés aceptará el plan de la Comunidad Europea de Defensa para el rearme de Alemania. Pero es claro que temen, y con buena razón, que la posibilidad de que el proyecto sea aceptado por la Asamblea Francesa sea paqueña. Así que se dedican a preparar otras maneras para tratar el futuro de Alemania.

Churchill hizo un esbozo de esos proyectos en un discurso en la Cámara de los Comunes el 14 de julio. En el Día de la Bastilla se vió obligado, a pesar suyo, a hacer algunas concesiones a los sentimientos franceses.

Expresó que si los franceses recha-

zan la CED, debe buscarse algún método para conceder la soberanía a Alemania Occidental, promesa hecha hace mucho tiempo en los llamados Tratados de Bonn, relacionados con la CED. Churchill percibía que esto daría lugar a problemas intrincados, respecto a qué armamentos debieran permitirse al nuevo Estado soberano. Admitía por lo tanto que "la discusión de estos asuntos traería como consecuencia el diferir el rearme de Alemania por el momento".

A la larga, este pronunciamiento puede querer decir que el tema nos será presentado en una forma más insistente que la anterior. La política occidental oficial puede pedir pronto la creación de un ejército nacional alemán sin las supuestas restricciones y limitaciones que el plan de la CED trae consigo. Pero por ahora esta demora nos ofrece un respiro invaluable. Puede dar a los hombres de Estado la oportunidad de meditar de nuevo y concebir una política enteramente nueva. El fin de este folleto es exhortarlos a que lo hagan con urgencia.

Nosotros negamos categóricamente que el rearme alemán sea inevitable. Nos oponemos a la CED o a la creación de un ejército nacional alemán. Y creemos que HAY una alternativa, que aún no ha sido probada, una alternativa que puede evitar el peligro de una carrera armamentista en el centro de Europa.

Aunque en la oposición, el Laborismo británico mantiene una posición de inmensa influencia. Lo que el Laborismo decida hacer en esta cuestión de capital importancia puede determinar el proceso de la paz y de la guerra.

La elección debe ser hecha en la Conferencia Anual del Partido Laborista en septiembre de 1964. Apoyará la Conferencia la decisión del Grupo Parlamentario y del Ejecutivo Nacional de apoyar el rearme inmediato de Alemania Occidental?

Estas dos decisiones fueron tomadas por una escasa mayoría. Han excitado oposición apasionada e insis-

tente entre sus filas. Una campaña sin precedentes para combatir esta oposición se lleva a cabo por los dirigentes oficiales del Partido. Se ha publicado un folleto especial, "En Defensa de Europa"; se han programado 34 conferencias regionales especiales para conseguir apoyo para esa política; y Attlee ha dedicado una transmisión política completa del Partido a este único punto. En esa transmisión él no solamente defendió la CED, sino que afirmó redondamente que si la Asamblea Francesa rechaza la ratificación de la CED, piensen lo que piensen los franceses, debe encontrarse algún otro método de rearmar Alemania Occidental.

Attlee y los que piensan como él han de considerar magnífico este planteamiento. Nosotros no cuestionamos la sinceridad con que ellos mantienen sus puntos de vista, pero creemos que esos puntos de vista están desastrosamente equivocados. Y creemos que la resistencia a las decisiones oficiales que se han desarrollado en el movimiento sindical, así como entre los obreros de los Centros del Partido, representa una actitud más sensata, que puede conseguir apoyo en toda Europa.

El rearme de Alemania Occidental forma parte de la estrategia de la guerra Fría. Haría poco menos que imposible negociar ningún acuerdo en el problema alemán. Aumentaría las perspectivas de una catástrofe final. Esta es la convicción de decenas de socialistas en toda Inglaterra. Es también nuestra convicción. Nosotros votamos contra la nueva política cuando fué adoptada por el Ejecutivo Nacional. Sentimos ahora que es nuestro deber rebatir los argumentos que se plantean en "En Defensa de Europa" y en la transmisión de Attlee, como lo es hacer un esbozo de la política constructiva socialista que el Partido Laborista debiera adoptar.

Todavía estamos a tiempo de salvar a Europa y al mundo de los peligros del resurgimiento del poder militar de Alemania: NO TIENE QUE OCURRIR.

PRIMERA PARTE

La verdadera historia de la actitud del Laborismo con respecto al rearme de Alemania Occidental

¿Cómo se persuadió a los dirigentes del Partido Laborista a respaldar la política del rearme alemán? Nunca se ha relatado la historia completa. "En Defensa de Europa" lo evita cuidadosamente. Si la verdad acerca de la actual controversia debe ser develada, tenemos que hacerlo nosotros.

Allá por el verano de 1950 el movimiento laborista en su totalidad estaba unido en la oposición al rearme alemán. En el folleto "En defensa de Europa" se cita una larga lista de actos de expansión de Rusia para probar que Europa Occidental está amenazada por la agresión y que es absolutamente necesaria una contribución alemana a su defensa.

Pero es aún más revelador lo que no se menciona. Mucho tiempo después de ocurrir esos actos de expansión de Rusia en Europa, el Gobierno Laborista fustigaba aún la irresponsabilidad de Churchill al aconsejar el rearme de Alemania Occidental. En marzo de 1950, después de la violación de Checoslovaquia y después del bloqueo de Berlín, tuvo lugar en la Cámara de los Comunes un debate significativo. En esa ocasión el señor Churchill, como Líder de la Oposición, insistió en la necesidad de un ejército europeo al cual Alemania Occidental debía contribuir.

Ernest Bevin replicó en los términos más cortantes:

"Se me ha pedido que admita que el propósito de nuestra política debe ser ganar a Alemania para el oeste. Esto plantea el problema de rearmar a Alemania. Todos nosotros estamos contra eso. Repito: todos nosotros estamos contra eso. Es una terrible decisión a tomar... Después que la hayamos armado tenemos que usar esta fuerza para defendernos contra Rusia. Bien, existen cosas tales como las guerras preventivas... Nosotros vamos en-

tonces a Rusia y proponemos discutir con ellos teniendo en nuestras manos a Alemania armada por nosotros. Yo afirmo que manejar a Europa en esa forma no es bueno ni sensato, y no produciría el resultado deseado. Por lo tanto debo decir al Sr. Churchill que nosotros, —Estados Unidos, Francia y nosotros mismos— estamos en contra del rearme de Alemania".

"Sr. CHURCHILL. — Yo nunca usé la expresión "rearme" o "El rearme de Alemania".

"Sr. BEVIN. — Puede no haberla usado, pero si nosotros damos armas a los alemanes, estamos rearmándolos".

"Sr. CHURCHILL. — Lo que yo sugerí es que Alemania debía hacer una contribución a la defensa europea. Debe haber alemanes junto con americanos, franceses e ingleses, colaborando en la defensa en términos honorables".

"Sr. BEVIN. — Lamento haber entendido mal al señor Churchill, pero eso fué lo que yo entendí que él decía. Sentiría mucho interpretar mal en alguna forma, pero creo que lo estaba haciendo correctamente. Si queremos acercarnos a Francia y Alemania, cualquier cosa que hablemos de armar a los alemanes, significará un retraso considerable en aquel propósito. Yo hablo con mis colegas franceses de los grandes problemas que tenemos que enfrentar. Como el orador que me precedió, rindo tributo a los estadistas franceses en la tremenda tarea que ellos han asumido para tratar de resolver los distintos problemas que tenemos ante nosotros. Pero no voy a dar un paso que traiga un retroceso que haría las cosas más amargas y muy difíciles de resolver".

El ultimatum de Nueva York

Algunos meses después de este debate vino el estallido de la guerra co-

reana, y a fines del verano la totalidad del ejército americano, excepto unas pocas divisiones en Europa, estaba virtualmente en Corea. Es fácil entender las inquietudes desesperadas de los jefes americanos y la presión que se impuso sobre el Gobierno Laborista por un rearme tan rápido como fuera posible.

El Gobierno Laborista contestó al llamamiento lanzando un programa de 3.600 millones de libras de armamentos, llamando a las reservas, y extendiendo el período de servicio nacional a dos años. En setiembre de 1950 el Parlamento interrumpió su receso para aprobar el nuevo programa de armamentos, y pocos días después se realizó en Nueva York la famosa reunión de Acheson, Bevin y Schuman, Ministros de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

Tanto en la época anterior a la partida de Bevin como inmediatamente de su llegada, él aseguró a los reporteros "que no podía pensarse en el rearme alemán". Sin embargo, pocos días después, luego de una consulta trasatlántica telefónica urgente con algunos de sus colegas del Gabinete Laborista, manifestó que estaba de acuerdo con el rearme en principio.

No puede haber dudas sobre la razón de este cambio. Hugh Dalton confirmó los hechos algún tiempo después en los Comunes. El cambio, dijo, "fue debido a la presión americana y nada más". Cuando se reunió la conferencia, Acheson presentó a sus dos colegas una resolución perentoria que a su vez le había sido presentada por el Estado Mayor Americano.

Hasta entonces, tanto él como Truman se habían opuesto al rearme alemán; ahora habían sido persuadidos por el Pentágono de que Europa Occidental era indefendible sin un ejército alemán. Acheson, en representación de la Administración, dijo a Bevin y a Schumann, sin ambages, que la Administración de los Estados Unidos no estaba preparada para nombrar a un americano como Comandante Supremo de las fuerzas

de la NATO en Europa ni a colaborar en la defensa de Europa Occidental, a menos que Gran Bretaña y Francia estuviesen de acuerdo en la creación inmediata de un Ejército Alemán. Bevin se vio colocado ante una penosa elección: un rompimiento abierto con los Estados Unidos o rendirse ante el ultimátum de Acheson. Después de consultar con el gabinete se rindió. Pero aún entonces trató de salvar algo del naufragio. Los americanos insistían que la Wehrmacht debía ser reconstituida inmediatamente; lo que Bevin finalmente aceptó fué solamente "el principio" de una contribución alemana a la defensa occidental. Cuando Attlee y Morrison arguyen que el rearme de Alemania Occidental es algo que debe ser aceptado por sus propias ventajas, deben recordar que ellos, lo mismo que sus colegas, se oponían al rearme de Alemania en setiembre de 1950. Entonces ellos lo aceptaron en principio; pero solamente porque no podían hacer frente a un rompimiento abierto con los Estados Unidos.

LAS "CONDICIONES DE ATTLEE"

Entonces vinieron nuevos sucesos en la guerra coreana, el fracaso del avance de Mac Arthur hacia el río Yalu y su "próspera" retirada. En el pánico creado por esta derrota los americanos pidieron un nuevo aumento del rearme británico. Se aumentó la cifra de 3.600 millones de libras a 4.700 millones y el programa fué llevado en forma telescópica de cinco años a tres. Pero aún en febrero de 1951, cuando ese programa aumentado era aprobado por el Parlamento, Attlee se preocupó por imponer condiciones al rearme alemán. Parecía de nuevo que esas condiciones estrictamente interpretadas serían suficientes para asegurar que ese paso fatal podía ser indefinidamente postergado.

Ya, aquí sin embargo, una divergencia de opiniones había empezado a manifestarse tanto entre los ministros como en el grupo parlamentario. La mayoría consideraba las condiciones de Attlee como un método de

impedir la aplicación de un principio que ellos estimaban fundamentalmente equivocado. Pero una minoría entre la que descollaban Morrison y Gaitskell, habían comenzado a convencerse de las conveniencias del rearme alemán y estaban por lo tanto impacientes en que esas condiciones se cumplieran tan pronto como fuera posible. Esas dos actitudes decididamente opuestas con respecto a las condiciones de Attlee, han dividido al Partido Laborista desde entonces.

Otra discrepancia de opiniones que no fué claramente revelada hasta la renuncia de Aneurin Bevan, Harold Wilson y John Freeman, se estaba desarrollando al mismo tiempo. Hemos visto que el cambio de actitud de Truman en favor del rearme alemán fué debido a la convicción del Estado Mayor Americano de que la agresión de Corea era simplemente el primero de una serie de movimientos comunistas. Otro movimiento podía ser posible en Europa; que llevara al Ejército Rojo a Bremen, Ostende y Calais, en pocas semanas; por lo tanto las tropas alemanas eran necesarias para llenar el hueco en la línea. Esta opción sobre la situación militar fué aceptada por el Gobierno Laborista y nuestro programa de rearme se aumentó por esa razón a 4.700 millones de libras. Entre nosotros había sin embargo, algunos escépticos. Nosotros considerábamos que el enfoque del Pentágono sobre la situación estratégica era resultado del pánico. Nosotros hicimos ver que la idea (adoptada por el gobierno Británico) de prepararse para una guerra en 1954 era palpablemente absurda. Si los rusos estaban realmente planeando una agresión, no iban a esperar tres años y permitirnos graciosamente inclinar la balanza a nuestro favor.

Tal como han ocurrido las cosas se ha probado que los escépticos tenían razón. La apreciación estratégica de las intenciones de Rusia ha sido modificada y los planes de rearme debidos al pánico, que fueron aceptados en 1950 y 1951, han sido abandonados a favor de un proceso más

dilatatorio. Gran Bretaña ha hecho no menos de cuatro grandes cortes en el programa de armamento de 4.700 millones de libras; ya se han suprimido más de mil millones de libras de la parte de producción del programa. América también ha disminuido el programa de 1950. Pero ahora se nos dice que las medidas adoptadas en ese tiempo a causa del pánico —rearme alemán— no pueden ser alteradas. Deben impulsarse a ritmo máximo, aunque los argumentos militares que las hicieron aprobar en 1950-51 se han abandonado ya.

En resumen, el principio del rearme alemán, fué adoptado, como una medida desesperada ante lo que algunos consideraban una situación desesperada. Nadie puede afirmar ahora que exista la misma situación. Churchill opina que la tensión internacional ha afluído. El Gral. Gruenther, Jefe de la NATO en Europa, manifiesta que un ataque ruso en Europa podría ser derrotado. De modo que hay excelentes razones, aún basándose en los argumentos de aquellos que aprobaron el paso dado en 1950, para reconsiderar el principio en cuestión.

LOS ORIGENES DE LA C.E.D.

Durante el pánico de Corea el Estado Mayor Americano había insistido en que nada podía satisfacerlo, excepto la creación inmediata de un ejército nacional alemán. Pero cuando el Gral. Eisenhower llegó a París como Comandante Supremo, percibió el serio impacto que este proyecto tendría tanto en Alemania como en Francia. Las clamorosas protestas que venían de Washington de que era imposible defender a Europa sin un ejército alemán, no sólo desmoralizaban a los franceses sino que tenían un efecto deplorable en la misma Alemania Occidental. Desde 1945 a 1950 se había enseñado a los alemanes occidentales a detestar toda forma de militarismo y a considerar al Estado Mayor Alemán como los miembros de una conspiración criminal. Ahora se les decía de repente que el ejército alemán occiden-

tal era indispensable para la democracia.

Hubo entonces dos reacciones. Por un lado el Dr. Schumacher, en representación de los social-demócratas, manifestó que sería una locura que los alemanes se rearmaran como acción de retaguardia de las fuerzas anglo-americanas lo cual podría terminar en otro Dunquerque.

Por otro lado, los nazis y nacionalistas descreditados durante cinco años, veían ahora su oportunidad de salir de nuevo a escena y los ex-oficiales del ejército de Hitler percibieron que serían ellos mismos los que formarían los cuadros del nuevo ejército. El efecto de la insistencia americana en la necesidad desesperada de un ejército alemán fué por lo tanto el de preparar el terreno para el renacimiento del nacionalismo en Alemania y simultáneamente esparcir sospechas y algo muy parecido al derrotismo en Francia.

Cuando el Gral. Eisenhower trajo sus informes de Europa, Washington se vió obligado a cambiar sus tácticas. En lugar de estimular abiertamente un ejército nacional alemán, el Pentágono adoptaba ahora los conceptos esbozados por Churchill en 1950 en Estrasburgo. El había propuesto la creación de un ejército europeo que incluyera a los británicos y en el cual él fuera Ministro de Defensa. Sugirió que los alemanes hicieran una contribución a ese ejército europeo.

Los americanos encontraron más fácil impulsar el plan de una Comunidad Europea de Defensa desde que el Gobierno Francés lo había propuesto ya, en el llamado Plan Pléven. Este plan proponía que grupos alemanes muy pequeños, de seis mil hombres, se mezclaran entre unidades no alemanas. El Plan Pléven fué ridiculizado por los ingleses y por el Estado Mayor Americano, que decían con razón que aunque eso impediría el renacimiento de la amenaza militar alemana a Francia también impediría cualquier defensa efectiva de Europa. Los franceses naturalmente, se daban cuenta de que el Plan Pléven era realmente impracticable. En

realidad se había propuesto no como método para el rearme de Alemania Occidental sino como un medio de dilatarlo y frustrarlo.

LA PRESION AMERICANA

Pero en el curso de 1951 el Gobierno Francés se hirió con sus propias armas. En vista de su dependencia creciente en la ayuda militar para Indochina, los franceses encontraron más y más difícil resistir la presión americana y se estimaron las ventajas del Plan Pléven. Por un lado se aumentó el volumen de las unidades alemanas, paso a paso subieron de los seis mil hombres propuestos en el Plan Pléven a la fuerza divisional máxima de trece mil hombres que permitía la organización de la Comunidad Europea de Defensa. Por otro lado para aplacar los temores de los franceses empezaba a cobrar importancia el propósito de crear una estructura "supranacional" que incidentalmente empezó a conquistar una espúrea popularidad entre los partidarios de la Comunidad Europea de Defensa.

De nuevo se dividieron las opiniones entre los dirigentes laboristas. Los que estaban en favor del rearme alemán veían con buenos ojos la forma de hacer más "realista" el impracticable Plan Pléven, mientras otros se adherían tenazmente a las "Condiciones de Attlee" que, según decían, no habían sido cumplidas aún.

Finalmente en setiembre, poco antes de que Attlee anunciara la elección general, Morrison en Washington comprometió al Gobierno Laborista a apoyar la C.E.D. Es dudoso que todos sus colegas de gabinete ocupados naturalmente en la preparación de las elecciones tuvieran plena conciencia de lo que había ocurrido. Ciertamente Morrison nunca discutió sus intenciones de aceptar la CED con el grupo parlamentario Laborista, hasta después de haber hecho el compromiso y haber perdido la elección general. Sólo muchos meses después de haber empezado sus tareas el Gobierno Conservador el

Partido Laborista en su totalidad tuvo conciencia de que a la aceptación del principio del rearme alemán se había agregado ahora el apoyo para aplicarlo en la forma de una Comunidad Europea de Defensa.

INTIMIDANDO A LOS FRANCESES

En el momento que el Gabinete de Churchill se había constituido y examinaba sus obligaciones de defensa la situación internacional había afluído. Ninguno, ni aún en el Pentágono pretendía ahora que los rusos tuvieran interés en invadir Europa Occidental o que fuera necesario apresurar el rearme a tiempo para una guerra en 1954. La crisis militar, real o imaginaria que había sido utilizada para justificar la desesperada medida de dar armas al oeste alemán, había ahora desaparecido. Pero la política adoptada por un gobierno mantiene su propio ímpetu. Las negociaciones continuaron mes a mes y en el verano de 1952, los gobiernos americano y británico y el resto de los gobiernos que debían ser miembros de la CED firmaron los Acuerdos de Bonn y de la Comunidad Europea de Defensa. En ese momento se declaró en Londres y en Washington que la democracia estaría en peligro si esos Tratados no eran ratificados en unos meses. Pero hace dos años ya que los tratados fueron firmados y no han sido ratificados aún por Francia ni por Italia.

Cuanto más la examinaban en detalle y con más cuidado se analizaba la pesada estructura de la CED, más grande era la resistencia francesa a la ratificación. En realidad puede decirse que sin la presión constante del gobierno americano y las amenazas crecientes de retirar toda ayuda militar a menos que se cumplieran los requerimientos, casi ninguno de los países signatarios de la CED hubiera ratificado los Tratados. Aún ahora, en el momento en que este folleto va a la prensa, los franceses mantienen su posición contra la presión americana y han obligado a Churchill y a Eisenhower a estu-

dial la probabilidad de una postergación hasta que pueda prepararse otro plan.

El folleto oficial Laborista "EN DEFENSA DE EUROPA", después de referirse a la estructura de la CED observó: "Desde el punto de vista socialista podemos decir mucho en su favor. Trasciende las fronteras nacionales y representa una reducción considerable de la soberanía ante un grupo más amplio de naciones. Tendrá una importancia considerable en la disminución de las rivalidades nacionales en Europa, particularmente entre Francia y Alemania... será un gran acto de reconciliación".

Nosotros nos preguntamos a veces cuantos de nuestros colegas que son tan entusiastas propulsores de la CED han leído realmente su articulado o han pensado como reaccionarían ellos si fuera Inglaterra y no Francia la que se vera obligada a entrar en ella. ¿Qué nos parecería si el volumen de nuestro presupuesto de defensa y el plazo de nuestro servicio militar fueran fijados no por nuestro Parlamento sino por nueve comisionados supranacionales? ¿Qué diríamos nosotros si se nos propusiera mezclar nuestras fuerzas armadas a un ejército supra-nacional que sería pronto dominado por los alemanes? Es extraño que se hagan tantos elogios, entre nuestros colegas a una organización que ellos no se atreverían a apoyar si nos fuera imputada por nuestros aliados.

En cuanto a los que argumentan que la CED será "un gran acto de reconciliación" entre Francia y Alemania, la verdad es que mientras es cierto que hay unos pocos alemanes incluyendo al mismo Adenauer que genuinamente creen en los aspectos federativos de la CED y la prefieren a una Wehrmacht alemana son una minoría muy pequeña. La inmensa mayoría de los políticos de Bonn que apoyan la CED lo hacen en la creencia de que en cuanto Alemania Occidental haya conseguido doce divisiones de acuerdo con el Tratado podrán ellos desligarse y seguir su camino.

Este cálculo alemán es, natural-

mente, bien comprendido en Francia donde la resistencia a la CED ha ido creciendo sin cesar en los dos últimos años y cuanto más ha aumentado la presión de Londres y Washington más grande es la amargura que ella ha provocado en los franceses. Lejos de reconciliar a Francia y Alemania el intento anglo-americano de forzar a Francia a apoyar el rearme alemán, ha dañado las relaciones franco-alemanas, sobre todo porque los franceses tienen conciencia de que precisamente dos aliados que no van a integrar la CED los quieren obligarla a ingresar a ella.

REARME VERSUS UNIFICACION

En su reciente transmisión radial Attlee manifestó que el único problema que tendríamos que encarar es cómo rearmar a Alemania Occidental. El daba por sentado que el rearme tenía que producirse, y nunca consideró, siquiera, si había otra alternativa. Planteando el problema en esta forma, él soslayaba la verdadera cuestión. ¿Cómo va a unificarse Alemania, ahora arbitrariamente dividida en Occidental y Oriental?

Ese problema existía antes de que hubiera conversaciones sobre el rearme alemán. Existirá en una forma aún más amenazante si sigue adelante el plan de rearme. Este es en realidad un asunto del que depende el futuro de Alemania y de Europa. Llamo, por lo tanto, mucho más la atención que ni Attlee en su audición ni en el folleto oficial del Laboratorio, intentarían darnos una respuesta a este asunto.

Cuando las 4 Potencias firmaron el Acuerdo de Potsdam en 1945, estuvieron todos de acuerdo en que Alemania debería estar sometida a un largo período de Gobierno Militar durante el cual todas las trazas de militarismo debieran ser extirpadas. Solamente cuando esta tarea hubiera sido completada podría una Alemania democrática volver a disponer de su libertad soberana.

Pero a pocos meses de Potsdam la división puramente militar de Alemania en zonas de ocupación, se había

hecho una división política entre la zona rusa y la zona de las tres potencias occidentales. Desde que los rusos integraron Alemania Oriental, con su Gobierno Comunista titere, bajo el bloque oriental, las potencias occidentales se vieron obligadas a crear la República Federal de Bonn. Fue para guardarse de la amenaza del bloque militar de Europa Oriental (incluyendo los cuadros bien entrenados de un Ejército de Alemania oriental) que la NATO llegó a concretarse. Como resultado, Europa ahora está dividida entre un sistema de defensa del Atlántico y otro sistema de defensa oriental. Alemania está cortada en dos partes desiguales, con unos cincuenta millones de alemanes de un lado de la línea y diez ocho millones del otro.

Esta partición de Alemania es algo que ningún alemán, sea cual fuere su partido, puede aceptar. Es la injusticia que todo alemán patriota decente desea que termine y que todo alemán neo-nazi y nacionalista trata de explotar. Cualquier Gobierno Alemán libre de hacer su propia política debe tratar de conseguir la unidad de las zonas oriental y occidental. Es también un hecho que todos los partidos políticos alemanes, incluyendo el del Dr. Adenauer, se han obligado a restaurar las fronteras del Tercer Reich en 1937, que incluían, naturalmente, vastos territorios dados a Polonia y a Rusia como resultado de las Conferencias de Yalta y Potsdam.

El mismo Adenauer, hablando en Hanover en diciembre de 1951, dijo: "Nuestra razón principal para desear la entrada en el Ejército Europeo es ser capaces de recobrar nuestros territorios del Este".

Hay un hecho indiscutible. Todo alemán debe desear ardientemente ver la unión de las dos zonas. El intento para llevarlo a cabo es seguro. Pero hay solamente dos maneras como se puede lograr. O las autoridades soviéticas deben aceptar voluntariamente abandonar la zona oriental, o deben hacerlo obligados por la fuerza. La ocupación soviética puede ser finalizada o por negociaciones o

por la fuerza. Un tratado o una guerra, esa es la elección lisa y llana que tienen ante sí no sólo los alemanes, sino también nosotros.

Nadie que soslaye esta cuestión puede decir que ofrece una solución realista al problema alemán. Y ni Attlee ni ningún otro dirigente oficial del Partido, a pesar de que insisten en que piensan en forma realista, hacen ningún esfuerzo para describir cómo su política ofrecería una salida a este dilema.

El reconocimiento del deseo, natural y descolante de los alemanes por su unidad nacional fue una de las principales razones que hizo que los dirigentes social-demócratas alemanes, como el Dr. Schumacher y Ernst Reuter, el fallecido Alcalde de Berlín, mostraran tan poca voluntad en aprobar las propuestas occidentales para rearmar a Alemania occidental. Ellos temían que la aceptación del plan anglo-norteamericano implicaría la única oportunidad de unir pacíficamente su país.

Nadie se oponía en principio al rearme: ambos reconocían la amenaza soviética. Ambos desaprobaban lo que había sido hecho en la zona oriental, así como la obstinación del Kremlin en rehusar satisfacer la demanda alemana básica en la mesa de conferencias. Pero tampoco estaban preparados para cerrar la puerta a las posibilidades de negociación.

Pensamientos similares deben haber estado presentes en la mente de Ernest Bevin en los meses anteriores a su fatídica jornada en Nueva York. Si el Este y el Oeste empezaban a competir para conseguir el apoyo de Alemania y cada uno empezaba a rearmar su parte de Alemania, se haría de ese modo una situación ideal para el renacimiento de una Alemania militarista capaz de nuevo de buscar la dominación de Europa explotando los temores y las sospechas de los bloques rivales. Los rusos tenían un interés común con nosotros en impedir que esto sucediera, y sólo podía ser impedido si las cuatro potencias ocupantes se ponían de acuerdo en un método para unir las zonas de Alemania antes que los alemanes pu-

dieran volver a tener el poder de hacerlo o, por lo menos, de intentarlo por sí mismos.

Así por un período, el pensamiento de casi todos los dirigentes occidentales, con la excepción de Churchill, coincidía con lo que aconsejaban los socialdemócratas alemanes. Posponer el día del rearme para que la unidad pudiera ser lograda. Dejar la puerta abierta a negociaciones tan pronto como humanamente fuera posible. No dar nunca el paso fatal que pudiera destruir la oportunidad de un arreglo último con la Unión Soviética. Porque la alternativa lleva a una doctrina de desesperación. Condena a Alemania a la división hasta que algunos alemanes se sientan bastante fuertes como para correr el riesgo de una guerra y bastante influyentes para llevar a todo el mundo occidental con ellos para conseguir lo que es su ambición. La otra alternativa es hacer un trato con la URSS.

EL PEDIDO DE ERNST REUTER

Un poco antes de morir en el otoño de 1953, Ernst Reuter hizo un ruego conmovedor a las potencias occidentales precisamente en este sentido. El les pidió que estuvieran prontos a sacrificar la CED, a considerar una Alemania neutralizada, y a prepararse para una genuina negociación con el propósito de satisfacer la primordial demanda alemana: la unidad. Nadie puede acusar a Ernst Reuter de ser un simpatizante comunista. Él sabía lo mismo que cualquier otro hombre, cuáles habían sido los sufrimientos de sus conciudadanos en la zona oriental. Detestaba el sistema soviético. Pero veía el terrible dilema que tenía Alemania. Su propósito era la unidad alemana sin guerra mundial, y estaba dispuesto a explorar cualquier política que pudiera llevarlo a ese fin.

Pero los hombres de Estado del oeste, Churchill y Eisenhower, fueron sordos a su pedido. Estaban resueltos a llevar adelante la CED e hicieron a un lado todas las alternativas como ilusorias. La misma respuesta ha

venido de los dirigentes laboristas oficiales. Es increíble pero cierto que Attlee en su audición dejó de lado completamente el pedido de los socialdemócratas alemanes sobre la cuestión suprema de la unidad alemana, y que el folleto oficial del Partido Laborista "En defensa de Europa", apenas menciona el tema dominante que ha guiado su actitud desde el final de la guerra.

Ernst Reuter fué aclamado y agasajado cuando vino a Londres. Pero su testamento, su último pedido apasionado al Oeste de salvaguardar la esperanza de unidad para su país, ha sido olvidado. Se recuerda únicamente por los socialistas como nosotros, que a veces somos falsamente acusados de ser anti-alemanes.

ALEMANIA Y LA GUERRA FRÍA

La clave verdadera de la actitud occidental con respecto al rearme alemán puede encontrarse en el hecho de que la lucha por Alemania se ha vuelto parte de la estrategia occidental en la Guerra Fría.

Cuando Ernest Bevin llegó a Nueva York se vió frente a una Administración que se había dispuesto en contra de cualquier negociación genuina. Consideraban poco realista, poco objetivo, no ya un acto de apaciguamiento, sino hasta el propósito de un arreglo de compromiso con los rusos. Su fin era, primero, integrar Alemania Occidental política, económica y militarmente en el sistema del Atlántico, y después usar la fuerza conseguida de esta manera para hacer retroceder a los comunistas, echarlos de Alemania oriental y finalmente arrojarlos fuera de Europa oriental. Ellos aceptaban la inevitabilidad de la unidad alemana, pero pensaban que esto podía ser logrado mejor no dilatando el rearme de Alemania occidental y negociando con los rusos, sino acelerándolo y presentándolo a los rusos como un hecho consumado.

En otras palabras, el argumento acerca de Alemania es parte de un argumento aún más importante. ¿Es posible negociar un arreglo ho-

norable con los comunistas, o es la fuerza el único idioma que ellos entienden? ¿Es nuestro propósito la coexistencia pacífica, o tenemos que tratar de romper el bloque oriental y liberar todas las naciones que viven en él?

Mientras estuvo Truman en la Casa Blanca no se sabía con certeza qué respuesta daba Estados Unidos a estas cuestiones. Pero tan pronto como los republicanos llegaron al Poder el Sr. Dulles puso fin a todas las dudas. En el Lejano Oriente mostró con claridad que el propósito de Estados Unidos no era la coexistencia pacífica con la China comunista, y que todo arreglo negociado debería ser considerado como apaciguamiento. En cambio, él ha insistido en que se cree una NATO asiática, primero para contener la expansión comunista, y después, cuando se ofreciera la oportunidad para llevar a cabo una cruzada de liberación contra ella.

En Europa Dulles adoptó la misma política de "contención dinámica". Su propósito es rearmar Alemania occidental, digan lo que digan los franceses, y después aprovechar la primera oportunidad para empujar a los comunistas fuera de Alemania oriental y de los otros estados satélites. En pocas palabras, la política de rearmar Alemania occidental es por lo menos consistente, aunque horriblemente peligrosa, si se acepta la teoría de Dulles en su totalidad. Si la coexistencia pacífica entre los Estados comunistas y no comunistas es imposible, si la negociación se considera como una pérdida de tiempo, si la "liberación" debe ser buscada aún corriendo el riesgo de una guerra con bombas H, entonces no hay duda que cuanto más pronto se rearme Alemania es mejor.

En realidad con esta lógica no se puede poner ninguna restricción al poderío alemán. Veinticuatro divisiones tienen más valor que doce, y cincuenta más que veinticuatro. Las bombas H alemanas como las bombas H americanas pueden ayudar a inclinar la balanza de nuestro lado. Cuánto más mejor y cuanto antes mejor.

Pero el Laborismo nunca ha aceptado esta doctrina. El Laborismo cree en la coexistencia. El Laborismo cree en la negociación. El Laborismo ha rechazado la idea de Dulles de "Liberación" precisamente por la razón de que eso sumergiría la humanidad entera en la más terrible de las guerras, en la cual ningún pueblo podría ser liberado y todos llegarían a ser víctimas de una nueva esclavitud en una época de barbarie mucho más terrible.

¿Por qué, entonces, debe aceptar el Laborismo una política para Alemania que viola sus más arraigados principios?

La controversia en el Partido Laborista

Es solamente contra este panorama de la lucha americana para forzar el rearme alemán en Europa y ganar apoyo para su estrategia de la Guerra Fría que la controversia dentro del Partido Laborista puede ser entendida. Desde que se perdió la elección general de 1951 y el Laborismo pasó a la oposición, el tema del rearme de Alemania occidental ha dividido el Partido.

La controversia llegó a su cumbre en el Grupo Parlamentario cuando los tratados de la CED y de Bonn fueron firmados en el verano de 1952. Fue entonces necesario decidir qué actitud debía tomar el Grupo Parlamentario respecto de la ratificación. Había muchos puntos de vista en conflicto. Morrison sostenía que el Partido debía votar a favor de la ratificación porque él había comprometido al Gobierno Laborista en Washington a apoyar la CED. Otros argumentaban que las condiciones del rearme alemán que Attlee había enumerado, no habían sido contempladas por el Tratado de la CED y que por lo tanto había que oponerse a la ratificación. Había otros, además, que querían que se rearmara Alemania, pero no bajo la burocrática y compleja organización de la CED sino como un miembro igual de la NATO, con su ejército nacional propio. Una gran mayoría, sin embargo,

sentía que en ningún caso el Partido debía apoyar el rearme alemán hasta que se hubieran hecho mayores esfuerzos para arreglar el problema alemán por negociaciones con los rusos. Día tras día seguía el debate, primero en los comités de especialistas del Grupo Parlamentario, y después en las reuniones del Partido en pleno.

Al final se llegó a un acuerdo. A los oponentes del rearme alemán se les concedió que el Partido iría contra la ratificación; a los que apoyaban el rearme alemán, se les concedió que el voto tendría lugar sobre la base de una enmienda larga y complicada que mostraba al Partido en favor de "aceptar el principio, sujeto a modificaciones y condiciones convenientes, de una contribución armada de los alemanes a un sistema internacional de seguridad colectiva", pero que se oponían a la ratificación "como inoportun, particularmente en un momento cuando todavía se hacían intentos para discutir el problema alemán con la Unión Soviética".

Discusiones similares se llevaron a cabo el año pasado en la Conferencia del Partido en Margate. De nuevo apareció una división abierta de opinión, que luego fué evitada por una fórmula de compromiso. Después de determinar los principios sobre los cuales debiera ser creada una Alemania unida, el Partido se comprometió a manifestar la opinión de que "no habría rearme alemán hasta que se hicieran nuevos esfuerzos para asegurar la unificación pacífica de Alemania". En su respuesta en el debate de asuntos extranjeros, sin embargo, en nombre del Ejecutivo, Morgan Phillips amplió su breve declaración, formulando la propuesta constructiva que el Partido Laborista creía que las potencias occidentales debían hacer a los rusos. Estas son sus palabras:

"Estamos y debemos ofrecer detener la creación de la CED conteniendo fuerzas alemanas armadas hasta que tengamos una oportunidad de considerar la cuestión de la unificación. Podemos hacer este ofrecimen-

to no solamente porque queremos evitar el rearme alemán, si es posible, sino también porque si Alemania está nuevamente unida la CED no tendrá razón de ser por más tiempo... El primer paso debe ser la unificación de Alemania y la creación de un único Gobierno alemán por elecciones libres. Una Alemania unida debe quedar bajo la ocupación de las cuatro potencias hasta la conclusión de un Tratado de Paz Alemán. Durante este tiempo —y no podemos decir cuánto durará— Alemania occidental debe seguir desmilitarizada y deben ser disueltas las formaciones militares en Alemania oriental. Entonces se iría a una segunda etapa: la conclusión de un Tratado de Paz Alemán... Esta es una propuesta práctica y constructiva para tratar el problema de Alemania. No podemos decir que los rusos la aceptarán. Para descubrirlo tenemos que conseguir, primero de todo, que nuestro propio Gobierno la acepte y la impulse hacia adelante. Este tiene que ser nuestro objetivo inmediato".

Esta declaración de Morgan Phillips fue estimulante para los que se oponían a la línea Dulles. Por primera vez comprometía al Partido Laborista a buscar la unidad alemana aún al precio de abandonar el rearme alemán, y quería que ese ofrecimiento se hiciera a los rusos en una conferencia y ellos lo rechazaran, el Laborismo debía continuar su oposición al rearme alemán.

Focos meses después se reunió la Conferencia de Berlín, y apareció la oportunidad para las potencias occidentales de hacer el ofrecimiento puntualizado por Morgan Phillips. Aunque Eden, en nombre de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, presentó una propuesta para elecciones libres, no fue sin embargo incluida la línea principal del plan Laborista. No se hizo ningún ofrecimiento para detener la creación de la CED si los rusos concedían genuinamente elecciones libres. Por el contrario, quedó perfectamente claro que si los rusos consentían en las elecciones libres, el Gobierno de la Alema-

nía unificada podía de inmediato unirse a la CED, y no había ninguna duda que un gobierno libremente elegido en una Alemania unida, en las actuales condiciones, si fuera libre de decidir, se decidiría a unirse a la alianza occidental como un aliado armado e igual. En lugar de ofrecer un arreglo que los rusos pudieran aceptar, las tres potencias occidentales propusieron un plan que ellos sabían muy bien que iba a ser rechazado.

Morgan Phillips ha insistido desde entonces en que las propuestas presentadas por los Ministros de Relaciones Exteriores occidentales, eran idénticas a las que él había adelantado en Margate. No comprendemos esta afirmación. Sólo quienes no hayan comparado el texto de su discurso con el del texto del plan que Eden presentó en Berlín podrían tragaria. He aquí los hechos.

Margate y Berlín

El plan de Eden requería que los rusos acordaran elecciones libres. Eso era legítimo y en completo acuerdo con las resoluciones de Margate. Habría sido inevitable alguna discusión acerca de la fecha y del método para llevar a cabo las elecciones. Pero esta primera demanda era correcta y esencial, y ningún socialista se opondría a ella. Las elecciones libres darían a los alemanes el derecho de elegir sus propios gobernantes. Si ellas se efectuaban, ello significaría el fin del Gobierno títere de la zona oriental.

Desde luego que esto sería un gran sacrificio. Es obvio que los rusos podrían estar de acuerdo con ello solamente si en recompensa recibirían alguna ventaja sólida. También es obvio que la única ventaja que podría compensarlos por una derrota política humillante en la zona oriental, sería la terminación de los planes en pro de la CED o en pro de la inclusión de Alemania en el sistema militar de Occidente. Esta era, ciertamente, la concesión que Morgan Phillips en nombre del Ejecutivo, sugería que las potencias occidentales de-

bían ofrecer a la Unión Soviética. Pero Eden no hizo tal oferta en Berlín.

En lugar de eso, se invitó a los rusos a que consintieran que, después que se celebraran las elecciones, el nuevo Gobierno de Alemania unificada pudiera estar libre de hacer cualquier alianza militar que deseara. Eso podría tomar la forma de la CED o cualquier otra forma de alianza con Occidente. El Dr. Adenauer hizo muchos esfuerzos para insistir durante la Conferencia en que, aunque una Alemania unida sería libre de no incorporarse a la CED, en realidad adheriría a ella. En este punto por lo menos no hay duda que el Dr. Adenauer decía la verdad.

De manera que la proposición era clara, tan clara que nadie en Berlín podía concebir que los rusos iban a estar de acuerdo con ella. Se les invitaba a rendir la zona oriental y después observar como Alemania unida entraba en la alianza militar occidental. ¿Por qué debía ningún Gobierno ruso dar su aprobación a un cambio tan fantástico en el equilibrio de fuerzas? Esta era precisamente la proposición que Ernst Reuter había condenado como demasiado inocente para que pudiera hacerse. Eso podía ser aceptado por un gobierno ruso derrotado en la guerra, pero no por uno que tenía el poder de negociar un acuerdo. En síntesis, no era una propuesta para un arreglo pacífico. Era una exigencia que se podía haber hecho después de una victoria militar.

En Berlín, por lo tanto, los términos de Margate que había esbozado Morgan Phillips, nunca fueron ofrecidos, ni se preparó un sustituto adecuado para ellos. No es válido responder con el argumento de que los negociadores soviéticos fueron igualmente intransigentes. Por cierto que lo fueron. Pero el pedido del Laborismo en Margate era que Inglaterra buscara mediar entre las dos potencias intransigentes, y que entretanto el Laborismo no daría ningún apoyo a los planes para el rearme de Alemania occidental.

A pesar de esto, sin embargo, unos

pocos días después del fin de la Conferencia de Berlín, Attlee y Morrison decidieron que había llegado el momento para que el Partido Laborista apoyara el rearme alemán inmediatamente. Ellos sostenían que la Conferencia de Berlín había probado que los rusos eran completamente irreconciliables, y que desde que se habían hecho y habían fracasado los "esfuerzos ulteriores" para la unificación pacífica, el Partido no podía posponer más tiempo su apoyo a la CED. Por una mayoría de dos votos fue derrotada una proposición tendiente a que el Partido continuara su oposición hasta que se hubiera hecho un verdadero esfuerzo para lograr un acuerdo con los rusos. Al día siguiente el Ejecutivo Nacional, también por una escasa mayoría, adoptó la misma política.

Sumario de 4 puntos

Tal es, en resumen, la historia de la actitud del Laborismo hacia el rearme de Alemania occidental. Es una historia complicada y poco feliz. Surgen de ella cuatro puntos:

1) El Gobierno Laborista estaba unido en su oposición al rearme alemán hasta setiembre de 1950, cuando tuvo que ceder ante un ultimatum americano.

2) Las "condiciones de Attlee" fueron o postergando la puesta en práctica de ese principio y, mientras fueron usadas con ese propósito, el Partido siguió unido.

3) En Margate, el año pasado, las "condiciones de Attlee" fueron reforzadas por la palabra de Morgan Phillips en su declaración oficial de que el Laborismo estaba en favor de detener el rearme alemán si los rusos en cambio estuvieran de acuerdo en elecciones libres en su zona.

4) Esta propuesta no fue manifestada en la Conferencia de Berlín. Por el contrario, las potencias occidentales se obstinaron en que una Alemania unida debía ser dejada en libertad para rearmarse y unirse a la CED o a la NATO, principio que ellos sabían era inconcebible que los rusos aceptaran.

En vista de estos hechos nosotros declaramos que el apoyo dado ahora por el Grupo Parlamentario y el Ejecutivo Nacional para el inmediato

LAS VERDADERAS CARACTERÍSTICAS

Hasta ahora hemos tratado la historia de cómo se fué desarrollando la actitud del Partido hacia el rearme alemán, para ver si la decisión de dar apoyo a la CED está de acuerdo con las decisiones de la Conferencia. Consideramos el caso de la importancia intrínseca del rearme alemán. El folleto oficial del Partido Laborista, "En defensa de Europa", considera razones 1) militares, 2) económicas, 3) políticas. Comentaremos cada uno de estos argumentos separadamente.

1) El argumento militar.

Se nos dice que las 12 divisiones con que Alemania occidental tiene que contribuir a la CED son esenciales para la defensa de Europa occidental y las Islas Británicas. Tenemos que contestar estas dos preguntas: ¿Puede alguien sugerir que los soldados británicos defendiendo Alemania occidental mientras los alemanes permanecen inactivos? ¿Cómo pueden las potencias occidentales esperar que van a conservar su parte de Alemania desarmada mientras los rusos ya han rearmado la zona oriental?

Vamos a tratar estas dos primeras preguntas. Es verdad que los rusos han organizado parte de la Policía Popular Comunista en Alemania oriental sobre bases militares, y que han entrenado probablemente 80.000 hombres en siete divisiones de infantería. Cualquiera que recuerde los levantamientos populares contra los comunistas en junio de 1953 puede darse cuenta de la confianza que merecen esas divisiones. Pero también podemos preguntarnos si un ejército alemán occidental podría ser un aliado de confianza para el Occidente, en vista de la política de Rapallo en 1921 y del Pacto Hitler-Stalin en 1939. Lo probable es que cualquier fuerza alemana, ya sea del Oeste o del Este,

rearme de Alemania occidental está en evidente oposición con la política unánimemente acordada en Margate.

PARTE II

pelearia únicamente por los intereses nacionales alemanes, y no seguiría la conveniencia de los Estados Unidos ni de la Unión Soviética. Por lo tanto, el hecho de que los rusos hayan empezado a rearmar a los alemanes del este, no es razón para que nosotros hagamos el mismo error en Alemania occidental.

Además, ¿qué sucedería en el Este si una fuerza muchísimo más grande de cientos de miles de hombres fuera puesta en armas en el Oeste? Es obvio que el rearme en el Este sería rápidamente aumentado. Empezaría una carrera armamentista y la única contestación efectiva a la fuerza que poseen los rusos en el Este es tratar de concebir un plan general que proporcione una salida de esta fea competencia.

En cuanto a la suposición de que no es justo que nuestros soldados defiendan Alemania mientras los alemanes permanecen inactivos (con las manos en los bolsillos, la respuesta es simple, aunque desagradable. Nuestras tropas están en Alemania porque en la guerra "convencional" es siempre preferible tener el enemigo a distancia de su propio país y asegurar que algún otro país se convierta en el campo de batalla. Los alemanes saben demasiado bien que la R.A.O.R. no están allí para defender Alemania sino para defender Inglaterra. En realidad uno de los argumentos más efectivos usados por los alemanes contra la CED es que si entran en ella sus divisiones tomarán parte en una acción de retaguardia anglo-americana, de cuyos resultados sólo surge una cosa con certeza: que Alemania occidental sería destruida.

Podemos llevar ahora nuestra atención de las evidentes falacias implícitas en esas preguntas al serio argumento militar para un rearme de Alemania occidental.

En la parte I hemos demostrado

que eran consideraciones estratégicas —en particular la extrema debilidad de las fuerzas de la NATO en Europa ante un eventual ataque del Ejército Rojo que entonces se esperaba— las que persuadieron a Truman a forzar el rearme alemán y obligar a los Gobiernos británico y francés a aceptarlo en setiembre de 1950. Desde entonces han ocurrido dos cambios importantes. Las fuerzas de la NATO han sido muy fortalecidas y la amenaza de una invasión soviética —si existió alguna vez— ha retrocedido de tal manera que los americanos se sientan capaces en 1954 de disminuir sus gastos de defensa y de cortar sus efectivos en un diez por ciento.

Aún más significativo es el hecho que desde que el tratado de la CED se firmó, tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos tienen la bomba H, y los americanos han hecho saber con claridad que si el Ejército Rojo se moviera contra Europa occidental ellos de inmediato atacarían a Rusia en gran escala con sus armas termonucleares. Los que nos aseguran que las tropas alemanas son esenciales para la defensa de occidente no se han atrevido a decir qué papel podrían jugar las doce divisiones alemanas después que las bombas H americanas y rusas hubieran sido utilizadas. Y sin embargo es solamente después que esto hubiera sucedido que podrían, legítimamente, ser empleadas esas tropas. El hecho escueto es que la bomba H ha hecho que se piense que todos los argumentos militares son una tontería en lo que se refiere al rearme de Alemania occidental, como ha transformado en tonterías muchas otras de nuestras ideas estratégicas corrientes.

2) El argumento económico.

Una de las ilusiones más comunes de quienes están en favor del rearme de Alemania Occidental es la creencia de que nosotros podríamos reducir nuestro presupuesto de defensa aceptando ese rearme. En realidad algunos de los portavoces laboristas han estado insistiendo recientemente

en que cuando se constituyan las divisiones alemanas podremos traer al gundo de nuestros hombres de Alemania.

En los hechos es probable que ocurra lo contrario. Como lo manifestó francamente Churchill, el rearme alemán requeriría aumentar las fuerzas británicas en Europa para mantener el equilibrio de fuerzas; de otro modo los franceses se sentirían peligrosamente superados en número. En realidad en un esfuerzo para persuadir a los franceses a que acepten la CED el Gobierno se ha visto obligado a dar seguridades de que las tropas británicas serán mantenidas en Europa si la CED se concreta.

Tampoco nos permitirá el rearme de Alemania Occidental disminuir la carga del presupuesto de defensa. Por el contrario, un resultado inmediato sería el aumento del presupuesto de defensa inglés entre 120 y 140 millones de libras pagaderas en dinero contante y sonante. Este presupuesto extra recaería en nosotros porque este momento Alemania Occidental contribuye financieramente a la Defensa Occidental con los gastos de ocupación, cuyo total son unos 700 millones de libras anuales. Los ejércitos británicos y franceses en Alemania son pagados por el Gobierno de Bonn. En cuanto la CED entre en vigencia Alemania Occidental no tendrá que pagar estos costos de ocupación, que recaerán en las economías británica y francesa. De este modo poniéndonos de acuerdo en el rearme alemán aumentaremos nuestro ya pesado presupuesto de defensa en un diez por ciento.

Se ha dicho también que Alemania goza de ventajas especiales porque no tiene que contribuir con fuerzas armadas y puede dedicar enteramente su capacidad productiva para la exportación.

Este argumento se basa en una doble falacia. En primer lugar, da por sentado que toda la capacidad productiva alemana es estática. En segundo lugar, da por sentado que esos nuevos gastos presupuestales se quitarán del nivel de vida de los trabajadores sino de las fuentes que ac-

tualmente se emplean en levantar el comercio de exportación.

En realidad, Alemania tiene recursos productivos muy considerables a su disposición; y cualquier aumento en la demanda de trabajadores se refleja en seguida en aumento de la inmigración de la zona oriental. La inmigración de esa zona se detiene únicamente por la amenaza de la desocupación. Si crece el rearme, habrá más empleo y atraerá más trabajadores. La capacidad industrial y técnica de Alemania es ahora utilizada entre el 70 y el 80 por ciento. De esa manera la expansión requerida será posible más fácilmente.

La síntesis es que aunque el rearme alemán mejorará nuestra habilidad para competir con los alemanes, y por lo tanto para aumentar nuestras exportaciones nosotros necesitaríamos todo ese aumento que llegaría a los 120 millones de libras por año para pagar nuestras fuerzas en Alemania, y por lo tanto no estaríamos mejor en realidad de lo que estamos ahora.

3) Los argumentos políticos.

Los argumentos militares y económicos en favor de la CED son de tal manera débiles que los autores de "En defensa de Europa" no se atreven a dárles demasiado énfasis. Los protagonistas del rearme alemán se han movido un poco en su terreno desde que fué propuesto por primera vez en 1950. Entonces toda la conversación era acerca de la necesidad de "llenar el claro en la línea"; ahora los argumentos son casi enteramente políticos. He aquí tres de ellos.

El primero es la sugerencia de que si negamos a Alemania Occidental su derecho democrático para la defensa propia debilitaremos la democracia alemana y estimularemos el renacimiento del nacionalismo agresivo en la República Federal.

Es extraño que ningún socialista británico se atreva a sugerir que al permitir una contribución alemana a la CED nosotros fortaleceremos la democracia alemana. El único Par-

tido de Alemania occidental que es verdaderamente democrático es el Social democrata, que se opone a la CED. Todos los partidos que la apoyan, incluyendo al de Adenauer, han sido penetrados más o menos profundamente por las fuerzas neonazis y están financiados por las mismas clase de negociantes que llevaron a Hitler al poder. Respaldando al Dr. Adenauer y el rearme de Alemania Occidental, la política anglo-americana contribuyó ampliamente a la derrota de los socialistas en las elecciones de 1953, y fortaleció también las fuerzas nacionalistas agresivas que están todavía en la oscuridad, dejando el escenario al Dr. Adenauer. Cuando él se retire de la Cancillería, habrá llegado el momento de actuar.

Una de las razones principales por la que los Socialdemócratas se oponen al rearme, es que se dan cuenta que en las condiciones sociales reaccionarias que se han ido restableciendo desde 1948, el rearme socavará la democracia precaria e inestable de la República Federal.

Una de las omisiones más notorias del folleto "En defensa de Europa" es que no menciona las poderosas fuerzas reaccionarias que desde 1948 han dominado cada vez más las economías de Alemania occidental y el Gobierno de Bonn. En gran parte por culpa del fracaso del Gobierno Laborista entre 1945 y 1947 en nacionalizar las industrias básicas del Ruhr, cuando tenía el poder de hacerlo, las mismas fuerzas que trajeron a Hitler al Poder están de nuevo en ascenso.

Los barones del Ruhr han vuelto al primer plano, los cárteles se han formado nuevamente, y en cada Ministerio en Bonn los hombres llaves son nazis prominentes, como el notorio Herr Globke, que forjó las "leyes de Nuremberg" (1) y que es ahora principal ayudante de la Cancillería, o camaradas de ruta de los que llevaron a cabo los crímenes del Tercer Reich, sin hacer inflamados discursos en apoyo de ellos.

(1) Conjunto de leyes hitleristas que establecen disposiciones antisemitas.

En Alemania occidental, en realidad, el capitalismo se ha restaurado en una forma más materialista y más egoísta que en ningún otro país de Europa o Norte América. Mientras continúe la prosperidad, impulsada con los dólares americanos, las fuerzas nazis quedarán en la oscuridad como lo hicieron durante los años de la República de Weimar. Pero tienen todas las llaves del poder y cuando Attlee habla de fortalecer y sostener la democracia alemana por medio del rearme alemán, él descuida y deja a un lado todos los hechos de la historia. Fué la combinación del capitalismo monopolista y egoísta con un pequeño y bien adiestrado ejército y una minoría de ardientes nacionalistas, lo que creó el expansionismo alemán primero con el Kaiser Guillermo II y después con Adolfo Hitler. Todas esas fuerzas están de nuevo presentes y el rearme las fortalecerá en el Gobierno de Bonn.

Además es pura ilusión creer que el nuevo Ejército Alemán puede ser democrático. Desde que en Alemania occidental no hay entrenamiento militar desde 1945, los cuadros de las doce divisiones alemanas serán oficiales entrenados en la Wehrmacht de Hitler. Además, los alemanes que voluntariamente vuelven hoy a ponerse uniforme muy difícilmente serán socialistas o democratas. Así que las doce divisiones serán dirigidas y entrenadas por los nazis. Los autores de "En defensa de Europa" repetidamente insisten en su interés por la democracia alemana. Pero no hay ningún sitio en el folleto en que se aluda al efecto que el rearme alemán tendrá sobre la democracia francesa. Sin embargo es de conocimiento general que el efecto de cuatro años de insistencia sobre sucesivos Gabinetes Franceses y sobre la Asamblea Francesa para forzarlos a aprobar la CED, contribuyeron a la desmoralización de los partidos democráticos y a la correspondiente ventaja de los comunistas y de los fascistas que, llevando a cabo la lucha contra el rearme alemán, han podido colocarse como los campeones de los intereses nacionales de

Francia contra las imposiciones anglo-americanas. Lo que está haciendo en realidad la política anglo-americana es debilitar a Francia y fortalecer Alemania occidental, socavando las fuerzas democráticas en ambos países.

¿Leed el Tratado!

El segundo argumento político de "En Defensa de Europa" es que el rearme alemán dentro de la estructura de la CED suministra defensas apropiadas contra el renacimiento del militarismo alemán y cumple las "condiciones de Attlee".

La primera respuesta es esta: leed el texto del Tratado. No hay nada en él que impida al Gobierno de Alemania occidental retirarse de la CED en el momento que se le ocurra. En segundo lugar, el Tratado incluye no menos de 64 asuntos en los cuales las decisiones deben ser tomadas por unanimidad por el Consejo de Seis Ministros. Esto significa que en cualquiera de esos 64 asuntos el Gobierno de Alemania occidental puede paralizar una parte del funcionamiento de la CED.

Además, como ya se ha dicho, el número de divisiones alemanas que permite el Tratado es solamente 12. una fuerza muy insuficiente para tener ningún rol decisivo si los integrantes del Estado Mayor Americano llegan de nuevo a la conclusión de que una agresión rusa es inminente. ¿Quién puede sostener con seriedad que en tal situación Washington o Bonn respetarían las limitaciones de la CED?

La CED es en realidad no una alternativa para un ejército nacional alemán, sino simplemente el primer paso hacia su creación. Quienes nos dicen que si no aceptamos de inmediato la CED, los alemanes de occidente se rearmarán de cualquier modo en formas menos aceptables, son poco sinceros. El hecho es que los americanos decidieron en 1950 que ellos querían que Alemania se rearmara; y de esta manera querían un ejército alemán. Cuando ellos encontraron que esta proposición creaba demasiado resistencia política en Francia, volvieron a pensar en la

CED para eludir las objeciones francesas. Estaban satisfechos de conseguir las doce divisiones alemanas bajo la impracticable burocracia supranacional que impone la CED.

Aún si se ratificara la CED esta burocracia tendría que seguir existiendo hasta tanto otras divisiones alemanas no fueran requeridas. Cuando fueran requeridas, serían arrojadas a la basura, y un ejército nacional alemán, con su propio Estado Mayor, aparecería completamente armado, como Minerva de la cabeza de Júpiter.

Sobre este punto nosotros preferimos la franqueza de aquellos colegas del Partido Laborista que han estado haciendo comentarios sobre un ejército nacional alemán y apoyando la admisión de Alemania Occidental como miembro NATO con derechos iguales a todos. Al proponer esto por lo menos tratan de hacer frente a las realidades militares de la situación mientras que los que apoyan la CED y elogian su "internacionalismo" diciéndonos que nos protegerá contra la creación de un ejército nacional alemán, están solamente echándonos arena en los ojos.

Hemos dejado para el final el argumento más poderoso para aceptar la CED. "Si Concedemos"—puede decirse—"que la CED es el primer paso hacia la creación de un ejército nacional alemán; concedemos que después que se haya dado ese paso y que la República Federal se vuelva un Estado soberano, en pocos años podrá dominar a Francia. Sin embargo, ¿cómo podemos impedir que suceda todo esto ahora que hemos ido tan lejos en ese camino y los Estados Unidos están determinados a seguir ese camino hasta el final? Y de cualquier manera ¿no es sensato, en vista del poder dinámico que los 50 millones de ciudadanos de la República Federal revelan, ganarnos como aliados concediéndoles voluntariamente lo que ellos de cualquier manera tomarían por su fuerza?"

Por razones obvias es argumento no se usa por aquellos colegas nuestros que estimulan el rearme de Ale-

mania Occidental. Sin embargo creemos que este es el motivo real que explica tanto su actitud como la del Gobierno Conservador. A ninguno de ellos les gusta lo que hacen pero lo consideran realista y por eso lo aceptan.

El inconveniente acerca de esta clase de "realismo" es que es una política de apaciguamiento en el peor sentido. Alemania Occidental debe conseguir su soberanía y se le debe permitir el rearme porque tenemos miedo de que si le negamos sus ambiciones, los alemanes se vuelvan contra nosotros. Tenemos que conseguir la amistad de los alemanes ahora, en la esperanza de que Rusia no nos gane más adelante.

Esta política se ha probado una vez por Neville Chamberlain. Tendrá resultados tan desastrosos como aquellos si se intenta de nuevo en las condiciones de nuestra época. Una vez que Alemania Occidental vuelva a tener su soberanía y vuelva a sentir su poderío militar, ella ciertamente mostrará un interés en una cruzada americana por la liberación de Europa Oriental, si esa cruzada sirve a sus propias ambiciones. Pero estará también abierta, como todo Estado alemán ha estado siempre abierto, a las solicitudes del Este.

La idea de que podemos hacer a los 50 millones de alemanes de la República Federal defensores de una frontera que divide su propia nación, es tan fantástica como la idea de que una vez Alemania rearmada y miembro de la NATO, los rusos voluntariamente se retirarán de Alemania Oriental. Lo que hará la actual política de los Gobiernos británico y americano, será destruir la última oportunidad de unificación pacífica de Alemania por medio de acuerdos con la Unión Soviética. Y en cuanto esa última oportunidad haya desaparecido Alemania Occidental será el árbitro de Europa capaz de nuevo de utilizar su posición de equilibrio entre el Este y el Oeste para conseguir sus propias ambiciones.

En su audición Attlee declaró que el problema podía expresarse en estas palabras: "¿Cómo es mejor capa-

citar a Alemania a cumplir su rol en el mundo como pueblo libre y democrático sin abrir la puerta a la posibilidad de que el militarismo alemán llegue a ser una amenaza?"

Estamos de acuerdo con este planteamiento del problema. Pero el elemento esencial para una Alemania libre y democrática es terminar la división actual. La solución que Attlee propone hacer imposible la

unificación pacífica. En lugar de ello nos coloca ante la perspectiva de una Alemania Occidental rearmada estrechamente aliada con Estados Unidos, y de una Alemania Oriental rearmada integrada en el bloque soviético. Una vez que esto haya sucedido la III Guerra Mundial sería inevitable. Sin embargo: NO TIENE POR QUE OCURRIR.

PARTE III

LA ALTERNATIVA

El futuro de Alemania no puede ser considerado aisladamente. Como observaba Attlee debe ser considerado dentro de un panorama más vasto y sólo como una parte de la importante tarea de asegurar la paz del mundo.

Solamente cuando lo vemos dentro de este panorama más amplio, podemos decidir qué es lo que tenemos que hacer respecto del problema alemán.

La cuestión primordial puede ser expresada muy simplemente. Es esta: ¿puede basarse la paz en un compromiso entre los sistemas de gobierno americano y soviético? La respuesta es, casi con certeza, no. ¿Quiere decir esto que ambos países un día tiene que ir a la guerra? La respuesta de nuevo es no, pero sólo si estamos dispuestos a dejar de lado una cantidad de razonamientos falsos.

En primer lugar, no debemos imaginar que se pueda obtener en ningún momento una solución completa y permanente de los problemas sociales y económicos de la humanidad. Es también inútil tratar de mezclar las ideas de Estados Unidos y de la Unión Soviética con la esperanza de que algo saldrá de esa mezcla que pueda ser la base de una paz segura.

Cuando se dan cuenta de esto, muchos levantan sus manos en un gesto de desesperación, y se preguntan: ¿qué esperanza hay, si el mundo tiene que estar dividido entre dos concepciones de gobierno que no permi-

ten un arreglo? Pero eso no es un cuadro verdadero. El mundo no está dividido así. El hecho de que tanta gente piense de esta manera resulta de la propaganda de los comunistas y de los anticomunistas. El mundo se presenta en esa forma, en blanco y negro, un mundo de dioses y de diablos, y las naciones que rehusan aceptar esa clasificación son condenadas como "neutralistas" o como cobardes que eluden el desafío de la épica.

Entre estas naciones que rehusan ser simplificadas de esta manera están la India, Birmania, Ceylán, y Yugoslavia. Estos países tienen aspectos de gobierno que los distingue entre ellos y que los distingue también de los sistemas soviético y norteamericano. Simplemente por su existencia ellos refutan el argumento de que el mundo debe estar polarizado entre dos sistemas políticos opuestos.

Si las dos concepciones extremas de gobierno se colocan una contra otra, entonces desde luego aparecen irreconciliables. Ese es el enfoque de Moscú y de Washington. El paso de ese enfoque a la guerra, como medio para elegir la forma de gobierno más conveniente para la humanidad, es corto.

Pero la guerra como método de decidir entre formas de gobierno no es sensata para nosotros aunque no hubiera nada que decir respecto de ella. Las bombas atómicas y de hidrógeno han decidido la cuestión. La guerra moderna no solamente no decidiría entre métodos de gobierno, sino que

destruiría todas las formas de gobierno.

Pero si estamos todos de acuerdo en esto, ¿qué alternativa nos queda? La única alternativa es la aceptación de la necesidad de coexistencia reforzada por un esfuerzo sostenido para ver que no se haga nada que vuelva imposibles las soluciones pacíficas. La rebelión colonial.

El peligro de guerra hoy en día aparece no solamente del conflicto ruso-americano, sino también de la lucha entre las naciones industrializadas del Oeste y los pueblos coloniales. Cuando empujamos a los pueblos coloniales a la desesperación, de modo que ellos tienen que buscar la solución de sus problemas en la rebelión, existe siempre el peligro de que allí pueda comenzar una guerra general.

La explotación colonial siempre ha sido un error; ahora es un terrible error porque amenaza directamente la paz del mundo. Cuando una revuelta local contra el imperialismo tiene lugar en un área donde los bloques de las grandes potencias son muy sensibles, como en Indochina o Persia, el peligro de una guerra general es inmediato. Así, negar la libertad a esos pueblos coloniales provoca la guerra civil, y la guerra civil, a su vez, hace surgir el espectro de la Tercera Guerra Mundial.

Estos argumentos son evidentes, pero desgraciadamente ese hecho hasta ahora no nos ha llevado a aceptar su importancia universal.

Nosotros condenamos con indignación la conducta de Estados Unidos hacia Guatemala. Pero nos hemos comportado casi del mismo modo hacia la Guayana Británica. Los pueblos de esos dos países han sido despojados de la auténtica libertad que poseían con la acusación de que sus líderes eran comunistas o camaradas de ruta.

¿Qué habría sucedido en esta situación si la Guayana Británica hubiera estado en una parte del mundo donde la URSS y Estados Unidos estuvieran maniobrando para mantener sus posiciones? ¿Habría sido nuestra conducta muy diferente de

la de Francia en Indochina? Es bien claro que sólo por un accidente de la geografía no hemos salvado de temer que tomar las penosas decisiones que Francia ha tenido que tomar en este momento.

La solución de estos problemas coloniales ha llegado a ser parte de un problema mucho más amplio de lograr la coexistencia pacífica, pero el gobierno propio sólo no es la respuesta. No puede esperarse que la democracia tome raíces firmes en territorios coloniales extenuados por el hambre, a menos que ese gobierno propio sea acompañado por mejoras sustanciales en las condiciones de vida. Esas áreas económicamente atrasadas no producen excedentes dentro de sus propias fronteras, que son necesarios antes de que puedan desarrollarse técnicas de producción moderna. Allí nos vemos ante un verdadero dilema, porque la lucha por la independencia nacional siempre tiene lugar antes de que la economía pueda proporcionar más alto nivel de vida.

Para hacer a estas nuevas naciones no sólo comunidades independientes, sino también comunidades democráticas, nosotros debemos estar dispuestos a ir en su ayuda de manera resigiente y sustancial. De otra manera el fracaso de mejorar sus condiciones de vida socavará su fe en los procesos democráticos. Algunas naciones, sobre todo Estados Unidos, han hecho ya contribuciones técnicas y financieras con ese fin, pero solamente en una escala muy pequeña, y desgraciadamente los Estados Unidos en los últimos años han usado la Ayuda Mutua como un arma en la Guerra Fría.

Es esencial que la ayuda económica sea liberada de estas desgraciadas asociaciones con las exigencias de una estrategia militar, porque de otra manera no hará ningún bien. Trae amargura y cinismo, en lugar de ser recibida como una parte de un gran planteamiento para la paz y el progreso.

Sin duda Attlee tuvo en cuenta esta clase de consideraciones cuando dijo que el problema de Alemania de-

bía ser considerado dentro de un panorama más amplio. Pero eso fue hace muchos meses. En su reciente audición insistió en que el caso del rearme alemán podía ser considerado aisladamente.

El puede tratar de justificar ese cambio de opinión diciendo que las circunstancias han cambiado, que se ha hecho un intento de considerar el problema de Alemania en un panorama más amplio y que ha fracasado. Nosotros no estamos de acuerdo; nosotros no creemos que haya sido hecho el intento en ninguna forma seria.

El Gobierno Británico, con fuerte apoyo del Partido Laborista, trató de que los problemas del mundo fueran discutidos en su totalidad. Pero no ha sido hecho. La Conferencia de Berlín puso sobre el tapete el futuro de Alemania y de Austria aisladamente. Y fué un fracaso. El problema de Corea se trató aisladamente y con el mismo resultado. Nosotros insistimos en que el problema de Alemania puede ser resuelto únicamente cuando se vea dentro de este panorama más amplio y en relación con las necesidades de los pueblos coloniales.

El dilema alemán.

Se ha dicho —en particular por Attlee y Morrison— que al oponernos al rearme de Alemania Occidental nosotros no hemos propuesto ninguna otra solución constructiva. Pero si usted ve a un hombre que corre hacia un precipicio, por lo menos es sensato aconsejarlo que se detenga. La primera parte de una alternativa con respecto al problema de rearmar Alemania es, muy simplemente, no armarla.

Esto por sí mismo no es suficiente, pero tiene la gran virtud de impedir una decisión inmediata e irrevocable y dar a todos los que están interesados tiempo para considerar el problema real. Ese problema es, en este momento, determinar el futuro del pueblo alemán, de tal manera que pueda hacer su contribución positiva a la paz del mundo.

Nadie puede negar la complejidad de este problema, que ha desconcertado a los hombres de Estado durante cien años. He aquí las principales condiciones para su solución.

1) Alemania debe estar capacitada para unificarse bajo instituciones libres, y debe convencerse a Rusia de que acepte esto.

2) No puede esperarse que Rusia esté de acuerdo si el poder militar de una Alemania unificada fuera agregado al de las potencias del Atlántico.

3) Alemania no puede estar neutralizada permanentemente porque ello no sería compatible con la soberanía nacional.

4) Alemania no debe ser eximida de las cargas económicas que los armamentos imponen a sus vecinos: por otro lado, el armamento de una Alemania unida debe ser mantenido en un nivel que no le permita llegar a ser el árbitro de Europa.

5) Cualquier solución del problema alemán, por lo tanto, es imposible sin el comienzo de un desarme general y progresivo.

6) El desarme se debe llevar a cabo por un plan que a la vez ayude a evitar la depresión industrial y la desocupación en masa.

7) Las exigencias del rearme en el presente limitan los recursos disponibles para el desarrollo de los países atrasados; sin embargo debe dispertarse de esos recursos.

Esta es una lista formidable de exigencias. Pero no es tan formidable como una guerra con bombas de hidrógeno. La amenaza de la guerra envuelve a toda la humanidad; también debe abarcar el esfuerzo para salvarnos de esa amenaza.

Una Carta Este-Oeste.—

El elemento primordial y esencial para cumplir estos requerimientos es un arreglo formal entre el Este y el Oeste acerca de que la coexistencia es posible. El Partido Laborista trataría de que se pudiera firmar una declaración a tal efecto por todas las Grandes Potencias. No significa mucho que Eisenhower y Churchill es-

tén de acuerdo en reafirmar los principios de la Carta del Atlántico. Significaría muchísimo si ellos se ponen de acuerdo con Malenkov en los términos de una Carta que obligara a sus países a terminar la Guerra Fría.

El Comercio entre el Este y el Oeste.—

Una declaración general de principios, sin embargo, sería de muy poco uso a menos que se le diera un significado concreto en términos militares y económicos. Económicamente el efecto más desastroso de la Guerra Fría ha sido el estrangulamiento del comercio natural entre las naciones altamente industrializadas del Oeste y las áreas productoras del Este. La rapidez con que los países orientales podrán llevar a cabo su revolución industrial y levantar su nivel de vida, depende muchísimo de la cantidad de productos importantes que puedan obtener del Occidente. Impidiendo que lleguen a ellos, nosotros podremos conseguir ventajas militares en la Tercera Guerra Mundial si alguna vez llega a producirse. Pero también aumentamos la tirantez y hacemos más agudo el peligro de que pueda estallar.

En términos prácticos, lo que se requiere inmediatamente es que hagamos una drástica reducción en la lista de los llamados "materiales estratégicos"—entre los cuales muchos no son realmente estratégicos—que no pueden ser exportados a los países orientales. Es pura hipocresía hablar de coexistencia pacífica mientras estas barreras se mantengan.

Seguridad Mutua.—

La totalidad de Europa Occidental hoy, está siendo organizada como la vanguardia defensiva de la Alianza del Atlántico, y la totalidad de Europa Oriental como la vanguardia defensiva del bloque soviético. Desde que lo que piensan ambos extremos está influido por las consideraciones estratégicas, todos consideran a Alemania primeramente desde este pun-

to de vista, y cada uno está determinado a impedir que el país caiga enteramente en manos enemigas.

Si la NATO pudiera controlar la totalidad de Alemania hasta la línea Oder-Neisse, la seguridad rusa estaría tan directamente amenazada como lo estaría la nuestra si Hamburgo, Düsseldorf y Colonia estuvieran bajo la ocupación rusa. Los protagonistas del rearme alemán nos piden insistentemente que seamos realistas. Pero el realismo nos enseña que si queremos la paz no debemos proponernos objetivos que puedan ser obtenidos solamente por la guerra. La perspectiva de que una Alemania unida quede libre de unirse a la NATO es un objetivo de ese tipo. Es absolutamente anti-realista, a no ser que sea parte de un plan para la liberación de Europa Oriental y la destrucción del régimen comunista en Rusia.

Cualquier solución constructiva del problema alemán, por lo tanto, debe ser compatible con requerimientos razonables de la seguridad occidental y oriental. Churchill parecía observar esto cuando en su discurso del 11 de mayo de 1953 sugería que cualquier solución del problema alemán debía satisfacer las exigencias rusas para su seguridad, y aconsejaba un acuerdo tipo Locarno. En Berlín, Molotov compartió esa idea y desarrolló lo que se llamó "Plan Molotov" para un pacto de seguridad europea.

Cuando fue presentado por primera vez, el Plan Molotov proponía la exclusión de Estados Unidos, y era claramente inaceptable. A pesar de dos importantes concesiones hechas desde la Conferencia de Berlín, hay todavía poderosas objeciones a ese plan. Pero creemos que constituye en su nueva forma una base de negociación. El Laborismo debería, entonces, como una modificación a ese plan, procurar un tratado que garantizara las fronteras de una Alemania unificada contra cualquier agresión del Este o del Oeste, y que impusiera sanciones instantáneas a cualquier esfuerzo de los alemanes para cambiar sus fronteras por la fuerza.

La paz por etapas progresivas.—

Dentro de esta estructura de seguridad militar mutua, es posible plantear una alternativa constructiva al rearme de Alemania occidental. Habiendo demostrado los rusos que están seriamente tratando de impedir que una Alemania unificada sea utilizada como trampolín para la agresión, debemos ir más adelante. Debemos reafirmar, como hizo Morgan Phillips en Margate, nuestra voluntad de abandonar el rearme de Alemania occidental si los rusos por su parte permiten elecciones libres en su zona.

Pero, ¿cómo podemos hacer esto sin imponer al pueblo alemán una neutralización permanente, lo cual hemos reconocido que es tan injusto como impracticable? La respuesta a esta pregunta es que el problema alemán sólo puede ser resuelto por etapas.

Cualquier solución definitiva hoy en día está destinada a ser una mala solución, tanto si es el plan americano de hacer de Alemania occidental un Estado soberano y rearmarlo, o el plan ruso de firmar un Tratado de Paz bajo el cual una Alemania unida estaría permanentemente neutralizada. La alternativa a tales "soluciones definitivas" debe ser un esfuerzo sostenido durante diez años para llegar a un acuerdo por etapas.

Otra conferencia con diferente orden del día.—

El Partido Laborista debería pedir que se realizara otra conferencia de las cuatro potencias con una orden del día completamente diferente. En lugar de intentar llegar a un acuerdo en un Tratado de Paz, deberíamos proponer que la discusión del Tratado de Paz fuera pospuesta por diez años, y que en su lugar, buscáramos un camino para unificar Alemania, dejando el problema de un status final para Alemania y de las fronteras de Alemania, para una consideración ulterior.

Un modo de hacer esto sería rea-

lizar elecciones libres, establecer un Gobierno central de Alemania, mientras los ejércitos de la NATO y de la URSS permanecieran en sus actuales posiciones, y ambos acuerdan en que no debe haber ejército alemán por lo menos en ese período de diez años. Otro plan, sugerido por influyentes alemanes en la zona Occidental, es que los ejércitos de ocupación, en lugar de permanecer en sus actuales posiciones, sean retirados, los occidentales hasta el Rhin, y los rusos hasta la línea Oder-Neisse, dejando el área central de Alemania con una pequeña fuerza policial alemana.

Se podría trabajar sobre otras muchas variaciones de estos planes. Pero lo que deseamos destacar son sus rasgos comunes. En lugar de argumentar infructuosamente acerca de los términos de un Tratado de Paz alemán, que, como sabemos perfectamente, ni los americanos ni los rusos están preparados para firmar, deberíamos plantear soluciones a plazos cortos, que suministrarán la posibilidad de una reunificación alemana sin arriesgar la seguridad militar ni del Este ni del Oeste.

La Conferencia de Berlín fracasó porque nosotros pedimos lo imposible a los rusos y los rusos nos pidieron lo imposible a nosotros. Pero ese fracaso no es razón para saltar a la conclusión de que otra conferencia no podría tener éxito, si se limita a los objetivos que hemos sugerido. Lo que proponemos es no solamente una nueva conferencia, sino una nueva orden del día para una nueva conferencia.

Desarme y Prohibición de la Bomba H.—

Otra conferencia de las cuatro potencias sobre Alemania, sin embargo, sólo puede ser exitosa si simultáneamente se hacen esfuerzos para detener la carrera de armamentos. Como hemos visto el problema alemán únicamente puede ser resuelto dentro del panorama de un desarme general y progresivo. De ahí que demos preferencia a conversaciones entre los principales hombres de la

URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña, sobre los temas de la bomba de hidrógeno, en las líneas en que Atlee insistió en la Cámara de los Comunes hace algunos meses.

La oportunidad de tales conversaciones podría ser muy mejorada si las potencias occidentales tomaran la iniciativa anunciando su decisión de no volver a insistir en la guerra termonuclear a menos que hubiera sido usada contra ellos. Uno de los peligros más terribles que tiene ante sí nuestro país es que estamos comprometidos en una estrategia americana que descansa en una represalia en masa e instantánea contra cualquier agresión, es decir, el uso de las bombas A y H antes de que hayan sido usadas contra nosotros.

Tal amenaza puede haber sido efectiva cuando disfrutábamos del monopolio de esas armas y no estábamos expuestos a una represalia en masa e instantánea. Pero ahora que el desarrollo técnico ruso en este campo es igual, si no superior, al de los occidentales, una política defensiva que descansa en ataques atómicos, expone a nuestro país y en realidad a toda Europa occidental, a seguras devastaciones en la primer semana de guerra.

Por lo tanto creemos que, como parte de su política para la coexistencia pacífica, el Partido Laborista debe reclamar que las potencias occidentales renuncien a la estrategia de represalia en masa e instantánea, y habiendo dado este ejemplo, invitar a los rusos a que ellos también renuncien a ella, firmando una convención que proscriba las armas termonucleares. Esto sería una contribución real para disminuir la hantéz en Europa y el camino a un arreglo negociado del problema alemán.

Alemania y la Ayuda Mutua Mundial.

El otro requerimiento de una alternativa constructiva al rearme alemán es destinar a inversiones en ultramar los recursos que ambas partes de Alemania están planeando usar para su rearme.

Las Naciones Unidas deben apresurar el trabajo ya empezado de preparar listas de planes para el desarrollo de los países que necesitan ayuda. Esta ayuda debería ser suministrada por cada uno de los países participantes, en una escala que haría imposible para ellos aumentar secretamente sus armamentos al mismo tiempo. Las contribuciones a la Ayuda Mutua Mundial deberían ser acordadas por varios años, y Alemania debería contribuir con una suma igual a los gastos que ocasionaría su defensa si se estuviera rearmando. Una contribución alemana de esta naturaleza a un Fondo de Desarrollo Mundial, podría ayudar a disminuir los temores de competencia de sus vecinos.

Esta propuesta es, en esencia, una manera de desviar gradualmente los gastos de defensa a los usos pacíficos. Las contribuciones al Fondo podrían ser aumentadas año a año y los gastos militares ser disminuidos en la misma manera. Después que se supere el actual impasse, una transferencia más rápida de los gastos militares a la Ayuda Mutua, podría llevarse a cabo si se consigue que sus planes eviten la distocación industrial.

Es esencial que estas propuestas no traigan consigo el temor de la desocupación. El cese del fuego en Corea produjo un descenso en los mercados de Nueva York y Tokio. Una proporción tan grande de la economía occidental está ahora vinculada a las máquinas de guerra que la paz ha llegado a ser temida como enemiga de la ocupación plena. Este temor pende sobre los empleados y obreros porque se emplean grandes fortunas en fabricar armas. Ello trae una resistencia muda pero poderosa al desarme general.

La industria armamentística es una especie de programa de trabajos públicos en gran escala. Se debe lanzar otro programa de trabajos públicos en gran escala, si se reducen sustancialmente los gastos en armamentos. La empresa privada no podría cumplir esto por su propia iniciativa. Pero siguiendo la acción

gubernamental, podría cooperar para llevar a cabo los proyectos de Ayuda Mutua. No podemos seguir aceptando la situación macabra de que para mantenernos trabajando hoy debemos prepararnos para matarnos uno a otro mañana.

La mejor maquinaria para la distribución de la Ayuda sería las Naciones Unidas, usándola como un agente de un Consejo de Desarrollo con plenos poderes, o algún instrumento similar. Pero si alguna nación individual insistiera en controlar su propia contribución, el plan estaría viciado desde su origen.

Nos damos cuenta de que tal proposición exigiría un sacrificio considerable de todos los países contribuyentes, y particularmente de Estados Unidos, porque si cada país tuviera que dar en proporción a sus recursos, los norteamericanos tendrían que ser, lejos, los mayores contribuyentes. Pero, dándole el comando imaginario, hay una gran capacidad para el idealismo en el pueblo americano, y ese idealismo podría ser despertado por un proyecto de esta clase.

El rol del Partido Laborista.

Desgraciadamente no depende sólo del Partido Laborista, aún cuando pudiera llegar al Gobierno, decidir sobre el futuro de Alemania, y mucho menos sobre la guerra y la paz del mundo. Pero no hay razón para que no mostremos el camino. Actualmente no lo estamos haciendo; por lo menos no lo estamos haciendo de un modo que esté de acuerdo con la

(Trad. especial de L. V.)

importancia y urgencia del problema.

¿Qué sentido tiene estar dispuestos a apoyar garantías de seguridad mutua en el Sudeste de Asia, incluyendo China Comunista, y hacer imposible acuerdos similares en Europa insistiendo en el rearme de Alemania occidental?

Si la política de coexistencia pacífica es aceptada para Asia, ¿por qué es rechazada para Europa? ¿Tenemos que ajustar nuestra política a las directivas oficiales de Estados Unidos como si no fuéramos capaces de influir en ella? Hay millones de americanos que están mirando hacia nosotros para que les indiquemos un camino. Las esperanzas de esos millones no han sido expresadas por John Foster Dulles. ¿Vamos nosotros a unirnos a él en el aislamiento moral que él parece determinado a imponer a su país?

Se nos puede acusar de que nuestras proposiciones son demasiado idealistas y que no toman en cuenta las realidades de la política internacional. Pero nuestra misión es cambiar las realidades, no someternos a ellas.

Ahora, bajo la guía de los "realistas", tambaleamos bajo el peso de los armamentos que no impedirán la guerra ni nos permitirán escapar de la destrucción universal que ella significaría. Por el contrario, hemos puesto esta isla en el frente de batalla con la certeza de que, si alguien puede sobrevivir, no seremos nosotros. Si esto es realismo, entonces sería mejor intentar otra cosa. Pronto será demasiado tarde.

Aneurin Bevan, Bárbara Castle, Richard Crossman, Tom Driberg, Ian Mikardo y Harold Wilson.

URUGUAY Y EL MUNDO

Brasil, después de la muerte de Vargas

El escenario político de Brasil, con estos dos cadáveres humanos sobre el estrado (el del mayor Rubens Vaz y el del Presidente Vargas), parece ofrecer el trágico final de una obra de teatro del peor gusto.

Lo curioso es que al introducirnos en la abigarrada realidad política y social de este inmenso país, no cambiamos fundamentalmente esa impresión. Frente a los pavorosos problemas sociales del pueblo brasileño, el incidente Lacerda-Vargas aparece como un infimo drama irrelevante y sin conexión con la verdadera problemática del país.

Empezó con violenta campaña que desarrolló el periodista Carlos Lacerda contra la administración y el atentado contra aquél perpetrado por la guardia personal de Vargas, que costó la vida al mayor de aviación Rubens Vaz. El cadáver de éste fue arrojado sobre la balanza política por la Unión Democrática y los militares antivarguistas. Las investigaciones sobre la muerte del mayor Vaz condujeron a descubrir que integrantes de la guardia personal del Presidente realizaban negociados con las actividades gubernamentales, anuncie Vargas y su familia no aparecían involucrados directamente en estos hechos. Muchedumbres sacaron el diario "Última Hora" de Eutero Vargas, hijo del Presidente. El ejército obligó al Presidente a presentar su renuncia bajo la forma de un período de licencia.

Fué preciso que Vargas arrojará su propia cadáver sobre el otro platillo de la balanza para que la situación se trocara en su favor. Un billete póstumo descubre la intención y sentido de su acto: "Dejo a mis enemigos el legado de mi inmenso lamento no haber podido hacer por los pobres todo lo que deseaba hacer por ellos". Hace, alusión también a la intervención de EE.UU. El pueblo se lanzó a la calle a rendirle homenaje. Atacó los edificios yanquis, la sede de los partidos opositores de derecha y el diario "Tribuna da Imprensa" de Carlos Lacerda.

No nos dejemos atrapar por esta falsa problemática y vayamos a las verdaderas fuerzas móviles que obran ocurrencia detrás de los protagonistas. El movimiento antivarguista encarna la tendencia decididamente pro yanqui y de nota protección de los capitales contra las reivindicaciones de salarios de la clase trabajadora. Esto no quiere decir que Vargas encarnara la tendencia antiyanqui y obrerista. La línea política del ex-Presidente escapa a toda definición que se quiera hacer con dos adjetivos. La nota saliente de la misma era su flexibilidad y pragmatismo. Getúlio Vargas fué llevado al poder por primera vez en 1930 por una revolución contra la oligarquía de Washington Luiz. Afianzó su dictadura con un vasto plan de obras públicas y una serie de "leyes laborales" que dejó caer sobre un proletariado indolente y superexplotado. Adaptó su política al fascismo cuando éste estaba en auge en el 1937, fundando el "Estado Novo"; adaptó luego su política a las democracias vencedoras, enviando incluso tropas al frente antifascista en los últimos días de la 2ª guerra mundial. Su dictadura, sin embargo, no soportó el auge democrático y sucumbió en 1945 ante el solo ultimátum de los militares de abandonar el Palacio de Gobierno.

Retornó en las elecciones de 1950 a instancia de un pueblo que veía en él una nueva esperanza de justicia social. Anunciaba pomposamente que haría un gobierno laborista al estilo de Suecia y Gran Bretaña. Dos partidos lo habían llevado a la Presidencia: el "Trabalhista", encabezado por João Goularte, y el "Social-Progressista", encabezado por Althemir de Barros, con un programa social avanzando el primero, conservador el segundo. Esta base dispar facilitaba su juego doble. Defendió completamente a sus electores; contra todas sus promesas, el primer año de gobierno los precios habían subido en un 15% y se le veía rodeado de conservadores y grandes industriales.

Viendo comprometida su popularidad ya en las proximidades de las elecciones nacionales de 1955, dió rienda suelta a su Ministro de Trabajo João Goularte, que duplicó por ley los exiguos salarios imprecantes. Esto trajo la reacción de los sectores derechistas y de los militares, que obligaron la renuncia de João Goularte. Luego, la campaña de Lacerda y el ultimátum de los militares terminaron también con Vargas.

El ejército, que en Brasil se atribuye a sí mismo el papel mesiánico de restaurar la "voluntad nacional" toda vez que está presuntamente comprometida, no tiene una línea mucho más sólida que la Presidencia. Diversas tendencias se debaten en su seno. La campaña de Corea fué calificada desde la revista de los militares como "guerra del imperialismo de Wall Street", pero hoy predomina la tendencia favorable a ese imperialismo.

Frente a EE. UU., la política de Vargas se puede caracterizar como pro-yanqui con condiciones. Fué un buen aliado de Washington, pero exigente y difícil para Wall Street. Pretendía hacer complacer una fuerte tendencia radicada especialmente en São Paulo, que reclamaban una política proteccionista para las explotaciones e industrias nacionales.

El reinado del varguismo termina, pues, con el ascenso de Café Filho al poder. Luego de muchos años de Gobierno deja prácticamente intacto —defraudando las esperanzas populares—, el tremendo problema social del Brasil. Millones de personas viven subalimentadas en este país y mueren de hambre en medio de la abundancia. Se calcula que Brasil podría alimentar a cientos de millones de personas, pero los 50 millones que constituyen actualmente su población tienen un standard de vida muy por debajo del de Argentina, Uruguay y aún Chile. En las "fazendas" de cultivo de café, algodón o arroz, impera todavía un sistema semifeudal. Sólo el 2% del suelo brasileño está cultivado y apenas la mitad de esta superficie está dedicada a la producción de artículos de consumo. La fiebre amarilla, la disenteria, la malaria y otras enfermedades diezman la población. La mitad de los habitantes de Brasil son totalmente analfabetos.

Las reformas sociales de Vargas han traído a las masas desheredadas al terreno de la política. Se encanizaron especialmente al Partido Trabalhista y el Partido Comunista, este último actualmente fuera de la ley. El Partido Socialista capitaliza a los desengañados de los otros partidos sociales y va en franco incremento. Los partidos conservadores son, sin embargo, los conservadores: la Unión Democrática Nacional y el Partido Social Democrático. El otro partido conservador, el Social Progressista, ocupa el cuarto lugar en cuanto a fuerzas electorales.

R. S.

Paz en Indochina

Moneda. France, que ha tenido la inteligencia de interpretar y darle forma constructiva a algunas de las más visibles aspiraciones de la izquierda de Francia, marcó su primer mes de gobierno con la firma del cese del fuego en Indochina. Era esencial terminar esa guerra que estaba arruinando al país: 92 mil muertos; 114 mil heridos; 2.385 biliones de francos, es el balance para Francia de los 8 años de guerra. En la misma medida que Estados Unidos aumentaba su contribución a los gastos de esta lucha (195 biliones en 1952; 173 en 1953; 475 en 1954, pasando a ser este último año la contribución americana más importante que la francesa, que fué de 153 biliones) crecía la presión norteamericana para manejar la política exterior de Francia.

"Le Monde" opinó: "El acuerdo del 20 de julio registra nuestro fracaso y sanciona nuestras fallos. Nuestro mérito es haberlo admitido al fin, logrando evitar lo peor. El mérito de nuestros adversarios es haber consentido en limitar los efectos de la victoria, ya ampliamente adquirida".

Con respecto al futuro de Indochina, en Ginebra se llegó al acuerdo de que las elecciones en todo el territorio tendrán lugar, como máximo, el 20 de julio de 1956, y un año antes comenzarán las consultas entre el Vietnam y el Vietminh para fijar la forma de las mismas.

En Indochina, como en toda Asia, la inmensa mayoría de la población es de campesinos atrasados, que vive encadenado por las deudas; trabaja de 14 a 15 horas diarias

y cobra su jornal en arroz con cáscara, incomible, del que debe entregar 4 kilos para conseguir uno de arroz blanco.

El 80 o/o de la población posee sólo el 15 o/o de los 4.200.000 hectáreas de tierra cultivable. Sin habitación decente, ni semillas, ni ganado, ni útiles de trabajo, estos campesinos recurren a los prestamistas que, al 30 o/o mensual, saben que indefectiblemente a los 6 meses serán dueños de toda la cosecha. Pierden así sus minifundios, que pasan a aumentar las grandes propiedades. Allí trabajan los hombres, sus mujeres e hijos como peones, mientras las hijas pueden ser vendidas a la prostitución. Para completar el cuadro, grandes destilerías francesas tienen el monopolio del alcohol y las pequeñas aldeas están obligadas a un consumo mínimo, de lo que resulta que el promedio anual es de 4 litros de alcohol por habitante, doble que el consumo promedio en Francia.

En 1952 el Gobierno Bao Dai-Nguyen Van Taa (gobierno de burgueses y grandes propietarios) prometió una reforma agraria: se creó el Servicio Nacional de Crédito Agrícola, Avanceño y Cooperativo, que disponía de 40 millones de piastras (cantidad 14 veces menor que el presupuesto oficial) para efectuar préstamos. Al precio de 10.000 a 20.000 piastras por hectárea, sólo podían comprar de dos mil a cuatro mil hectáreas (recorde-mos que hay 4.200.000 hectáreas cultivables). La reforma agraria fue un engaño. Y por otra parte no se conoce en Asia un solo caso de reforma agraria efectiva sin que previamente se hubieran realizado cambios radicales en la orientación política del Gobierno (caso de China y de Birmania).

Durante la guerra la producción (arroz, caucho, alcohol, etc.) aumentó en Indochina, sin que mejorara, desde luego, la vida de la población. Los grandes capitalistas aumentaron considerablemente sus ganancias. El Banco de Indochina, por ejemplo, que controla sectores enteros de la economía, ha aumentado de 340 millones de piastras en 1950 a 542 millones en 1951. Y en la Bolsa los valores de las empresas de Indochina subieron sobre la base 100 en 1949, a 201 en octubre de 1953. Como tantas veces se ha dicho, la guerra no es mala para todos.

A quienes pasando hambre no se convencerán de las ventajas de la democracia, a quienes luchan para cambiar esa situación, se les califica de comunistas. Es cierto que el comunismo, que con gran ímpetu promete aliviar la miseria, atrae a gran número de asiáticos. La acusación generalizada allí y en todas partes contra las potencias colonizadoras es que se respaldan recíprocamente con los gobiernos reaccionarios, con las clases privilegiadas, lo que lógicamente ocasiona la hostilidad de las grandes masas y al mismo tiempo se identifica la campaña anticomunista con el apoyo a la perpetuación de la explotación colonialista.

Rompe los ojos la evidencia de que los pueblos asiáticos están dispuestos a cumplir hasta el fin el enorme movimiento que han desarrollado en los últimos treinta años para independizarse del control europeo. No tienen confianza en las potencias capitalistas y prefieren luchar antes que seguir sometidos. Los 1.200 millones de habitantes de Asia tienen problemas gravísimos que hay que resolver no sólo en beneficio de los asiáticos sino para que el resto del mundo pueda sobrevivir. La industria europea necesita para su capacidad de producción el desarrollo de esas enormes zonas atrasadas, y ellas a su vez necesitan vitalmente los beneficios del intercambio con las naciones industrializadas para mejorar su nivel de vida siquiera hasta los mínimos requerimientos de un pueblo civilizado. Aparte la desgarradora injusticia de un panorama humano como el indochino, es insensato que se mantenga un desequilibrio económico que no beneficia sino a un escaso número de privilegiados y destruye a millones. Las estadísticas sobre mortalidad, enfermedades, alimentación, vivienda, vestimenta y analfabetismo han revelado que los países asiáticos se han empobrecido aún más en los últimos años, que tienen hoy menos alimentos que hace diez años. Una Comisión de la UN encontró que para mantener el mismo nivel de vida de esos pueblos se necesita invertir 14 mil millones de dólares por año. Y esa situación sólo puede ser resuelta en escala internacional, con planes de socialización que proscriban la rapiña del sistema capitalista.

M. J. —

Si intentamos un balance del Uruguay en el segundo semestre de 1954, podremos utilizar como pautas ilustrativas ciertos hechos simbólicos, y a través de ellos adentrarnos en la sociabilidad nacional.

Así por ejemplo el episodio del naufragio del pesquero "Isla de Flores", ha sucedido a la opinión, ha permitido hacer un examen de conciencia del país y de la actitud de la administración pública. Quijano lo resume diciendo: "Toda marcha así o todo es así. Una estación duzón, pegajosa, sacudida a ratos por escandaletes, iluminada por el cabo de vela de una vanidad tan pueril como ignorante, nos circunda, nos asfixia y nos mantiene".

"Hacemos, en resumen, lo contrario de lo que debemos hacer. Nos lanzamos en persecución de fines que chocan con nuestras posibilidades y con nuestras necesidades. A lo cual se agrega, para completar el cuadro, la ausencia de autoridad y decisión. Toda la responsabilidad está diluida. "No te metas". Los funcionarios se esconden detrás de los jefes; los jefes se remiten a otros jefes; éstos a los ministros; los ministros no actúan por temor al Ejecutivo; el Ejecutivo se inhibe por temor al Parlamento; el Parlamento no legisla por temor a los partidos y a la prensa, por temor a los intereses privados o bajo la presión y la amenaza de los mismos". ("Marcha", N° 732).

La potencialidad de esos mismos intereses privados, especialmente de los representantes de la gran ganadería, quedó patentizada simultáneamente por "el problema de la carne". Montevideo sufre su escasez, la producción permanece estancada y la exportación está en plena regresión. Los organismos públicos, incluso el Parlamento, son incapaces de dar otra solución al problema que la periódica elevación de los precios en beneficio de algunos millares de propietarios rurales.

Por último la conversación de las elecciones nacionales para el 23 de noviembre ha realzado violentamente la lucha en la vida política. Aparte de las divergencias personales y la general apatía del poder político, la causación fundamental de la campaña electoral es la corrupción, que unánimemente se reconoce tan extendida como peligrosa. La pieza fundamental es la interpolación de Cardoso, que después de una enumeración objetiva de varias horas, todavía escribaba: "No puede negarse, por todo lo que yo he dicho y por otras cosas", que yo no he dicho, pero que todos ustedes saben, Sres. diputados, que la corrupción en los procedimientos políticos y administrativos es una realidad alarmante". ("El Sol", N° 622).

Todo indica que la jornada electoral no cambiará fundamentalmente el cuadro del país, pues la importancia de los partidos o sectores de ideas será mínimo frente al individualismo y los grupos de intereses oligárquicos.

Sin embargo, no se ha vacilado en convocar a la Octava Conferencia de la Unesco para celebrarse en Montevideo en el mismo mes de noviembre.

Converdrá reflexionar sobre las palabras con que Cardoso cerraba su alocución ya citada: "No busquemos consuelos, Sres. Diputados, compadriándonos con los que están peor que nosotros atados y faltos de libertades fundamentales. Eso no vale. Pensemos en lo que podríamos ser y no seremos si no se pone dique a estos graves males".

En cuanto al futuro, no es que falten al país gentes capaces, verdaderos "equipos de rescambio" en las nuevas generaciones. El problema está en hacer conciencia de que las auténticas soluciones dependerán de renovaciones estructurales más que de la intervención de determinadas personalidades.

LOS LIBROS

Aldo E. Solari, "Sociología rural nacional". Montevideo, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1953.

Se trata de la tesis del Dr. Solari como Profesor Agregado de la Cátedra de Sociología de nuestra Facultad de Derecho, y con ella no solamente se inicia su autor como escritor, sino que la Universidad adquiere a la mayor edad en materia de estudios sociales.

Estamos efectivamente ante un trabajo hondamente original que aborda con información amplísima y certero método científico un capítulo lamentablemente omitido de la realidad nacional. Obra que está defendiendo a la Sociología del desarrollo a que le condenan teorizaciones filosóficas hechas a espaldas de la realidad diaria, y justifican las fundadas esperanzas del mundo intelectual en su futuro.

Solari estudia la población rural, (en su volumen, densidad, distribución, composición, natalidad, mortalidad, edad, caracteres físicos, psíquicos, y psico-sociales y sus problemas económicos fundamentales); la sociedad rural uruguaya (analizando cuidadosamente su estructura y la diferenciación interna abordando temas tan interesantes como la educación en el medio rural, la propiedad agraria, etc.) y finalmente, en la dinámica social rural, los cambios sociales, la movilidad social y las migraciones rurales.

Será imposible señalar defectos, y más todavía omisiones, como lo ha hecho crítica, pero examinando el material que Solari ha utilizado en forma exhaustiva se comprueba los escasos antecedentes de esta obra, y el mérito señaladísimo que ella tiene en nuestra literatura científica. Históricamente sus conclusiones son de tal importancia que merecen leerse y discutirse por todos los uruguayos conscientes, para apreciar la crítica situación a que ha llegado nuestra campaña y las líneas generales de un proceso que compromete a nuestro juicio la estabilidad societaria nacional. Está más allá del propósito de esta reseña, resumirlas, pero nos ocuparemos en otra edición del tema, sin perjuicio de hacer votos por que Solari insista, en su mérito y el del país, en este camino C.M.R.

Erich Fromm, "Ética y psicoanálisis". México, Fondo de Cultura Económica. 1953.

La publicación de un nuevo libro de Fromm es un acontecimiento que necesariamente se debe destacar, y todos aquellos que leyeron su notable "El miedo a la libertad" (1947) comprenderán el aserto.

A pesar de la divergencia que suponen los títulos, no se trata de una obra muy alejada por su asunto a la anterior, aunque sí de menor originalidad. "He escrito este libro —nos dice su autor— con la intención de reafirmar la validez de la Ética humanista, de señalar que nuestro conocimiento de la naturaleza humana no conduce al relativismo ético sino que, por el contrario, nos lleva a la convicción de que las fuentes de las normas para una conducta ética han de encontrarse en la propia naturaleza del hombre; que las normas morales se basan en las cualidades inherentes al hombre y que su violación origina una desintegración mental y emocional". p. 19.

Especialmente interesante es su crítica a los sistemas irracionales de valores, y particularmente a la "ética autoritaria". Su análisis de la conciencia humanista y de la conciencia autoritaria, de los poderes morales del hombre, y hasta de los tipos de carácter, es de gran valor para la sociología aplicada e instrumento invaluable para la comprensión de nuestra época.

Justamente se cierra este breve volumen con la consideración del "problema moral de la actualidad", pues con claro sentido historicista, cree que "cada cultura tiene problemas morales específicos". A su juicio, el fundamental de nuestros días es "la actitud del hombre frente a la fuerza y al poder", así como "la indiferencia del hombre consigo mismo". "La vacuidad y la superficialidad de la vida individual, la falta de productividad y la consiguiente falta de fe en uno mismo y en la humanidad, originan perturbaciones emocionales y mentales que pueden incapacitar al hombre aún para el logro de sus fines materiales", p. 248. — C.M.R.

Rudolf Rocker, "Nacionalismo y Cultura". Buenos Aires, Americana, 1954.

Con ésta se alcanza la tercera edición española de la obra de Rudolf Rocker, y 13ª edición en ocho idiomas, a partir de 1935. El libro ha sido comentado —entre otros— por Albert Einstein, Bertrand Russell, Thomas Mann, Herbert Read, como una de las creaciones intelectuales más significativas del siglo, y merece ser citado como exponente del humanismo socialista.

Su autor, dirigente y teorizador del movimiento anarco-sindicalista alemán, es un autodidacta forjado en las luchas proletarias y cuya visión recuerda, a P. J. Proudhon. Surgido en ese ambiente y escrito por tal personalidad, no se trata de una obra de propaganda ni de crítica social, sino de un estudio fundadísimo sobre las relaciones entre el poder y la cultura, y muy especialmente del fenómeno político nacionalista.

Las grandes corrientes filosóficas, las

realizaciones históricas de la antigüedad, las concepciones artísticas y religiosas son algunos de los temas centrales que sigue esta libro.

Para su comprensión débese tener en cuenta especialmente el ambiente de Alemania bajo la moribunda República de Weimar, en los días que surgía el régimen nacional-socialista, en que fue escrito, como lo prueba la lectura de su obra autobiográfica "Revolution and regression", también publicado recientemente. Así el estudio del problema racial en relación con el nacionalismo, el socialismo y el Estado, y el muy esquemático sobre problemas sociales de nuestro tiempo. Esta edición incluye las páginas del epílogo de la segunda edición norteamericana, publicada en 1946, que no tenían las anteriores españolas. Es lamentable, sin embargo, que obra de esta naturaleza no incluya un índice analítico por materias, y una bibliografía más cuidada con las correspondientes referencias a las ediciones españolas. C.M.R.

LAS REVISTAS

"La Tribune des Peuples, Revue Internationale de la Gauche", París.

Desde 1953 aparece en París cada dos meses esta valiosa revista dirigida por un Comité de Redacción de socialistas de las nuevas generaciones pertenecientes a distintas corrientes, pero que coinciden en reclamar una orientación más radical y progresista en la política interior e internacional de su país.

Un "comité de patronage", agrupa a figuras tan conocidas como Claude Bourdix, Jean Cassou, Jean-Marie Domenech Georges Friedmann, Daniel Guérin, Leo Hamon, Charles André Julien, Ernst Labrousse, Alfred Sauvy y otros, y corresponde en Inglaterra a "Tribune" que —como es notorio— orientan intelectuales socialistas como H. N. Brailsford, Fenner Brockway, Barbara Castle, G. D. H. Cole, R. H. S. Crossman, Ian Mikardo, Harold Wilson, que forman el grupo "bevanista" del Labour Party.

La revista ha dado una preferente atención a los problemas asiáticos, ha dedicado un número al "caso Dijas" de Yugoslavia, el tema de las nacionalizaciones, el problema de la C. E. D. y las libertades civiles, etc.

"Il Ponte", revista mensile di politica e letteratura, Florencia.

Ya lleva nueve años de vida la gran revista del profesor Piero Calamandrei que constituye una de las creaciones más positivas del pensamiento italiano de post-guerra. Sin el apoyo de partido, grupo de intereses o herencia religiosa, la revista ha constituido un testimonio de honestidad e independencia, con el aporte de autores de la talla de Gaetano Salvemini, A. C. Jemolo, C. Tumiati y E. E. Agnoletti junto al prestigioso procellosista florentino.

Herederos directos de aquella corriente socialista que sentó en los hermanos Rosselli, también lo son del mejor sentido progresista del pensamiento italiano contemporáneo. Los números especiales dedicados al fascismo, al estudio de las regiones italianas, no son menos fundamentales que aquellos que estudian países como Suecia, Inglaterra laborista, o la democracia holandesa, para no citar más que a los más recientes.

"NUESTRO TIEMPO", al hacer llegar sus felicitaciones a "Il Ponte" y "La Tribune des Peuples", ve en ambas empresas un "espejo de virtudes y sabio ejemplo". C.M.R.

Cooperativismo Bien Entendido

El Consejo Nacional de Gobierno tiene actualmente a estudio un memorándum, que sintetiza los actuales problemas que afectan al movimiento cooperativista nacional. Al haberse iniciado en la necesidad de modificar la ley Nº 10761, concesión de la Contribución funeraria, Patente de Giro y tratamiento preferencial para la obtención de divisas de importación, se ha hecho una completa referencia a los fundamentos sobre los cuales se sustenta el libre juego que constituye la base del cooperativismo; a la vez, se ha planteado un certero enfoque de sus más graves y urgentes problemas.

Los Organismos Cooperativos, cualquiera sea su índole, tienen por meta común la eliminación del intermediario entre el productor y el consumidor. Sin embargo, en nuestro medio el ideal cooperativista no ha arraigado aún, pese a que el poder persuasivo de la agrupación de la cooperativismo nacional la posibilidad de reducir los costos de adquisición y administración de los elementos de uso o consumo. Mejora, por lógica, el nivel de vida de los cooperadores.

Los hechos y las trayectorias, han demostrado cabalmente que las cooperativas no producen lucro individual, sino que su objetivo radica en un mejoramiento colectivo, que en algunos casos se traduce en mejoramiento gremial, por imperio de las circunstancias. Pero si de parte de los Poderes Públicos se les aplican a las Cooperativas, erróneamente las calificaciones y tratamientos de comerciantes, se las sujetan a todas las restricciones que se practican al comercio en general. Y no gozando, prácticamente, de ninguna de las ventajas que se acuerdan al comercio.

Por lo tanto y por encima de las aspiraciones generales que estudia el Poder Ejecutivo, debe bregarse constantemente por una modificación del contenido general y oficial sobre los fundamentos reales del cooperativismo, para que sea el justo y bien definido concepto el que rija todas las decisiones estatales que sobre el mismo adopten. En el bien entendido de que con ello, se cumple obra efectiva de mejoramiento gremial.

COOPERATIVA BANGARIA

LIBROS - NOVEDADES

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

BIBLIOTECA LETRAS MEXICANAS

- Nº 10 "Las aves en la poesía castellana". Salvador Novo.
Nº 11 "El llano en llamas" (Cuentos). Juan Rulfo.
Nº 12 "La poesía mexicana moderna". Antología, estudio preliminar y notas de Antonio Castro Leal.
Nº 13 Poesía y Teatro completo de Xavier Villaurrutia.

BIBLIOTECA AMERICANA:

- Nº 25 "De las Islas del mar Océano". Juan López de Palacios Rubios.

Distribución y Venta:

OFICINA DE REPRESENTACION DE EDITORIALES

18 de Julio 1333

Tel.: 9 27 62

"Del Dominio de los Reyes de España sobre los Indios". Fray Matías de Paz (Edic. de S. Zavala y A. Millares Carlo).

ECONOMIA:

La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior. Discurso acerca del Comercio de Inglaterra con las Indias Orientales. Thomas Mun.

Oligopolio. Teoría de las estructuras de mercado. William Fellner.

Elementos de Análisis Económico. Archibald M. McIsaac.

Trimestre Económico. Vol. XX, Nos. 2-3; 1953.

LIBRERIA ITALIANA

Venta de las revistas:

La fiera
Il Mondo
Il Dramma
Il Ponte
Dipario
La biennale di Venezia
Critica D'Arte
Scena Illustrata
Prospective
Domus
Sapere

Soriano 1258

LIBRERIA UNIVERSITARIA

JULIO S. TARINO

18 de Julio 1852

Teléfono: 4 33 18

Mon tevideo

ALFA

DISTRIBUIDORA DE PUBLICACIONES

PRESENTA

Obras Completas de Rafael Barrett (3 tomos)
Nacionalismo y Cultura, Rudolf Rocker
Génesis, Esencia y Fundamentos del Socialismo
Emilio Frugoni (2 tomos).
La Revolución Desconocida, Voline.

COLECCION RADAR

Ni Víctimas ni Verdugos, Albert Camus
Antes y Después de Caseros, Luis Franco -
La Voluntad de Poder, Rudolf Rocker
Reivindicación de la Libertad, G. Ernestán.

ALFA, Ciudadela 1397
Montevideo

PINTURAS - MARCOS Y

TELAS PARA ARTISTAS

PEDROSA

Canelones 1052

Teléfono: 8 79 14

Montevideo

PROFESIONALES

ABOGADOS

HECTOR HUGO BARBAGELATA

Colonia 1328 Tel.: 8 67 63

ENRIQUE G. BROQUEN

Rincón 454, Esc. 408 Tel.: 8 26 74

OSCAR H. BRUSCHERA

Juan C. Gómez 1522, Ap. 7

RUBEN CAGGIANI

25 de Mayo 535, P. 3 Tel.: 9 35 89

WALTER H. GENTA

25 de Mayo 535, Esc. 13 Tel.: 9 35 89

CARLOS M. RAMA

Zabala 1372 Teléf.: 9 05 81

HELIOS SARTHOU

Misiones 1371, Esc. 50 Tel.: 9 32 7

ARQUITECTOS

JOSE P. ALBERTI

Rpca. del Perú 1093

NELSON BAYARDO

RUBEN DUFAU

Solano Antuña 2060 Tel.: 41 55

JUSTINO SERRALTA CARLOS CLEBOT

18 de Julio 2257, P. 6.

TORTORELLA Y MAYOL

Sarandí 409, Esc. 6 Tel.: 9 28 57

DENTISTAS

F. FRITSCH DE ESTEBAN

Mercedes 1405, Ap. 1 Tel.: 9 22 38

MEDICOS

ROMAN ARANA INIGUEZ

Convención 1287 Tel.: 9 15 54

CONSTANCIO CASTELLS

Cerro Largo 1093 Tel.: 8 67 02

JOSE GOMENSORO

Convención 1287 Tel.: 9 15 54

RAFAEL HILL

Luis B. Cavia 2770 Tel.: 41 19 34

RENAN PIZZOLANTI

Dante 2338 Tel.: 40 20 10

JOSE M. REYES TERRA

Pedro F. Berro 853 Tel.: 41 25 87

RODOLFO E. TISCORNIA

Cerro Largo 1093 Tel.: 8 67 02

CONTADORES

MARIO BUCHELLI

Rivera 2673, Ap. 3

MARCEL DESSEUT

Julio César 1179 Tel.: 41 94 30

ESCRIBANOS

PABLO RIVERA

Zabala 1372, P. 3 Tel.: 9 05 84

INGENIEROS

DAVID CATARIVAS ENRIQUE MILLAN

Alzúbar 1328, Esc. 13 Tel.: 9 46 17

ENRIQUE RODRIGUEZ MOLINARI

HUGO VALDES

Manuel Albo 2656, Ap. 15

EN ESTE NUMERO COLABORAN:

- "Nuestro Tiempo" (editorial). Ha sido preparado por Enrique Broquen, Mario Jaunarena, Carlos M. Rama, Raúl Sendic, Guillermo Chifflet y Horacio Petit.
- "Guatemala, ejemplo para América", Enrique Broquen, Abogado - periodista argentino, exilado en Montevideo desde 1953.
- "La paz, la guerra y nosotros", Carlos M. Rama, Abogado, profesor universitario, escritor y periodista.
- "Los socialistas y el rearme de Alemania", Aneurin Bevan, Bárbara Castle, Richard Crossman, Tom Driberg, Ian Mikardo, Harold Wilson, miembros, por el Partido Laborista, de la Cámara de los Comunes inglesa. Bajo el título de "It need not Happen", fué publicado este texto en folleto por el semanario de la izquierda bevanista, "Tribune" de Londres, y es ésta la primera versión española.
- "Uruguay y el mundo", notas de los periodistas M. J. (Mario Jaunarena), R. S. (Raúl Sendic) y de Carlos M. Rama.
- "Los libros", "Las revistas", C.M.R.

☆

EN LOS NUMEROS SIGUIENTES, COLABORACIONES DE:

Arturo Ardao, Gutenberg Charquero, Guillermo Chifflet, Hugo Barbagelata, Carlos Borche, Oscar Bruscherá, José Pedro Cardoso, Mario Casartelli, Michel Crozier, Spencer Diaz, Arturo J. Dubra, Rubén Dufau, Enrique Espinoza, Luce Fabbri, Emilio Frugoni, Américo Ghioldi, José González Vera, Mario Gulart, Mario Jaunarena, Carlos Martínez Moreno, Enrique Montenegro, Isaac Morón, Horacio Petit, Carlos Quijano, Efraín Rebollo, José Ma. Reyes Terra, Adela Reta, Raúl Sendic, Willebaldo Solano, Aldo E. Solari, Helvecio Tabárez, Vivian Trias y otros.



John C.